

Fernando Cuadra

LA NIÑA EN LA PALOMERA



LA NIÑA EN LA PALOMERA

LA NIÑA EN
LA PALOMERA



FERNANDO CUADRA

LA NIÑA EN LA PALOMERA

Declarado por el Ministerio de Educación Pública.
«Material Didáctico Complementario de la Educación»
por Resolución N° 0685 del 11-V-1990

© Fernando Cuadra P.
© Pehuén Editores, 1990
María Luisa Santander 537
Providencia, Santiago, Chile
editorial@pehuen.cl

Inscripción N° 66547
ISBN 978-956-16-0153-6

Primera edición, julio de 1987
Novena edición, mayo de 2007

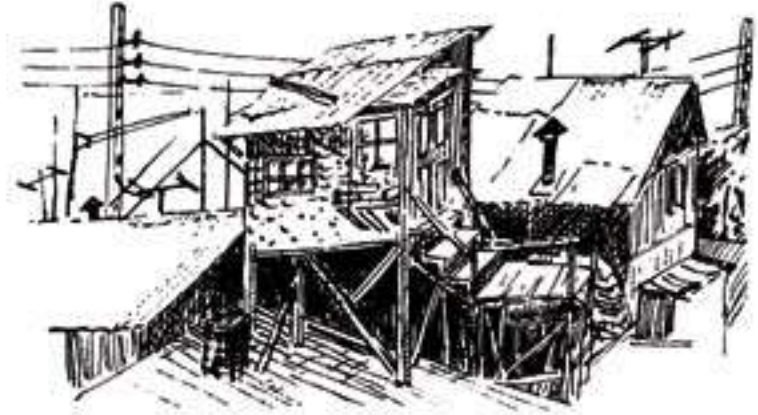
Diseño y Diagramación
Pehuén Editores

Más información, actividades sobre este libro y otras lecturas recomendadas por edad en "Motivación para la lectura", www.pehuen.cl

Se prohíbe la reproducción o emisión total o parcial de este libro, ya sea a través de sistemas eléctricos, electrónicos, mecánicos, químicos, ópticos, de grabación, fotográficos o de fotocopia, sin la autorización previa del editor.

Impreso en los talleres de
Imprenta Salesianos S.A.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE



NOTA DEL EDITOR.

Las notas a pie de página han sido incluidas especialmente en esta colección por los editores, con el objeto de definir usos lingüísticos que eran habituales cuando se escribió la obra, pero que veinte años después pueden resultar desconocidos para el lector.

Las fotografías escogidas para esta edición, corresponden al montaje original de la obra en 1966.



LA NIÑA EN LA PALOMERA

Crónica dramática de una adolescente de nuestro tiempo, dividido en tres actos. Esta obra fue estrenada en 1966 por el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, de acuerdo al siguiente reparto:

ANA María	Eugenia Cavieres
DANIEL	Ramón Núñez
ALBERTO	Francisco Morales
DON RENE	Mario Montilles
GABY	Lucy Salgado
SRA. LUISA	Maruja Cifuentes
SRA. JUANA	Elena Moreno
MANUEL	Pedro Villagra
ELSA	Sara Astica
LA PATOTA	Peter Lehmann
	Alberto Chacón
	Lucho Arenas
	Raúl Osorio
	Jorge Lanza

DIRECCION: FERNANDO COLINA



ESCENARIO

Simultáneo. La CALLE, al centro del escenario, se prolonga hacia el fondo, donde es cruzada a foro por otra calle, dándole la forma de «T». A la derecha, en un segundo piso, La CASA de ANA, de la cual se ve el COMEDOR, pequeño y un tanto descuidado, con muebles desvencijados: mesa con un florero vacío al centro, sillas -de las que se compran en mueblerías de barrio-, un aparador para guardar loza con un espejo que deforma la imagen, totalmente mosqueada su superficie. Calendarios de años idos, colgando unos sobre otros. Un tarjetero japonés, en el cual se insertan muchas postales o tarjetas de Año Nuevo y Onomásticos. Sobre la mesa pende una lámpara de tres luces, atenuadas éstas por pantallas de rafia barata de distintos colores. La puerta de entrada a la CASA está ubicada casi de frente al espectador. Al abrirse, podrá verse un pasillo sucio y oscuro, en el que desemboca la ESCALERA que permite el acceso desde la CALLE. La iniciación de esta escalera, crujiente y desvencijada, es visible casi en su totalidad en el primer piso y se pierde, al curvarse hacia la CASA de ANA. Separado del COMEDOR sólo por una cortina de cretona descolorida, hállase en un pequeño rellano el DORMITORIO de ANA. Vese un somier de patas, un velador barato y un espejo ovalado de lámina desvaída.

Las paredes del DORMITORIO de ANA se ven tapizadas de fotos de estrellas de cine. Sobresalen dos fotos de ciertas dimensiones de Marilyn Monroe y Sophia Loren. También una de Claudia Cardinale. A otra de Brigitte Bardot, ANA le ha pintado unos bigotes descomunales. Sobre la cama además y en el COMEDOR mismo, vense esparcidas por todas partes revistas de cine. A continuación del DORMITORIO y en espacio que queda entre la cocina y la puerta de calle, la COCINA, de la cual alcanza a percibirse un lavaplatos muy usado, empotrado en una pared sucia y grasienta. La COCINA no tiene puerta: únicamente el marco. En la pared opuesta al DORMITORIO de ANA, ábrese una puerta balcón que da a la CALLE. Aquí se ven muchos tiestos con plantas de cardenales. Algunos tiestos son de greda, pero la mayoría son tarros de conservas o de café.

En el primer piso de la CASA de ANA, hay un TALLER de VULCANIZACION, cuya puerta cortina se abre en la misma esquina. Por este motivo se ve del TALLER sólo un corte diagonal, en el que se advierte un banco de trabajo, algunos neumáticos y herramientas con las que trabaja DANIEL.

A la izquierda, en la esquina opuesta, la CASA de MANUEL. En primer plano, el COMEDOR, también de muebles baratos y convencionales y tal vez un poco más nuevos que los de la CASA de ANA. Hacia derecha, pero un tanto al fondo, el DORMITORIO, con dos marquesas ordinarias y un ropero con puerta espejo. Sobre el DORMITORIO, un pequeño DESVAN de techo bajo e inclinado, al cual se llega con dificultad, por una puerta trampa. A izquierda del DORMITORIO y seguidas, dos pequeñas puertas que comunican con la cocina y el baño respectivamente.

Por este mismo lado de la CALLE y haciendo un pequeño rincón, logra verse la puerta de la CASA de la SEÑORA JUANA. Prolongándose ambas aceras, en cuyos bordes se elevan altos y constantemente limpios en su follaje, cuatro o cinco álamos. Ellos son la única nota de color y frescor en la grisura uniforme y monótona que caracteriza el «colorido» básico de la CALLE y de las viejas casas.

Al fondo del escenario y formando, si se quiere, una unidad relativamente independiente, ábrese, una amplia perspectiva de árboles: la QUINTA NORMAL. Esta zona escenográfica, al igual que la zona del DESVAN, requiere una iluminación específica y esencialmente distinta de la iluminación general, cuyo colorido enfatice las características ambientales y psicológicas de las escenas fundamentalmente que en ellas se juegan.

Sobre todo el escenario una amplia panorámica de cielo azul pálido y enfermizo y en el cual al anochecer brillarán las estrellas, su única belleza, además de un momentáneo matiz violáceo al oscurecerse el crepúsculo. Algunas constelaciones: la Cruz del Sur, las Tres Marías. La brillantez de las estrellas debe ser evidente y contrastante con la opacidad de los faroles callejeros, ubicado uno en la esquina del TALLER y el otro al extremo de la CALLE. De este farol, la luz se percibe a través del follaje de los álamos.

EPOCA: Actual.

LUGAR: Santiago, barrio Estación Central. Las esquinas de Chacabuco con Erasmo Escala.

Allí podrían hallarse las casas de ANA y MANUEL.

TIEMPO: *Primer acto*: Media mañana de un día de enero.

Segundo acto: Un año después. Mediodía, tarde y noche. Fines de noviembre. Inicios de diciembre.

Tercer acto: Quince días después. Mediodía tarde y noche.



ACTO PRIMERO

El escenario permanece a oscuras por breves momentos. Oyense los ruidos habituales de la ciudad, en un barrio populoso y superpoblado: micros, troles, buses, camiones, automóviles que pasan rápidos y trepidantes por la calle Chacabuco. Súmanse de vez en cuando, especialmente al mediodía, el traqueteo y los bocinazos de los trenes que llegan y parten de la Estación Central. Pregones de vendedores callejeros. Duraznos, flores, claveles baratos. Y por la mañana temprano (o también al finalizar la tarde) agréganse las campanas de la Iglesia Parroquial del Sagrado Corazón, próxima por la Alameda.

El escenario se ilumina con extrema lentitud y, paralelamente a la iluminación, óyese una lánguida melodía estival tocada en un organillo callejero. Al iluminarse el escenario en su totalidad, la melodía se diluye y con suavidad. El mediodía es luminoso, traslúcido.

En casa de Ana, ésta barre lentamente el comedor y luego se desplaza hacia el balcón, en el que se apoya y atisba hacia la calle por un momento. En el taller, Daniel trabaja afanosamente en un neumático que desarma. Después de atisbar la calle, Ana vuelve al comedor y cogiendo un trapo que hay sobre la mesa, empieza a limpiar los muebles sin mayor entusiasmo. De súbito, parece acordarse de algo y va hacia la radio, encendiéndola. Busca rápida un programa de música

«colérica»*: *ubícalo y, feliz, canturreando ahora, continua limpiando con mayor rapidez. Por el fondo, aparece la patota, chacoteando y riendo. Alberto trae bajo el brazo un atado de revistas. Muy rápidos, acércanse todos al taller.*

LA PATOTA (a Daniel): Hola...

DANIEL (saliendo a la calle): Hola, ¿qué tal?

JUAN (alegre): ¡Del one!**

DANIEL: ¿Y? ¿Qué se cuenta?

JUAN: Nada de especial. Lo de siempre. Preparámonos para la pichanga del domingo.

ALBERTO: ¿Tú no vas?

DANIEL: ¡Cómo voy a ir si no me invitan!

LA PATOTA: ¡Oooooh!..

JUAN: ¡Quena, oh! ¿De cuándo acá? ¡Chi! ¿Querí invitación por escrito?

DANIEL (riendo): ¡Qué menos!

(La Patota ríe)

JUAN: ¡Ah! ¡No hay caso con los mateos, digo yo!

DANIEL (riendo): ¡Estás hablando de pura envidia, eh!

JUAN: ¡Ah, seguro, ¿Se imaginan?! ¡Ah! ¡Yo, estudiando! ¡A mí me dicen el pulmones vírgenes!

(La Patota ríe).

DANIEL (a Alberto): ¿Y esas revistas?

JUAN (riendo): ¡Ah! ¡Te aviso, eh! ¡Para que veas que soy puro amigo, nomás! ¡Cuidadito con éste!

* Colérica: Música moderna de la época.

** Del one: Del uno, muy bien.

ALBERTO: ¡Ya! ¡Cállate, oh!

DANIEL (sonriente): ¿Y por qué tengo que tener cuidado?

ALBERTO (a Juan): ¡Chitas que soy tú, ah!

JUAN: ¡Bah! ¿Y pa' qué te poní colorado?

(La Patota ríe).

ALBERTO (azorado): ¡Cuándo, oh!

JUAN: ¡Sí! ¡Cuándo! ¡Cínico! ¡Cuándo! ¡Y parecí semáforo!

(La Patota torna a reír con mayor fuerza).

DANIEL: Bueno, pues... ¿qué es lo que pasa?

JUAN: ¿No te habí fijado, entonces?

ALBERTO: ¡Ya, pues! ¡Córtala!

JUAN: Hace ratito... Desde que comenzaron las vacaciones, éste anda a las vueltas de tu vecina.

DANIEL: ¿Anita?

ALBERTO (Azoradísimo): ¡Puchas que soy mentiroso!

(La Patota vuelve a reír)

LUCHO (por las revistas): Y esto, ¿para quién son las revistas, ah?

ALBERTO: ¡Suelta, oh! ¡Soy más pesado! (Al girar cáensele las revistas y todos empiezan a cogerlas, formando gran algazara: unos a otros se arrojan las revistas, en tanto que Alberto corre tras ellos cada vez más confundido. Por fin logra reunir las y, sentado al borde de la acera, empieza a ordenarlas y limpiarlas).

JUAN (A Daniel): ¿Ves? Todas son para la Anita.

ALBERTO (en confusa explicación): Es que... Es que le gusta leer estas cuestiones de cine... y... y como don René es tan apretado pa'darle plata... yo... ¿ves?

JUAN: ¡Hola, papi...!

(La Patota ríe y vase a reunir en la esquina. Juan se despide de Daniel y va hacia la Patota: allí desdobra un diario que trae en el bolsillo y comienza a leerle en voz alta).

DANIEL *(en voz alta a Juan)*: Bueno... ¿y en qué quedamos, pues?

JUAN *(dejando de leer)*: ¿Cómo en qué quedamos?

DANIEL: ¿Me convidan o no me convidan a la pichanga?

JUAN: ¡Chi! ¡Es que a ti da miedo convidarte! ¡Te lo pasas estudiando!

DANIEL: ¡Pero si ahora estoy de vacaciones!

JUAN: ¡Tú sabís donde es, pues, en Carrascal!

DANIEL: ¡Hecho!

ALBERTO *(que ha terminado de ordenar las revistas, a Daniel)*: Daniel... *(Juan torna a seguir leyendo).*

DANIEL *(acércasele)*: ¿Qué?

ALBERTO: ¿No... No te enojas... por ... por...?

DANIEL: ¿Por qué cosa?

ALBERTO: Bueno... *(Indica las revistas)*. Por esto.

DANIEL *(riendo)*: ¿Por qué habría de enojarme?

ALBERTO *(confuso)*: Bueno... Como parece que tú... *(Ríe nervioso)*.

DANIEL: ¿Yo qué?

ALBERTO: Que tú le gustas a la Anita.

DANIEL *(sonríe tímido, pero esperanzado)*: ¿Te ha dicho algo?

ALBERTO: No... Pero estas cosas se notan, pues.

DANIEL: ¿Ah sí? ¿Y en qué?

ALBERTO *(encogiéndose de hombros)*: ¡Se notan!

DANIEL: ¡Bien clara la explicación, ah!

ALBERTO: Es encachá la Anita... y harto paletía.

(Por el fondo de la calle aparece Gaby. Rápida y cimbrante, avanza hacia la casa de Anita).

GABY *(al ver a Daniel, acércasele sonriente)*: Hola...

DANIEL: Hola, Gaby...

ALBERTO *(arrebolándose, vuelve a dejar caer las revistas)*:

¿Cómo... Cómo te va?

GABY: Mejor que nunca. ¿Han visto a la Anita?

DANIEL: En la casa debe estar.

GABY *(lenta)*: ¿Y la señora Luisa?

DANIEL: Comprando, parece.

GABY: Menos mal. Chao. *(Avanza hacia la casa de Ana y saluda a la Patota en la esquina).*

ALBERTO *(corre frente al balcón y llama)*: ¡Anita!

ANA *(acude al balcón)*: ¿Qué?

ALBERTO *(por las revistas)*: ¡Mira!

ANA: ¡Estupendo...!

ALBERTO *(a Gaby)*: Oye... ¿se las llevas tú?

GABY: Claro...

ANA: ¿Gaby?

ALBERTO: Sí.

(Ana sonríe feliz, cruza rápida el comedor y baja corriendo por la escalera hacia la calle).

LAPATOTA *(al ver a Ana, salúdandola con gran bullicio y exclamaciones)*: ¡Hola...!

ANA (*ríe y besa a Gaby*): Vienes tarde, eh...

GABY: Y casi no vengo, te diré.

ALBERTO (*con timidez, le pasa las revistas*): Son todas de cine.

ANA: Gracias. (*a Gaby*). Espérame. (*Va rápida al taller y se detiene en la puerta*). Oye, Daniel...

DANIEL (*que había entrado en el taller, vuélvese rápido*): ¿Qué?

ANA: ¿Te pido un favor?

DANIEL (*sonriente*): No siendo plata.

ANA (*sonriente*): ¡Tonto!

DANIEL: Habla.

ANA: ¿Avísame cuando venga mi mamá, quieres?

DANIEL: Bueno.

ANA (*alejándose*): Chao. (*Daniel sonríe de nuevo y torna a su trabajo*).

(*Ana se reúne con Gaby, quien ha estado riendo con la Patota. Cógela por un brazo, y parloteando y riendo, suben por la escalera a la casa. Entran y se dirigen al dormitorio, sentándose ambas en la cama*).

ANA (*déjase caer en la cama con las revistas. Abre una y la hojea rápida*): ¿Qué tal te parecen? (*Por las fotos*).

GABY: Hum...

ANA: ¿Son bonitas, eh?

GABY (*despectiva*): ¿Quiénes?

ANA: ¡Ay, Gaby! ¡Las estrellas de cine, pues!

GABY: ¿Tú te sientes menos que estas fulanas?

ANA (*mira a Gaby con cierta sorpresa y luego échase a reír*):

¡Las preguntas que haces tú...!

GABY: Como te lo pasas hablando de ellas, parece que le tuvieras envidia.

ANA: Ah, no seas tonta...

GABY: ¡Y a lo amiga, eh! ¡Tú no eres nada de mal parecida, mirándote con paciencia!

ANA: ¡Ah, ya, no seas fome!

GABY: ¡Bah! ¡Pero si es cierto! ¿Qué tienes tú que envidiarles a éstas?

ANA (*pausa*): ¿Envidiarles? (*Pausa*). ¡Mucho!

GABY: ¿Por ejemplo?

ANA: ¡Uf! ¡Montones de cosas! (*Riendo*).

GABY (*con rara sonrisa*): Ah...

ANA (*pausa*): ¿Por qué no viniste ayer?

GABY (*lenta y con misteriosa sonrisa*): Porque tenía mucho que hacer.

ANA (*con sonrisa cómplice*): ¿Saliste con Ricardo?

GABY: ¡Ah! ¿Crees que soy profesora de párvulos para andar con mocosos?

ANA (*asombrada*): Tiene veinte años y la semana pasada tú misma me dijiste que...

GABY: Pero fue la semana pasada, pues, Ani... Y la gente puede cambiar, ¿no?

ANA: Claro, pero... ..

GABY: ¿Crees que cuesta mucho conseguir las cosas que uno quiere?

ANA (*lenta*): No sé.

GABY (*insistiendo*): ¿Pero tú piensas que es muy difícil?

ANA (*lenta*): ¡Cuando hablas así... No sé por qué.. pero... Pero me das un poco de miedo, Gaby!

GABY (*riendo*): ¡Oh, la niñita asustadiza! ¡Mírenla!

ANA: Ya. Córrete.

GABY (*con repentina seriedad*): ¿Eres capaz de guardar un secreto..., pero guardarlo de verdad, ah?

(*Ana, muy grave, afirma solemnemente y, con rapidez, dibújase con la mano una cruz sobre el pecho y aguarda anhelante*).

GABY (*saca de su pequeña cartera un paquetito. Desenvuélvelo y le muestra una pulsera de oro macizo*): ¡Mira!...

ANA (*va a cogerla, pero parece no atreverse*): ¡Oh!...

GABY (*balanceándola ante los ojos de Ana*): ¡Mía!...

ANA: ¿Tuya?

GABY: ¡ Ahá!

ANA: ¿Tu mamá la ha visto? (*Gaby afirma sonriente*). ¿Y qué dijo?

GABY: Nada.

ANA: Pero...

GABY: Le conté que me la gané en un concurso. Hay tantos... que a lo mejor puede ser hasta verdad. ¿Cómo la hallas?

ANA: ¡Fabulosa! ¡Debe costar unos cien mil pesos, por lo menos!

GABY: ¡Cien mil! ¡Estás más loca tú! ¡Cuatrocientos cincuenta, hijita!

ANA: ¡Ufa! Es bonita.

GABY: ¡Pruébatela!

(*Ana colócasela y la contempla extasiada, sonriente*).

GABY: ¿Te gustaría que fuera tuya?

ANA: ¡Imagínate!

GABY (*lenta*): A mí me la regalaron.

ANA (*devolviéndosela*): ¿Ricardo?

GABY: ¡Ricardo! ¡Ah! ¡Ese lo más que me regaló fueron chocolates! ¡Y todavía se los robaba en la fábrica!

ANA (*desconcertada*): ¿Entonces?

GABY: ¿Entonces, qué? Me cansaron los chocolates, ¿entiendes?, y ahora me gustan estas cosas.

ANA (*con dificultad*): Pero... ¿cómo...?

GABY (*lenta*): No es difícil.

ANA: ¡Gaby!

GABY: ¿De qué te admiras? ¿Cuándo vamos a conseguir estas cosas gente como tú y yo? ¿Cuándo seamos viejas y ya no tengamos gusto para nada? ¿O las que las consiguen tienen más derecho que nosotras? ¡Ah, no, Ani! A mí no me vienen con esas historias... ¡Que hay que esperar!

ANA: ¡Pero, Gaby, por Dios! ¿Tu mamá qué dice?

GABY (*levántase molesta, violenta*): No me la sigas nombrando, ¿quieres? ¡Mientras tenga plata para emborracharse y pasarlo bien, yo no existo para ella!

ANA: ¡Gaby!

GABY: ¡Y no me compadezcas tanto tampoco! (*Pausa. Concentrada*). ¡La única diferencia entre tú y yo, es que a mi casa llega un «papá» distinto todas las noches! (*Un silencio*).

GABY (*como justificándose*): Esto lo has sabido siempre tú, ¿no? (*Ana afirma en silencio*). Desde que somos amigas. (*Ana sonríe cordial y aprieta una mano de Gaby*). (*Otro silencio*)

GABY (*sonríe ahora con evidente malicia*): ¡Si tú quisieras tener una igual a ésta! (*Por la pulsera*).

ANA (*insegura*): No, Gaby...

GABY (*con leve risa*): ¿No... no?... ¿O no, sí?

por las leseras que nos predicán las viejas en el liceo? (*Coge una revista*). ¿Cómo crees que éstas lo consiguen todo, ah?

(*Ana levántase nerviosa y se dirige al balcón, donde se apoya y mira hacia la calle, hondamente preocupada*).

(*En ese momento la Patota prorrumpe en grandes aspavientos por lo que Juan lee*).

LA PATOTA: ¡Pucha!

JUAN (*llamando*): ¡Daniel...!

DANIEL (*en la puerta del taller*): ¿Qué pasa?

JUAN: ¡Acarréate, oh! (*Daniel se acerca, mostrándole el diario*). ¡Mira! ¡Acuérdate, la fuimos a ver!

JUAN (*leyendo*): «Salvajemente fue asesinada la Reina del Strip Tease de Matucana, conocida como la Diosa de Medianoche». (*A la Patota*). ¡No la dejaron buena ni para charqui!

(*La Patota ríe*).

ALBERTO: Yo... Yo la conocía...

JUAN: ¡Anda, oh!

ALBERTO: ¡Bah! ¡Claro! Margarita Rebolledo se llamaba. Antes que se dedicara a esta cuestión, vivía en una pieza, al lado de mi casa. La madre todavía vive ahí.

(*Gaby se ha acercado a Ana y también se ha acodado en el balcón*).

JUAN: ¡No era mala la tonta!

DANIEL: No...

JUAN: ¡Buenos... Hum! (*Gesto expresivo y redondo*).

(*La Patota ríe*).

ALBERTO: ¿Quién la mataría?

ANA: ¡Yo sé!

LA PATOTA: ¡Ah!

ANA: ¡Bah! ¿Quién iba a ser, sino? ¡El asesino!

(*La Patota estalla en una carcajada. Daniel ríe y palmea en la espalda a Juan*).

UNA VOZ (*desde el taller*): Bueno, Daniel... ¿trabaja aquí o en la calle usted?

(*Daniel corre hacia el taller. Entra y continúa trabajando*).

GABY (*después de mirar a Ana que sigue callada*): Bueno... Me voy.

ANA (*mirándola, con leve tensión*): No.

GABY: Como parece que te has quedado muda...

ANA (*sonriendo*): Es que siempre que conversamos...

GABY (*pausa*): Tengo que hacer. Palabra.

ANA: ¡Pero si llegaste recién...!

GABY (*con leve sonrisa amarga*): ¿Te sientes sola, Ani?

ANA (*rehuyéndola*): No.

(*Por el fondo de la calle, aparece Manuel. Ana divisalo de inmediato y se le arrebola el semblante. Gaby la observa y sonríe maliciosa. Manuel avanza y, al enfrentar la casa de Ana, le hace un saludo donjuanesco. Después entra en su casa y métese al baño*).

GABY (*sonriente*): ¿El es?

ANA (*con torpeza*): ¿Quién?

GABY (*insinuante*): El nuevo vecino.

ANA (*con fingida despreocupación*): Ah, sí...

GABY: Tenías razón de estar tan impresionada.

ANA (*Insegura*): ¿Te gusta?

GABY: No. No es mi tipo. Claro que no siempre se puede escoger. Y a ti... ¿Te gusta?

ANA: ¡Tonta! (*Gira hacia el comedor*).

GABY (*siguiéndola*): ¡Bah! ¡Ahora sí! ¡Desde que salimos a vacaciones, no haces más que hablar de él!

(La melodía del organillo surge suave y dolorosa).

ANA: Averigüé una cosa.

GABY: ¿Sí?

ANA (*lenta*): Es casado.

GABY: ¿Y qué?

ANA (*pausa*): Hoy llega su mujer.

GABY (*riendo*): ¡Y los nervios te comen por saber cómo es!

ANA (*calurosamente*): Mira... ¡No es tanto el interés, te diré!

GABY (*riendo con mayor fuerza*): ¡Sóplame este ojo, le dijo el ciego!

(De súbito, Alberto, que ha cogido el diario y lo lee él solo, en tanto los demás juegan y bromean, levántase rápido y corre hacia la ventana de Ana).

ALBERTO (*llamando*): ¡Anita! ¡Anita!

ANA (*acude presurosa a la ventana*): ¿Qué?

ALBERTO (*sincero*): Le decían la Marilyn Monroey.

(La Patota, que lo ha seguido mirando, estalla en una carcajada).

ANA (*impresionada*): ¡A quién!

ALBERTO: A la striptesera, aquí sale. (*Vuélvese a la Patota, que lo recibe riendo*).

ANA (*mirando hacia el comedor*): Pobre...

GABY: ¿Pobre? ¿Por qué? Harto debe haber gozado y cuando se cansó... ¡Plaf! ¡Y listo!

ANA (*confundida*): ¿Plaf? ¿Eso es todo, entonces?

GABY: ¿Y qué más?

(Un silencio. Ana se desplaza por el comedor, preocupada y desorientada. Por su parte, en el rostro de Gaby aparece una profunda preocupación).

GABY (*entre grave y sonriente*): Ani... (*Ana la mira con atención*). No vuelvo más al liceo.

ANA: ¿Cómo?

GABY (*por la pulsera que se ha colocado*): Esto es lo más importante.

ANA (*con honda desolación*): ¡Gaby! ¡Eres mi única amiga!

GABY: No voy a dejar de serlo por no ir más al liceo.

ANA (*confusa*): ¿Qué... Qué vas a hacer?

GABY (*dura*): Me voy de la casa. Eso es lo primero.

ANA: Pero... ¿adónde?

GABY: Te voy a avisar, Ani. Pronto. (*Pausa, con la voz quebrada*). ¿Seguirás siendo mi amiga, no?

(Ana abraza a Gaby cálidamente. Un silencio).

ANA: ¿Y tu mamá?

GABY (*molesta*): ¡Ah! (*Pausa*). Bueno... Me voy y no me digas nada, Ani. ¡Ni bueno ni malo, por favor!

ANA (*sonríe levemente*): Te acompaño.

(*Ana y Gaby, silenciosas y lentas, salen del comedor y bajan por la escalera hacia la calle, deteniéndose en la esquina*).

ANA: ¿Vendrás mañana?

GABY: Sí. A despedirme.

ANA (*angustiada*): ¿Entonces... ?

GABY (*con brusca desesperación*): ¡Estoy decidida, Ani! (*Muy brusca*). Chao. (*Vase rápida por el fondo de la calle*).

(*Resurge la melodía del organillo, dolorosa y trágica. Ana se desplaza angustiada, sin atinar qué hacer. Mira una y otra vez el barrio en que vive y experimenta un temblor total en el cuerpo, como si de pronto sufriera un frío repentino. Después, lenta, acércase al taller*).

ANA: Menos mal. No tuviste que avisarme.

DANIEL (*asomándose sonriente*): ¿Por qué armas tanto lío?

ANA (*con leve dureza*): ¡Ah! ¡Tú no sabes cómo son mis viejos, pues! No sé por qué, pero a ninguno de los dos les gusta la Gaby.

DANIEL: Es que es medio rara, ah...

ANA: ¡Bah! ¿Tú también?

DANIEL: No sé... Se me ocurre.

ANA (*con calor*): La Gaby es mi mejor amiga.

DANIEL: No. Si no digo nada de eso, pero... la hallo medio tirá a macanuda.

ANA: Tiene diez y siete años, pues. Como yo.

DANIEL: ¡No, no, pues, Ani! ¡Sin levantarse el tarro!

ANA: ¿En qué?

DANIEL (*riendo*): ¡Chis, si apenas tienes quince!

ANA (*ofendida*): ¡Diez y siete!

DANIEL (*riendo*): ¡Mentirosa!

ANA (*acaloradamente*): ¡Bueno! ¡Diez y seis, señor! ¡No lo voy a saber yo!

DANIEL (*siempre riendo*): Por las dudas, se lo voy a preguntar a tu mamá.

ANA: Pregúntaselo.

DANIEL: Y a lo mejor la señora Luisa me dice que recién tienes quince.

ANA: ¡Ah, eres bien pesado tú, ah! ¡No hablo más contigo! (*Daniel sigue riendo y vuélvese al taller, en tanto Ana acércase a la Patota*).

JUAN (*a Ana*): Mi más sentido pésame...

ANA (*desconcertada*): ¿Por qué?

JUAN: Por la muerte de la Marilyn*. Tu colega.

(*La Patota ríe*).

ALBERTO (*a Juan*): ¡Imbécil!

ANA (*a la patota que ríe*): ¡Tontos! (*Pausa*) ¿Cómo murió? (*Juan le pasa el diario*).

ANA (*lee rápidamente*): ¡Se suicidó!... (*Con el diario, acércase rápida al taller*). Oye, Daniel...

DANIEL (*asómase sonriente*): ¿Que no me ibas a hablar nunca más?

ANA (*sin hacerle caso; por el diario*): ¿Por qué lo hizo?

(*Manuel, limpio y refrescado, ha salido del baño y se dirige a*

* Marilyn Monroe.

la puerta de calle. Abrela y se detiene afirmado en el marco, fumando y mirando hacia el taller).

DANIEL: Algo le faltaría.

ANA (*con insistencia*): ¡Pero tuvo mucho! ¿O no?

DANIEL: Así parece.

ANA: Eso es lo que importa, creo yo.

DANIEL: ¡Tú no te puedes quejar!

ANA (*estremecida*): ¿Yo? (*Con risa en la que aflora una leve amargura*). ¿Qué tengo yo...? ¿Una pulsera de oro, por ejemplo?

DANIEL: ¡Ah, cosas así...!

ANA: ¡Cosas así son las que yo quiero! (*Lenta*).

DANIEL: ¡Anita!

ANA (*concentrada*): ¿Cuándo las voy a tener yo?

DANIEL: ¡Pero de todas maneras, tienes gente que... Que te quiere! ¡Estoy seguro!

ANA: ¿Tú crees que eso es suficiente...?

(Por el fondo de la calle aparece la señora Luisa. Trae un canasto plástico con verduras y algunos paquetes).

SRA. LUISA (*al ver a Ana*): ¡Anita!

ANA (*corriendo acércase a la señora Luisa y coge uno de los paquetes*): ¡Uf! ¡Cómo viene de cargada!...

SRA. LUISA: ¡Venía apenas, le diré, mijita!

ANA: ¿Quién la manda comprar cosas demás, pues?

SRA. LUISA (*a Daniel*): Después se queja de que no hay lo suficiente.

DANIEL (*riendo y con picardía*): Señora Luisa... Quisiera hacerle una pregunta.

SRA. LUISA: A ver, qué cosa...

DANIEL: ¿Cuántos...?

ANA (*rápida*): ¡Pesado! ¡Repelente! ¡No le hagas caso, mamá!
¡Es un tonto!

SRA. LUISA (*sonriente*): ¡Anita! ¡Anita!

(Manuel, siempre fumando, ha avanzado hasta la esquina).

SRA. LUISA: ¿Vamos?

ANA: Le llevo el paquete hasta la puerta no más. Toda la mañana he estado metida en la casa.

SRA. LUISA: La calle no es lugar para una niña, ¿no?

ANA: ¡Pero la casa es tan estrecha, pues! ¡Y tan calurosa en este tiempo!

SRA. LUISA: ¡Lo sé, pero qué le vamos a hacer, pues niñita!

ANA: Además estoy en vacaciones, ¿no? Déjeme respirar un poco siquiera.

SRA. LUISA (*sonriente*): Hay que ver. (*Coge el paquete que tiene Ana*). Bueno. Quédese... pero un ratito no más. Ya sabe que a su papá no le gusta nada que se lleve en la calle. (*Vase a la casa. Sube por la escalera y entra en la cocina, donde comienza a disponer lo necesario para el almuerzo*).

DANIEL: ¿Así que rebelde la niña, eh? (*Sonriente*).

ANA (*con cierta acritud*): ¿Acaso no tengo razón?

DANIEL: Yo no sé, ah... Pero...

ANA: ¡Ah! Tú eres un caso especial.

DANIEL: No entiendo.

ANA: Para empezar, ni te pareces a ninguno de la Patota.

DANIEL: ¡Ah! ¡Ni parecido ni distinto! ¡Igual nomás!

ANA: ¡No, caballero! ¡Equivocado! Llamémoslos. Yo les voy a preguntar algunas cosas y vas a ver que son distintos a ti. *(Llama a la Patota)*. ¡Eh! ¡Vengan...!

(La Patota te levanta y se acerca a Ana, sonrientes y rápidos).

ANA: Aposté con éste.

DANIEL *(riendo)*: ¡Sin trampas, eh!

ANA: Ninguna.

JUAN: ¿De qué se trata?

LA PATOTA: ¡Claro!

ANA *(por Daniel)*: Este dice que es igual a ustedes. Yo digo que no. Que es un caso especial.

JUAN: No entiendo nada, trezúa... A ver: aclárame la cuestión.

ANA: Miren... *(a Daniel)*. Tú eres un fulano feliz.

DANIEL: ¡Bah! ¡Tú también!

ANA: A lo mejor. Pero no se trata de mí ahora. *(A uno de la Patota)*. Estos son los que me sirven a mí... cualquiera de ellos... El Juan... qué sé yo... Orlando... A ver... ¿Cómo es tu casa, Orlando?

ORLANDO: ¡Chi! ¡Si tú la conoces, pues! ¡Una mugre! ¡En el invierno se llueve más que afuera!

ANA *(a otro)*: ¿Y la tuya, Luchito...?

LUCHO: ¿Mi casa? ¡La pieza en que vivimos más o menos amontonados, querrás decir!

DANIEL: Claro. Así, sí... Pero...

ANA: ¿Pero, qué?

DANIEL: Pero... Ustedes... que se quejan, ¿no pasan todo el día sin hacer nada?

JUAN: ¿Tenemos nosotros la culpa de que la cuestión ande patas pa' arriba, ah?

DANIEL: Pero hablando. ..

JUAN: ¿Hablando? ¡Tai más loco, voh! ¡Si ahora nadie habla con nadie! ¡En mi casa ya ni nos decimos buenos días ni buenas noches! Estamos ahí. Y listo.

ANA *(triumfante)*: ¿Ves? En tu casa, en cambio, tu mamá te habla, Daniel, y sobre todo, te escucha. *(A la Patota con gesto de vencedora)*. ¡Gracias... compañeros!

(La Patota ríe y regresa a la esquina).

ANA *(lenta)*: Te aseguro que a veces llego a dudar si el viejo me ha hablado alguna vez. *(Pausa)*. Por eso, hablo sola... O leo revistas.

DANIEL: Pero estás estudiando. Igual que yo.

ANA *(con cierta agresividad)*: Y de qué me sirve. En todo lo que me obligan a estudiar, no hay nada que me hable de lo que vivo todos los días; estoy como perdida, Daniel, porque unas cosas no tienen nada que ver con las otras.

DANIEL *(con torpe obstinación)*: De todas maneras creo que... que hay que tratar...

ANA: ¿Tratar de qué ?

DANIEL *(con dolorida sorpresa)*: ¡No sé!

(Un silencio).

ANA *(acercándose a la Patota)*: ¿Qué se conspira aquí?

(Daniel, lento, regresa al taller).

ALBERTO: ¿Vas a ir a la pichanga del domingo?

ANA: A lo mejor.

JUAN: No te olvides de vendernos las entradas, pues.

ANA: Me quedan poquitas.

JUAN: ¡Flor! A ver si alcanzamos a comprarnos las camisetas, con las ganancias.

ALBERTO (*riendo*): ¡Ganancias! ¡Ay!

JUAN: ¡Cállate mejor, oh!

ALBERTO: Parece que va el Daniel, ah...

ANA: ¿Y qué me importa a mí? (*Gira contrariada y ve a Manuel, fumando. Pónese tensa y ligeramente temblorosa. Manuel le hace una seña casi imperceptible. Ana se acerca*). ¿Cómo le va?

MANUEL: Más o menos...

ANA: ¿Y? ¿Le gusta el barrio?

MANUEL: Al principio, no. Ahora, sí.

ANA (*con leve e inexperta coquetería*): ¡Bah! ¿Por qué ese cambio?

MANUEL: ¿No lo sospecha?

ANA (*ríe nerviosa*): ¡Es divertido usted!

MANUEL: Al contrario. Soy un hombre muy serio.

ANA (*con cierta torpeza y brusquedad*): ¿Hoy llega su señora?

MANUEL (*sonriente*): Pero si soy soltero...

ANA: Ah... Cómo, no...

MANUEL: Palabra.

ANA: ¡Bah! ¿Cómo, entonces, hoy día llega su mujer?

MANUEL: ¿Cómo sabe que es mi mujer? Puede ser una hermana. O una prima.

ANA (*insegura*): No. Si es su mujer...

MANUEL: ¿Quién se lo dijo?

ANA (*riendo*): Un pajarito verde.

MANUEL (*riendo también*): ¡No se puede tener secretos con usted, ah!

ANA: Quizá. (*Pausa*). ¿Y tiene hijos?

MANUEL (*mintiendo*): No.

ANA: ¿Mucho tiempo casado?

MANUEL: Eso no importa. Estoy por separarme.

ANA (*ríe nerviosa*): No le creo.

MANUEL: Palabra. Así podré dedicarme a lo que realmente me gusta (*lento y en voz baja*). ¿Cuándo vamos a dar una vueltecita en la micro? Casi siempre termino mi turno como a las siete.

ANA (*lenta y en voz baja*): Tendría que avisarle a mi mamá.

MANUEL: ¿Para qué? A lo mejor no le da permiso. No sea tonta. No le diga nada. Invente cualquier cosa. (*Acércase a Ana como atraído irresistiblemente*). Le aseguro que lo vamos a pasar bien.

ANA (*atemorizada, feliz y sorprendida*): ¿Ah, sí?

MANUEL: Podemos ir a comer a alguna parte... Bailar un poco después...

ANA (*con repentino movimiento, se aleja*): No.

MANUEL: ¡Espere!

ANA: ¡No, no! (*Con leve risa*). ¡Capaz que lo sepa su mujer!...

MANUEL (*avanzando un poco*): ¡No sea tonta, pues!...

ANA (*cruza corriendo la calle y se acerca al taller. Llama con cierto apremio en la voz*): ¡Daniel!

DANIEL (*aparece casi de inmediato en la puerta*): ¿Qué te pasa?

ANA (*inconscientemente coge a Daniel por un brazo; hay en su voz una angustia febril*): ¿Vas a ir a la pichanga del domingo?

DANIEL (*con leve desconcierto*): Creo que sí...

ANA (*apremiante*): ¿Vas o no vas?

DANIEL (*con leve sonrisa*): Sí, claro...

ANA: ¿Convidame, quieres?

DANIEL (*con asombro cordial*): ¡Claro!

(*Ana sonríe y rózale ahora el brazo con suavidad. Después, corre hacia la casa.*)

ANA (*al pasar frente a la Patota, grita alegre*): ¡Abajo los tontos!

(*La Patota ríe.*)

JUAN: ¡Esta Chicoca! ¡Cada día más locateli...!

(*Manuel mira a Ana que corre hacia la casa. Arroja el cigarrillo con violencia y torna a entrar a su casa, malhumorado.*)

ANA (*entrando*): ¡Mamá...!

SRA. LUISA (*en la cocina*): ¿Qué?

ANA (*yendo a la cocina*): ¿Le ayudo en algo?

SRA. LUISA: ¡Hum! ¡A buena hora! ¡Cuando ya está todo hecho!

ANA: ¡Ufa! (*vase al dormitorio, échase en la cama y coge las revistas recién traídas y se pone a leer.*)

(*Por el fondo de la calle, con una maleta pequeña, avanza Elsa, un tanto desorientada, mirando la numeración. Detiéndose frente a la que va a ser su casa. Golpea en la puerta.*)

MANUEL (*abre. Con alegría*): Por fin.

ELSA (*entrando*): ¡Oh! ¡Discúlpame, negrito!

MANUEL (*cógele la maleta*): A ver, a ver...

ELSA: ¡Tú sabes, pues! ¡La movilización de Renca es una lotería! (*Mirando en su derredor*). ¡Oh, mi tesoro! ¡Qué

lindo arregló todo! (*Acércasele*). ¿Tal como le gusta a la mamita, no? (*Manuel ha llevado la maleta al dormitorio. Elsa va hacia allá y se sienta en la cama*). Los niños quedaron con mi mamá por una semana más. ¿Mi tesoro no ha almorzado, no es cierto?

MANUEL: No.

ELSA (*levántase rápida*): ¡Oh! (*Inicia su movimiento hacia la cocina. Manuel la atrae hacia sí y la besa larga y apasionadamente. Elsa se desprende*) ¡En un dos por tres le hago una cosita rica a mi niño! (*Acarícialo el rostro*). ¡Qué barbaridad! ¡Sin comer mi pobrecito!

(*Manuel esboza una sonrisa. Elsa hácele un guiño y entra en la cocina. En silencio, Manuel vuelve a salir a la calle.*)

(*La Patota estalla en una carcajada.*)

JUAN (*saca un naipe*): ¿Y...?

ALBERTO: ¡Qué nos demoramos!

LA PATOTA: Clarín.*

JUAN: ¡Con su amigo!

LA PATOTA: ¡Hecho!

JUAN: Pero ahora, con platita la cosa.

ALBERTO: ¡Chi! ¿Y de adónde, oh?

JUAN: ¡Bah! ¡De donde mismo la sacas para irte al rotativo Madrid!

(*La Patota ríe. Juan empieza a barajar con rapidez, haciendo verdaderos malabarismos.*)

(*Manuel mira una y otra vez a la casa de Ana. Luego opta por*

* Clarín: Claro, por supuesto.

irse por el fondo de la calle. En ese momento aparece la señora Juana. Con velo y libro de misa).

SRA. JUANA (*al cruzarse con Manuel*): Buenos días, don Manuel... ¿Cómo está?

MANUEL (*detenido*): Bien, señora Juana. Gracias.

SRA. JUANA: Disculpe, no, la impertinencia... ¿Llegó ya la señora Elsitita?

MANUEL: Recién.

SRA. JUANA: ¡Ah, qué bien! ¡Me alegro por usted! ¡Se nota que la estaba echando de menos, eh!

MANUEL (*sonriente*): Sí. Un poco.

SRA. JUANA: ¡Hum! ¡Un poco! Si parecen recién casados. ¿Y... les ha gustado la casa?

MANUEL: Sí...

SRA. JUANA: Es bien buena, le diré, si no... no crea que yo me iba a dar el trabajo de estarla recomendando y mostrando. La dueña es una señora muy decente, muy seria. La cuestión es que se acostumbren en el barrio también.

MANUEL: Yo creo que sí. (*Con leve impaciencia*). Me disculpa, ¿no es cierto?, pero tengo que...

SRA. JUANA: ¡Por supuesto! No faltaba más, don Manuel, que yo lo estuviera demorando. Voy a ir a saludar a la señora Elsitita.

(Manuel afirma con la cabeza, sonriente, y echa a andar por el fondo. Al ver sola a la señora Juana, la Patota se codea con otros).

JUAN (*levantándose, golpéase el pecho*): ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!...

(La Patota ríe bulliciosa. La señora Juana hace un respingo y entra en su casa).

SRA. LUISA (*desde la cocina*): Anita...

ANA (*que lee muy interesada, con fastidio*): ¿Ah?

SRA. LUISA: Se me olvidó traer un atadito de verdura. Vaya a comprarme uno, ¿quiere?

ANA: ¡Pero si estoy leyendo, pues, mamá!

SRA. LUISA: Bah... Puede seguir después. ¿No? Está de vacaciones.

ANA: Precisamente.

SRA. LUISA: Ya. Vaya. No sea rezongona.

ANA (*arroja la revista con enfado. Molesta y lenta, cruza hacia el comedor*): Déme la plata, pues...

SRA. LUISA: ¡Ay, niñita! ¡Como si no supiera! Saque de la chauchera.

ANA: ¿Dónde está?

SRA. LUISA (*viniedo de la cocina*): Hay que ver que es inútil usted, ¿no? (*Abre el cajón del aparador y de un portamonedas saca un billete*). Tome.

(Ana coge el billete. La señora Luisa vase a la cocina. Ana va a salir, pero acuérdate de algo: la revista que leía. Va al dormitorio. Cógela y leyendo, baja la escalera y sale a la calle, sin levantar la cabeza. Juan alarga una pierna para hacerle una zancadilla. Ana tropieza y está a punto de caer. La Patota échase a reír).

ANA (*furiosa*): ¡Idiota! ¡Imbécil!

ALBERTO (*encarando a Juan*): Eres hartito bruto tú, ¿ah?

ANA: ¡Estúpido! (*Sigue caminando*).

SRA. JUANA (*saliendo de su casa*): Buenos días, Anita...

ANA: Cómo le va, señora Juana...

SRA. JUANA: ¿Está tu mamá?

ANA: ¡Hum! Haciendo el puchero.

SRA. JUANA: Ah... (*Cruza la calle hacia la casa de Ana*).

ANA (*hacia el taller*): Chao, Daniel... (*Dobla la revista y echa a correr hacia el fondo de la calle*).

LA PATOTA (*al pasarla señora Juana delante de ellos*): ¡Firmes!...

SRA. JUANA: ¡Mal educados!

JUAN: ¡Ah!...

(*La señora Juana, molesta, sube por la escalera a la casa de Ana*).

(*Daniel y la Patota rien en tanto continúa el juego*).

(*La señora Juana ha golpeado la puerta de la casa de Ana*).

SRA. LUISA (*abriendo*): Ah, señora Juana... Pase, pase...

SRA. JUANA (*entrando*): ¡Ay, Señor! ¿Cómo amaneció hoy?

SRA. LUISA: Bien. No me quejo.

SRA. JUANA: Me alegro. Me acordé de usted en la misa.

SRA. LUISA: Gracias.

SRA. JUANA: El señor cura... ¡Pobre! ¡Cada día más enfermo!
¡Y esta Parroquia del Sagrado Corazón, tan difícil, pues!
Vengo a avisarle que el martes comienza el Jubileo para que vaya. Se ganan indulgencias.

SRA. LUISA: De veras, claro, y hay que rezar porque...

SRA. JUANA: Hay gente tan mala en este barrio y la iglesia pasa pelá.

SRA. LUISA: Gente mala hay en todas partes.

SRA. JUANA: Pero aquí hay más. ¡No lo sabré yo, señora Luchita,

que nació aquí y no me he movido nunca! Ahí tiene usted, pues, este dichoso grupito que le ha dado por juntarse todo el santo día ahí en la esquina. ¡Ay, Dios! ¡Son todos unos pícaros! (*Breve pausa*), No es que yo quiera meterme en sus cosas, señora Luchita, ¿no?, pero estoy viendo a la Anita demasiado metida con ellos.

SRA. LUISA: Al viejo tampoco le gusta que se junte con nadie.

SRA. JUANA: Por una parte está bien.

SRA. LUISA: ¿Sabe? Yo no entiendo mucho, pero a veces pienso que la gente no puede vivir tan sola.

SRA. JUANA: ¡Bah! ¿Y yo... cómo vivo? ¿Usted misma?

SRA. LUISA: Sí. Claro. Pero los jóvenes, no.

SRA. JUANA: Lo que es yo, señora Luchita, sé muy bien a qué lado están los buenos y a qué lado están los malos.

SRA. LUISA (*con sonrisa conciliadora*): A lo mejor usted tiene razón.

SRA. JUANA: Llegó la nueva vecina.

SRA. LUISA (*sin mayor interés*): Ah, sí...

SRA. JUANA: Sí, pues, hoy se vino del todo.

SRA. LUISA: Yo no la he visto.

SRA. JUANA: Buenamazona, le diré. ¡Y enamorada de su marido, como ya no se usa, por Dios! ¡Ay! ¡Me acuerdo de mis tiempos...!

SRA. LUISA (*sin poder reprimir la risa*): Ah, esta señora Juana...

SRA. JUANA (*Acércase a la señora Luisa y en voz baja*): ¡Le diré una cosa; no sé por qué, pero el fulano ése no me gusta nadita!

SRA. LUISA: Bah... ¿y por qué?

SRA. JUANA: No sé. Corazonada. Y cuando eso me pasa, se-

ñora Luchita, no hay tu tía. No puedo tragar a esas personas. Manía dirá usted; pero es así.

SRA. LUISA (*con risueña ironía*): Pero si quiere, usted puede saberlo al tiro.

SRA. JUANA: ¿Cómo?

SRA. LUISA (*ríe*): Viéndose la suerte con el naípe, pues.

SRA. JUANA (*entre seria y risueña*): ¿Y su marido?

SRA. LUISA: En el puesto. Trabajando como siempre.

SRA. JUANA: Bueno... Me voy ya, señora Luchita, déle muchos saludos y no se olvide del Jubileo.

SRA. LUISA (*abriendo la puerta*): Bueno...

SRA. JUANA: Hasta luegoito...

SRA. LUISA: Hasta luego. (*Cierra la puerta y vase a la cocina*).

(*La Patota ríe con mayor fuerza. La señora Juana, nerviosa, cruza la calle y golpea la puerta de la casa de Elsa. Esta sale de la cocina y abre*).

ELSA: ¡Oh, señora! ¡Qué gusto! ¡Pase, pues!

SRA. JUANA (*entrando*): No quiero pecar de intrusa, ¿no?

ELSA: ¡Cómo se le ocurre, señora Juanita! ¡Mire! ¡Las cosas que dice! Asientito.

SRA. JUANA: No está demás alguien conocido, cuando se llega por primera vez a alguna parte, ¿no le parece?

ELSA: Por supuesto.

SRA. JUANA: ¿Y? ¿Cómo haya la casa?

ELSA: No está mal. Claro que pienso pintarla, adornarla un poquito. Lo malo que una arrienda no más y en cuanto está bonita, se la piden, ¿no?

SRA. JUANA: No, no. La dueña es una señora muy seria. Se lo digo yo, así que no se preocupe.

ELSA: Menos mal.

SRA. JUANA: ¿Y el barrio? ¿Cómo lo encuentra? Es bien socorrido, eh. Todo está a la mano.

ELSA: Bueno... Como yo me preocupo únicamente de los niños y sobre todo de Manuel...

SRA. JUANA (*ríe con levedad*): Quiere mucho a su esposo, señora Elsitita.

ELSA (*suspira*): ¡Ay, sí! Mucho.

SRA. JUANA (*con intención*): Y él a usted, ¿no?

ELSA (*con leve énfasis*): ¡Claro! ¡Si supiera usted cómo es! ¡Oh! ¡Discúlpeme que hable así!

SRA. JUANA (*lenta*): Somos amigas, ¿no?

ELSA (*levemente sorprendida. Pero convencida*): Claro.

SRA. JUANA (*con levisima amargura*): Nunca una mujer debe estar tan segura del cariño del hombre, señora Elsitita. Yo sé por qué se lo digo.

ELSA: Pero Manuel...

SRA. JUANA: Es un hombre como todos (*pausa*). De todas maneras yo siempre he pensado que hay que estar preparada para cualquier cosa.

ELSA (*confusa*): Sí, claro... Pero... ¿Por qué?

SRA. JUANA (*con sonrisa compasiva*): ¡Por Dios, señora Elsitita!, cómo se ve que usted está medio ciega. (*Lenta*). El cariño se puede terminar cuando una menos lo piensa.

ELSA (*con calor*): ¡El mío nunca!

SRA. JUANA (*pausa*): Yo también era como usted. Ya no podía querer más a la cruz que me tocó por marido. ¡Hum! ¡Una se pone tan lesa cuando quiere así! Y los lindos... ¡Ah!

¡Ligerito le descubren a una lo enamorada que está y vamos haciendo lo que les da la gana! Rogelio... ¡Así se llamaba el perla que me tocó, farreaba, fiesteaba... Mujereaba hasta que le daba hipo! ¡Y yo sufrir y sufrir en silencio! Hasta que un día una señora amiga mía me dice: «Mira Juana... ¿Hasta cuándo vai a ser la tonta que estai siendo? ¿Hasta cuándo vai a permitir que el Rogelio tenga peor que estropajo? ¿No sabes tú que a estos gallitos se les puede cortar las alas y volverlos mansitos? (Pausa). ¿Entiende, señora Elsita?

ELSA (como evadiéndose): Sí. Un poco.

SRA. JUANA (sonríe lentamente): No hay que estar tan segura. Es lo único que le puedo decir.

ELSA (mírala fijamente): ¿Por qué me habla de estas cosas?

SRA. JUANA (lenta): Entre mujeres tenemos que ayudarnos, ¿no?

ELSA (depone su cautela. Muy interesada): ¿Cómo?

SRA. JUANA (sonriente. En voz baja): ¡Hay poderes superiores, pues, y a mí me tinca que usted cree en ellos. ¿O no?

ELSA (baja la cabeza): Sí.

SRA. JUANA (sonríe triunfante): Desde que la vi, supe que íbamos a ser amigas. (Levántase). Me voy ya. Seguiremos conversando, eh. Aunque sola, tengo que ir a hacer almuerzo.

ELSA: La convidaría, señora Juanita, pero como es el primer día...

SRA. JUANA: No se preocupe. Ya tendremos tiempo.

ELSA: Claro...

SRA. JUANA: Bueno... Hasta luego. (Sale y dirígese a su casa).

(Elsa, por un momento, permanece pensativa, después, lenta, levántase y entra en la cocina, cerrando la puerta. Por el fon-

do de la calle, aparecen Ana y Manuel. Sonrientes, vienen caminando juntos. Ana trae consigo el atado de verduras. Manuel fuma. Avanzan y se detienen casi frente del taller. En un comienzo, atareado como está, Daniel no los verá, pero luego y a su pesar, al verlos, experimenta una sorpresa que lo desconcertará; al aparecer por el fondo, Manuel le ha susurrado algo al oído y Ana ríe con fuerza).

ANA: Es divertido usted...

MANUEL: Hay demasiadas cosas terribles, como para llevarse dando vueltas a lo mismo, ¿no le parece?

ANA: A lo mejor.

MANUEL (ríe): Por eso, creo que lo único importante es no darle importancia a nada...

(Surge la melodía del organillo, angustiada y dolorosa ahora).

ANA (ríe de nuevo): ¿Ve?

MANUEL: ¡Pero si es cierto! ¡Yo se lo puedo decir, que tengo algunos años más que usted...!

ANA (burlona): ¡Oh! ¡El abuelito de setenta!

MANUEL: En serio, eh. Mire... Lo único que a mí me interesa es pasarlo bien.

ANA: ¿De veras?

MANUEL: ¡Claro! Ahora dígame... ¿qué de malo hay en eso?

ANA (encógese de hombros): No sé...

MANUEL: ¡Nada, Anita! ¡Convéznase! ¡En la vida hay que pasarlo bien! ¡Sólo los tontos se preocupan de otras cosas!

ANA (lenta y con cierta gravedad): Parece que usted tiene razón.

MANUEL (*en voz baja e íntima*): ¿Ve? Teníamos que conversar... y el destino solito se ha empeñado en juntarnos. ¿Ah? ¿Le vamos a decir que no, Anita?

ANA (*baja la cabeza, confusa*): No sé...

MANUEL (*siempre en voz baja*): Tiene que aprender muchas cosas usted. (*Ana se encoge de hombros*). Yo estoy dispuesto a enseñarle... si usted quiere. (*Ana sonríe con timidez*). (*Lento*). Usted es bonita. (*Pausa*). ¿Qué hace ahora? ¿Estudia? (*Ana afirma en silencio*). ¿Qué piensa usted que va a ser más tarde? (*Indica hacia la Patota*). ¿Casarse con alguno de esos?

ANA (*débil*): Estudiaré. Seguiré una profesión.

MANUEL (*compasivo y burlón*): ¿Y para cuándo toda esa maravilla?

(*Por el fondo de la calle, ha aparecido don René: viene con una sobria embriaguez. Trae consigo un paquete de frutas. En el momento en que don René se acerca, Manuel ha cogido por un brazo a Ana y le susurra de nuevo algo al oído. Don René avanza violento y aferra a Ana por el otro brazo.*)

DON RENE: ¿Qué estái haciendo aquí, floja de porquería?

ANA (*temblorosa y enrojada, despréndese con cierta fuerza*): Papá...

DON RENE: ¡No es éste tu lugar! ¡Y apúrate en irte a la casa, si no quieres que te cachetee aquí mismo!

ANA (*avergonzada y trémula, a Manuel*): Disculpe... (*Casi sollozante corre hacia la casa, en tanto Daniel y la Patota conversan silenciosos. Manuel, con leve confusión, vase rápido y entra en su casa. Don René se ha ido tras Ana.*)

SRA. LUISA (*al oír a Ana*): ¿Niñita? ¿Es usted?

(*Ana, que ha abierto la puerta con violencia, sin responderle, corre hacia su dormitorio y se deja caer sollozante en la cama, humillada.*)

SRA. LUISA (*sale de la cocina y va al dormitorio*): Pero... ¿qué le pasa, niñita, por Dios?

(*Ana no contesta.*)

DON RENE (*entrando ha alcanzado a oír a la señora Luisa*): Nada grave, señora.

SRA. LUISA: Pero...

DON RENE (*arroja el paquete sobre la mesa*): Lo sabe. Se lo he dicho cientos de veces... Pero ella, dale con lo mismo.

SRA. LUISA: ¿Qué cosa, pues, viejo?

DON RENE: No me gusta que ande con nadie por la calle.

SRA. LUISA: Pero, viejo... No se puede ser tan...

DON RENE: ¡Cállese usted mejor!

SRA. LUISA: ¿Qué pasó, pues?

DON RENE (*sentándose*): Que ahí afuera estaba, pues. Secreteándose con un desconocido.

ANA (*desde el dormitorio*): ¡No me estaba secreteando ni es ningún desconocido! ¡Me estaba preguntando una dirección!

DON RENE: ¿Y por qué no le pregunta a algunos de los ociosos que están en la esquina?

SRA. LUISA: ¡Bah! ¿Por eso tanta alharaca?

ANA (*desde el dormitorio*): ¡La alharaca que armó él, será! (*Semisollozante*). Poco menos que me pegó en la ca-

lle... ¡Como si a una no le diera vergüenza de que todos estuvieran mirando!

SRA. LUISA: ¡Es su padre, pues, mijita!

ANA: ¡Ah! ¿Eso le da derecho a avergonzarme delante de los demás? ¡Eso es lo que más me duele! (*Tironeándose el vestido y de nuevo casi sollozando*). ¡No tengo nada que ponerme! ¡Este vestido ha perdido el color de tanto lavarlo!

SRA. LUISA: Ya. ¡Ta bueno, pues, Anita! Almorcemos tranquilos algún día.

ANA: Yo no quiero.

DON RENE: ¡Vas a almorzar, caramba!

(*Ana calla, obstinada. La señora Luisa vase a la cocina, donde empieza a manipularlas ollas. Don René va al aparador y saca una botella vacía.*)

DON RENE (*con un billete*): Anda a comprar vino.

ANA: ¡Usted sabe que no me gusta ir a comprar vino!

DON RENE: ¡Es que va a ir nomás, pues!

SRA. LUISA: Voy yo, viejo, mejor.

DON RENE: ¡No! ¡Era lo que faltaba ahora! ¡Va a ir la señorita por las buenas o por las malas!

SRA. LUISA (*viniendo de la cocina*): Vaya, mijita...

ANA (*llorosa*): ¡Claro! ¡A que en el depósito cualquier borracho sucio me diga puras porquerías!

DON RENE: ¡Ah! ¡No vayan a deshacer a la lindura!

SRA. LUISA (*pásale la botella*): Vaya, vaya... Tranquilita.

(*Ana coge la botella y sale a la calle. Don René siéntase a la*

mesa y, cogiendo el diario, empieza a leer. La señora Luisa vuelve a la cocina.

(*La Patota ha terminado de jugar*).

(*Ana va pasando cerca de ellos*).

ALBERTO: ¡Hola, Anita! ¿Te acompaño?

(*Ana encógese de hombros. La Patota la rodea*).

JUAN: ¿Estás triste, chicoca? ¿Te pasa algo?

(*Ana sonríe débilmente*).

ALBERTO: ¡A ver, cabros! ¡Hagamos algo para que la Anita ría, eh! ¡Pero con ganas!

JUAN: ¡El bombardeo del avión!

LA PATOTA (*bulliciosa*): ¡Claro!

(*Algunos adoptan posturas de ataque con ametralladoras. Otros, corren y buscan posiciones. Extienden los brazos, corren e imitan el ruido de los aviones. Forman un bullicio fenomenal, en tanto los primeros imitan el tac tac de las ametralladoras. Siempre con enorme bullicio, van cayendo algunos en posturas que mueven a risa*).

JUAN (*que maneja una ametralladora, a Alberto*): ¡Ya, pues, pesado! ¡Chi! ¡Te he derribado como cinco veces y todavía no caís!

(*Alberto termina por caer al suelo cómicamente. El bullicio culmina y el juego finaliza. Jadeantes y alegres, giran hacia Ana; ésta obsérvalos seria*).

ALBERTO (*con cómica desesperación*): ¡Puchas...!

JUAN: ¡No resultó, por la misma! ¡Ah, ya sé! ¡El asalto del tren! ¡No falla!

LA PATOTA: ¡Bravo...!

(De nuevo corren a ocupar «posiciones»: escóndense en las esquinas, en los marcos de las puertas, al lado del taller, etc. Tres o cuatro cógense por la cintura e, imitando el ruido del tren, échanse a caminar por la calle y cada vez que debe sonar la bocina de la «máquina», Alberto, además del bocinazo, golpea con fuerza en la puerta de la señora Juana. Los que están escondidos disparan, imitando el ruido de las balas. El «tren» se detiene y los asaltantes se acercan).

JUAN (*a Alberto*): Juere is de maney?

ALBERTO: Jiar. Pero las huinchas que te lo entrego.

(Echa a correr a la casa de la señora Juana y, en el momento en que enfrenta la puerta, sale la señora Juana, furibunda, con un lavatorio de agua jabonosa y se la arroja a Alberto, empapándolo. La Patota estalla en una carcajada violenta. Lo mismo Ana y Daniel que se ha asomado).

SRA. JUANA: ¡Para que se dejen de molestar! ¡Patoteros! (*Cierra con fuerza la puerta*).

JUAN (*acércasele*): ¡Puchas! ¡Parece que estái mojado, Albertito!

(La Patota redobla sus carcajadas).

(Vase la Patota, siempre riendo, por el fondo de la calle, con Ana, que también continúa riendo. Daniel vuelve al taller).

(Daniel se ha quitado el mono de trabajo, sale a la calle y cierra la puerta corredera).

DANIEL: Hasta la tarde, don Benigno... (*Avanza y detiéndose en la esquina. Evidentemente está esperando a alguien: mira y remira hacia el fondo de la calle*).

(La señora Luisa sale de la cocina con un plato que coloca en la mesa).

SRA. LUISA: Ya, viejo. Sírvase.

DON RENE (*que se había adormecido*): ¿Ah? Sí, sí... ¿Todavía no llega la señorita?

SRA. LUISA: Usté sabe, pues, viejo, que a esta hora el depósito está lleno. Coma nomás. Debe estar por llegar. (*Vase a la cocina y regresa con otro plato. Siéntase y empiezan a comer en silencio*).

(Por el fondo de la calle, aparece Ana. Daniel sonríe al verla).

ANA (*siguiendo su camino*): ¿Te vas ya?

DANIEL: Claro. A almorzar.

ANA: Chao.

DANIEL (*con cierto apremio*): Ana... (*Ana se detiene. Miralo interrogativamente*): ¿De verdad... vas a ir el domingo... a la pichanga...?

ANA (*encógese de hombros*): No sé.

DANIEL: Pero antes dijiste...

ANA: A lo mejor, sí. A lo mejor, no.

DANIEL: Es que... Bueno: me gustaría saberlo...

ANA: Bah... ¿para qué?

DANIEL: Es que después... Podríamos pedirle permiso a tu papá... y pasarnos a un rotativo...

ANA: ¡Hum! ¡A lo mejor contigo me deja ir!

DANIEL (*anhelante*): ¿Vas, entonces?

ANA (*con leve sonrisa*): ¿Por qué tanto interés, oye?

DANIEL (*titubeante*): Es bonito estar juntos... ¿no te parece?

ANA (*acércasele*): Daniel... Si yo te hiciera una pregunta...

DANIEL: Hazla.

ANA: ¿Te gusta hablar conmigo?

DANIEL (*pausa*): Sí.

(*Un silencio*).

ANA (*con leve coquetería*): ¿No crees que hemos hablado mucho durante estas vacaciones?

DANIEL (*confundido*): A lo mejor, ¿no? (*Pausa*). Claro que a mí siempre me parece poco.

ANA (*riendo*): ¡Tonto! (*Pausa. Con hondura y gravedad*). ¿Siempre piensas seguir estudiando en la Técnica? (*Daniel afirma*). ¿Cuántos años son?

DANIEL: Tres.

ANA (*para sí*): ¡Tres!

DANIEL: Es poco.

ANA: Para ti.

DANIEL: ¿Cómo ?

ANA (*grave*): Para otros, tres años pueden ser mucho tiempo.

DANIEL: ¿Otros? ¿Quiénes?

ANA: Yo, por ejemplo. En este momento, creo que si tuviera que esperar tres años por algo... me mato.

DANIEL: ¡Pero hay cosas que...!

ANA: Esas no me interesan ya. (*Con oscura desesperación*). No quiero quedarme atrás.

DANIEL: ¿Qué te pasa?

ANA: Nada.

DANIEL: A ratos, te desconozco, Anita. Palabra. Pareces otra persona.

ANA: No siempre iba a estar jugando, ¿no?

(*Un silencio*)

DANIEL (*lento*): Si alguien te pidiera, entonces... Por algo importante, claro... Si alguien te pidiera esperar... ¿esperarías?

ANA (*míralo fijamente*): No lo sé. (*Pausa*): Pero creo que no esperaría.

DANIEL (*con dolor*): ¿De veras?

ANA (*con súbita reflexión*): ¿Tú quieres que yo espere por algo?

DANIEL (*evadiéndose*): Qué sacaría con decírtelo... (*Pausa. Con cierta brusquedad*). Chao... (*Vase rápido por un costado*).

(*Desconcertada, Ana mira alejarse a Daniel. Luego, encógese de hombros y sube rápidamente a su casa*).

DON RENE (*al verla entrar*): Hum... Menos mal...

ANA (*sin decir palabra deja la botella sobre la mesa y vase al dormitorio*): Oh...

DON RENE (*sírvese un vaso*): ¿No va a almorzar?

(*Ana no contesta y coge una revista*).

DON RENE (*sírvele un vaso a la señora Luisa*): Qué hija más obediente, ¿no?

SRA. LUISA: Almuerce tranquilo. Después comerá ella. La conozco.

DON RENE: La consiente, que es peor. (*Bebe. Sírvese otro vaso de inmediato*).

SRA. LUISA (*sonriente*): ¿Qué quiere que haga, ah? La pobre no sale a ninguna parte. Hay que fijarse en eso, ¿no?

DON RENE (*bebiendo su segundo vaso*): Hum...

SRA. LUISA (*bebe el suyo*): A pesar de todo no es mala chiquilla, viejo. Usté ve cómo son otras de su misma edad.

DON RENE (*sírvese un tercer vaso*): Menos mal que yo tengo autoridad. (*Por el vino, en voz alta a Ana*). ¿De cuál compraste?

ANA (*leyendo*): Qué sé yo... Del primero que vi.

DON RENE: 'Ta bueno, te diré...

ANA (*entre dientes*): Menos mal. (*De súbito, levántase como acordándose de algo. Corre al velador y saca del cajón un talonario. Dirígese al comedor y se encamina a la puerta*). Voy y vuelvo, mamá.

SRA. LUISA: ¿Adónde va?

ANA: Aquí al frente. A vender entradas de la pichanga de los cabros.

SRA. LUISA: Pero la gente debe estar almorzando...

ANA: Mejor. Así los pillo a todos. Voy, ¿quiere? y a la vuelta, le prometo que almuerzo al tiro. Me tomo hasta el caldo, ¿ah?

(*La señora Luisa asiente, en tanto que don René emite un violento eructo. Ana sale a la calle, desierta ahora. La música*

del organillo reaparece tierna y suave. De la cocina salen Elsa y Manuel, con aspecto de extraño apasionamiento. Detiéndense en medio del comedor y, de súbito, Manuel abraza a Elsa con fuerza).

ELSA (*con voz enronquecida*): Ya, pues... (*Despréndese con suavidad, aunque gozosa y empieza a disponer la mesa, sacando algunos objetos y cubiertos del aparador*).

(*Ana se ha detenido en la esquina. Antes de cruzar la calle, saca un espejo pequeño y mirase rápida, pasando un dedo húmedo por las cejas. Mójase los labios y atraviesa la calle. Golpea en la casa de Manuel*).

MANUEL (*abre*): Oh... (*Con sorpresa apenas controlada, Ana sonríe con raro dominio de sí misma*).

Bah... ¿Qué se le ofrece?

ANA: Yo... (*Resuelta de inmediato*). ¿Está la señora?

ELSA: ¿Quién es, Manuel?

MANUEL (*sonríe con extraña sonrisa de comprensión*): Pase...

ANA (*entra*): Disculpe, señora... (*Mira a Elsa con curiosidad casi impertinente*). Disculpe que la moleste a esta hora, pero... ¿sería tan amable que me comprara una entrada para una fiesta de los muchachos del barrio? Es un escudito nomás.

ELSA: No sé si tengo sencillo...

MANUEL (*pásale un billete*): Toma...

ANA (*sonriente*): ¿Cuántas, señora?

ELSA: Una. Es por cooperar, le diré. El negro y yo nunca vamos a estas cosas.

ANA (*cortando una entrada*): Y va a estar bien buena, fijese.

Vaya... con su esposo. Así conoce a la gente del barrio.

ELSA (*recibiendo la entrada*): A lo mejor.

ANA (*por el billete*): Gracias. (*Pausa*). Por si van, yo voy a atender el «buffet»...

ELSA (*riendo de súbito*): A propósito, negrito... ¡No hay vino!

MANUEL (*con presteza*): Voy a comprar, pues. (*Corre a la cocina en busca de una botella*).

ANA: De nuevo muchas gracias, señora... y perdone la molestia.

(*Elsa sonríe y se encoge de hombros*).

MANUEL (*viniendo de la cocina con una botella*): Vuelvo al tiro. (*Abre la puerta y Ana sale con él*).

MANUEL (*deteniéndose en la esquina, riendo*): ¿Qué tal le pareció mi prima?

ANA (*ríe con una risa en la que aflora una extraña madurez*): ¡Fea!

(*Manuel ríe más alto, también Ana, que se aleja*).

MANUEL: Espere... (*Ana se detiene*): ¿Es cierto que usted va a estar en la pichanga?

ANA: ¿Usted qué cree?

MANUEL: Que va a estar. (*Ana afirma silenciosa y sonriente*). ¡Hum! Va a tener que atender bien, ah...

(*Ana torna a reír y se encoge de hombros*).

ANA: Chao... (*Corriendo vase a su casa*).

(*Manuel, silbando muy alegre, vase por el fondo de la calle*).

ANA (*entra en su casa; con rara y tumultuosa alegría*): ¿Qué cosas ricas hizo hoy para almorzar, mi querida señora Luisa?

SRA. LUISA (*mirándola desconcertada*): Bah...

ANA (*siéntase a la mesa; a don René muy mimosa*): ¿Me deja probar un poquito de su vino, viejito enojón? (*Sírvese un vaso y va a beberlo*).

DON RENE (*de un manotón, le arroja lejos el vaso*): ¡Déjate de leseras, porquería!

SRA. LUISA: ¡Viejo!

(*Ana, con cierto furor, se levanta de la mesa, trémula y corre a su cama, en la que se deja caer de espaldas, temblorosa; pero de súbito, échase a reír con larga y salvaje carcajada. La señora Luisa y don René miran extrañados hacia el dormitorio. La melodía del organillo resurge dolorosa. Ana sigue riendo y, de pronto, interrumpe su carcajada con extrema brusquedad*).

OSCURECIMIENTO



ACTO SEGUNDO

El escenario permanece a oscuras por breves momentos. Luego se va iluminando con extrema lentitud y, paralelamente a la iluminación, óyese la melodía del organillo suave y lánguida.

En la casa de Ana, la señora Luisa se afana en la pequeña cocina manipulando sus ollas. En el taller de vulcanización, Daniel golpea y desarma un neumático. En casa de Manuel, Elsa, jadeante, está echada en la cama, vestida con un traje que evidencia su gravidez de octavo mes. Inmediatamente después que la melodía del organillo se ha extinguido por completo, irrumpe por el fondo de la calle la Patota, que viene fumando, riendo, bromeando. Detiéndense un momento, agrupándose todos y rompen en una violenta, joven y ahora más brutal carcajada.

ALBERTO: ¡Güena, oh!

JUAN: ¡Claro que la vieja se asustó de verdad y comenzó...!

LA PATOTA (riendo y golpeándose el pecho): ¡Misericordioso! ¡Misericordia!

ALBERTO (riendo a su pesar): ¡Creería que era terremoto, oh!

JUAN (con cierta agresividad) ¡Qué hablai vos cuando te achaplinaste! *

ALBERTO: ¡Bah! ¡Tuve que hacer!

* Achaplinarse: Arrepentirse.

JUAN: ¡Ah! ¿Adónde llegó la dueña de casa?

(La Patota torna a reír y avanza hasta la esquina del taller, deteniéndose frente a Daniel).

LA PATOTA *(a Daniel)*: Hola...

DANIEL *(trabajando)*: Llegan tarde, ah...

JUAN: ¡Salú, oprimido...!

(La patota ríe).

JUAN: ¿No te cansas de trabajar tú?

DANIEL *(sonriente)*: ¡No!

JUAN: ¡Un mal ejemplo, compañeros! *(A Alberto con cierta intención)*. ¡Cuidado con el contagio!

(Alberto se encoge de hombros, incómodo).

LA PATOTA: ¡Buuuuu! ...

JUAN *(acercándose a Daniel)*: ¿Sabí, Daniel? ¡Lo que pasa es que tú eres un fenómeno! *(Apunta hacia la casa de Ana)*

¡La chicoca! *(Con ademán de redondez de curvas. Relamiéndose)*. ¡Ah! Igual que...

LA PATOTA *(Idem)*: ¡Ah!...

ALBERTO *(con cierto calor)*: ¡Oh! ¡Cuidado, pues, Juan!

LA PATOTA: ¡Bah! ¿Por qué?

JUAN: ¿Acaso está prohibido? ¿Adónde llegaste «censura»? *(Por Daniel)*. No reclama éste...

DANIEL *(con cierta aspereza)*: ¡Cállate mejor, oh!

JUAN *(con voz atiplada y danzando por la acera)*: ¡Oh, el amor! ¡El amor! ¡Y siempre el amor!

LA PATOTA *(excepto Alberto, imitan el mismo movimiento)*:

¡Me muero! ¡Me muero! *(Algunos se dejan caer al suelo, en tanto el resto ríe. Daniel también, pero con cierta tensión que se refleja en un golpear más intenso del neumático).*

(La Patota ríe a carcajadas y terminan por instalarse todos en la esquina, ahora con mayor decisión e insolencia en su actitud. Juan hace correr una cajetilla de cigarrillos).

LA PATOTA: ¡Güena, oh!...

(En ese instante, por un costado del primer plano, aparece el vendedor de claveles, con un canasto al brazo).

EL VENDEDOR *(deteniéndose en la esquina opuesta a la Patota)*: ¡Claveles baratitos pa' las chiquillas bonitas! ¡Ah, los claveles!

(La Patota se codea entre ellos. A una señal de Juan, sonríen y cruzan la calle, rodeando al vendedor).

JUAN: ¿A cuánto los floripondios, míster?

EL VENDEDOR: ¡Bah! ¿Qué quieren comprar, ustedes?

LA PATOTA: A lo mejor, pues.

JUAN: Si usted fia... ¡O a lo mejor vende claveles con facilidades!

(La Patota ríe y empieza a hurgar en el canasto).

JUAN *(cogiendo un clavel)*: ¿A cuánto la cachá, míster?

EL VENDEDOR *(manoteando a un lado y otro)*: ¡Cuidado!

JUAN *(oliendo el clavel que ha cogido)*: ¡Uf! ¡Pichí de gato, oh!

EL VENDEDOR (*protegiendo sus flores, a la Patota*): ¡Ya, pues, cargantes!

LA PATOTA (*cogiendo las flores*): ¡Chi! ¡Tan más pa' malas estas flores!

EL VENDEDOR: ¡Déjense, si no, llamo a los carabineros!

LA PATOTA (*gritando con fingido terror*): ¡Carabineros, ¡Carabineros! ¡Carabinerito, pliss!...

EL VENDEDOR (*defendiéndose logra desprenderse de la Patota y corre hacia el fondo de la calle*): Les voy a mandar la cuca, cabros patoteros. ...!

LA PATOTA (*gritando y haciendo musarañas*): ¡Buuu! ¡Córrete!... ¡Buuu !.

(*El vendedor sale rápido. La Patota torna a instalarse en la esquina*).

ALBERTO (*que ha participado en el hurgar de las flores, acércase al taller con un clavel en la mano*): Mira, Daniel...

DANIEL: Bonito, ah...

ALBERTO (*pasándole el clavel*): Para la Anita...

DANIEL: ¡Bah! ¿Por qué no se lo das tú? ¿Qué tengo yo que hacer con ella?

ALBERTO (*riendo con sana malicia*): ¿Para qué te haces el tonto?

DANIEL (*cogiendo el clavel*): Gracias... (*Alberto sonríe y se incorpora a la Patota. Daniel contempla la flor con extraña y concentrada atención. En ese momento resurge suave y tierna, la melodía del organillo. Daniel busca un tarro vacío y de un tiesto cercano, échale agua y en él coloca el clavel. La melodía parece crecer. La Patota,*

que ha seguido parloteando y chisteando, estalla en una gran carcajada. La melodía se interrumpe y Daniel retoma su trabajo).

(*La señora Luisa deja de manipular sus ollas; coge una regadera plástica, cruza el comedor y se desplaza hacia el balcón*).

SRA. LUISA (*regando los cardenales con afecto*): ¿Tenían calor, no? ¡Los pobrecitos... y ya estarían creyendo los muy tontitos que los había olvidado! No, no, pues... Si son los regalones de la mamita... ¡Agüita, eso es! ¡Agüita para que se refresquen!...

(*Por el fondo de la calle aparece la señora Juana y avanza hacia su casa. Trae en sus manos un misal y un velo negro. Al llegar a la puerta de su casa, ve a la señora Luisa en el balcón*).

SRA. JUANA: La misa se anduvo atrasando, señora Luisita...

SRA. LUISA: ¿Ah, sí?

SRA. JUANA: El señor Cura sigue enfermo, pues. Pobre...

LA PATOTA (*suspira con festiva consternación*): ¡Ay! (*Ríe y retorna a su parloteo*).

SRA. LUISA: Pero usted es sola, pues, y no tiene que preocuparse por almuerzo ni nada, así que no importa que se atrase.

SRA. JUANA (*entrando. La señora Luisa ríe*): Despuecito de almuerzo, voy a ir a verla. ¿Y la Anita?

SRA. LUISA: No ha llegado todavía.

SRA. JUANA: ¿Estará preparándose para los exámenes ya, no?

SRA. LUISA: ¡Creo que sí!

(*La señora Juana termina de entrar. La señora Luisa ha fina-*

lizado de regar sus cardenales. Deja en el mismo balcón la regadera y vuelve a la cocina, retomando su labor).

(Por el fondo de la calle aparece Ana. Vestida con el uniforme del Liceo. Trae unos libros bajo el brazo, detiéndose frente a la casa de Manuel y la mira fugazmente. Hay un cambio sutil, pero evidente, en el gesto y la actitud de Ana. Al mirar hacia la casa de Manuel, adviértese inclusive en su cuerpo una extraña tensión. Luego atraviesa la calle y se acerca a la Patota).

ANA: Hola.

LA PATOTA *(con grandes aspavientos)*: Hola...

JUAN: ¿Y? ¿Qué tal tu vida?

ANA *(riendo)*: ¡Imagínate! ¡Del uno!

(La Patota ríe).

ALBERTO *(con cierta timidez)*: ¿Cómo te sientes para los exámenes?

ANA *(riendo)*: ¡Flor! ¿Qué clase de alumna te crees que soy yo, ah? *(Acércase al taller, a Daniel)*: A ver tú, qué dices...

DANIEL *(sonriente)*: ¿De qué?

JUAN: En el limbo, como de costumbre. Y eso te pasa por trabajar tanto. *(A la Patota)* ¿Sabían ustedes que el trabajo pone lesa a la gente?

(La Patota ríe).

ANA *(con insistencia a Daniel)*: Ya, pues. Di. ¿Soy o no soy buena alumna yo?

LA PATOTA *(riendo)*: ¡Muy buena!

ANA: ¡Eres pesado tú, Daniel! ¡Di, pues!

JUAN: No sabe hablar el pobrecito...

ANA: ¡Hay que ver que eres pavo tú! ¡Habla!

DANIEL *(sonriente encógese de hombros)*: No sé... A lo mejor...

ANA: Tonto... *(A la Patota)*. Chao...

LA PATOTA: Chao... *(Torna a la esquina)*.

ANA *(a Daniel)*: ¿Siempre das respuestas así, tú, ah?

DANIEL *(sonríe)*: No. ¿Por qué?

ANA *(con coquetería más definida y madura)*: ¿O algo mío no te gusta ahora? Tan fea no soy, pero de todas maneras... A ver: ¿los ojos? ¿El pelo? ¿Qué, pues?

DANIEL *(con atolondramiento)*: Cómo... ¡Cómo se te puede ocurrir decir cosas así!

ANA: ¡Bah! ¡Creía*, pues!

DANIEL *(lento y en voz baja)*: Tú lo sabes. Te lo he dicho. Tienes bonitos ojos.

ANA *(riendo)*: ¿De veras?

(Daniel, intimidado un poco, afirma en silencio).

ANA *(siempre riendo y halagada)*: Ahora sí que pareces un tonto...

(La señora Luisa cruza de nuevo hacia el balcón y empieza a limpiar las malezas de los tiestos. Ana se dirige a su casa. Detiéndose en la escalera y saca de su bolsillo un pequeño espejo: observa detenidamente sus ojos y pasa, alisándolas, un dedo por las cejas. Sonríe a su imagen, guarda el espejo y termina por subir y entrar en su casa).

* Creía: Creída, orgullosa.

SRA. LUISA (*desde el balcón vuélvese sorprendida*): ¿Usté?

ANA (*con fastidio*): No. Soy la otra.

SRA. LUISA: Pero a esta hora...

ANA (*Pasando al dormitorio*): Nos largaron antes las viejujas...

(*Empieza a quitarse el vestido con molestia evidente*).

SRA. LUISA: (*con ademán inconsciente, coge la regadera*):

Es que otras veces mandan... ¿cómo se llama? Una comunicación...

ANA: Ahora no, pues.

SRA. LUISA: Pero...

ANA (*a medio desvestirse para el comedor*): No me la dieron ahora, pues, señora... ¿De dónde quiere que la saque?

SRA. LUISA (*con cierta timidez, por la regadera*): Es bonita, ¿no es cierto?

ANA (*molesta*): ¿Qué cosa? (*Ha terminado de sacarse el uniforme y lo arroja con rabia sobre la cama*).

SRA. LUISA (*acércase al dormitorio*): Mire.

ANA (*casi sin mirar*): Ah... Muy bonita.

SRA. LUISA: Me la trajo el viejo ayer.

ANA (*con ironía*): Siempre tan atento el papá, ¿no? (*Ha cogido un vestido colgado en la pared por un clavo*). No tengo ninguna porquería que ponerme...

SRA. LUISA (*deja la regadera en la mesa*): Pero, niñita... Este último tiempo se ha mandado hacer tres vestidos.

ANA (*poniéndose el que ha cogido*): ¿Y usted cree que son muchos?

SRA. LUISA: Para nosotros que no somos ricos...

ANA: Eso es lo malo.

SRA. LUISA: Usted sabe que el viejo hace lo que puede.

ANA (*termina de ponérselo*): ¡Claro! (*Echase en la cama y*

coge una revista de las que hay por el suelo): Esto es vida...

SRA. LUISA: ¿Qué cosa?

ANA: La de estas fulanas. Fíjese. A la Sophia Loren le robaron joyas en Londres por más de quinientas mil libras esterlinas.

SRA. LUISA: ¿Y eso es mucho?

ANA (*entre dientes*): Ah... ¡Qué saco hablar con usted estas cosas!

SRA. LUISA (*vuelve a coger la regadera. Pero al hacerlo bota los libros al suelo*): Oh...

ANA (*sin moverse*): ¿Qué le pasó?

SRA. LUISA: Boté los libros. (*Los recoge*).

ANA: Hum... ¡Para lo que sirven!...

(*Al recoger los libros, la señora Luisa ve un sobre entre uno de ellos. Lee dificultosamente su nombre en él. Mira hacia Ana, lo abre y va a empezar a leer*).

ANA (*que se ha acordado repentinamente de algo, arroja la revista a un lado y se levanta de un salto, pasando con rapidez al comedor*): ¿Qué está haciendo? ¡Démelo!

SRA. LUISA: Viene a mi nombre.

ANA: Se me había olvidado. Es una comunicación sin importancia.

SRA. LUISA: ¿Y cómo antes dijo...?

ANA: ¡Bah! ¡Se me olvidó, pues! ¡Démelo!...

(*La señora Luisa se acerca al balcón como buscando más luz; trabajosamente empieza a leer. Ana se muerde los labios*

y vuelve al dormitorio. Murmura algo entre dientes; echándose a la cama, coge la revista).

SRA. LUISA (que ha terminado su lectura): Oh... (Mira hacia el dormitorio. Después, avanza hacia la cortina). Anita... (Ana sigue leyendo). ¿Qué ha pasado, por Dios?

ANA (sin mirarla): ¿No lo leyó, pues?

SRA. LUISA: Pero...

ANA (Arroja la revista y se pone en pie con rapidez): Me expulsaron, sí. ¿Y qué? (Cruza hacia el balcón).

SRA. LUISA (siguiéndola): ¿Pero por qué ha sido?

(Ana asómase al balcón; al ver a la Patota, sonríe).

ANA: Hola...

LA PATOTA: Hola...

SRA. LUISA (a su lado): Usté ha cambiado tanto, niñita. ¿Por qué?

ANA (riendo, a la Patota): Ligerito bajo...

SRA. LUISA: No va a ir a ninguna parte, sin que me diga primero qué pasó.

JUAN (a Ana): Hay un bailoteo en la noche... En Erasmo Escala con Esperanza. Va a estar del «guan».

SRA. LUISA (insistiendo): ¿Por qué, niñita?

ANA (semivolviéndose): Hay que ver que es fregada usted, ¿no? Ve que estoy conversando... (A la Patota). Voy a ir.

LA PATOTA: ¡Güena...!

ANA (indicando humorísticamente la cercanía de su madre): Después... bajo...

(La Patota ríe) (Ana ha vuelto al comedor y recoge algunas revistas).

ANA: Mire... Todas por el suelo.

SRA. LUISA (desolada): ¿Qué le vamos a decir al viejo?

ANA: La verdad, pues. (Con la revista que ha recogido vase al dormitorio y se echa en la cama). Esta sí que es vida. (Abre una revista).

SRA. LUISA (que ha permanecido indecisa en medio del comedor; ahora con leve resolución): Es mejor que me diga al tiro por qué la expulsaron. (Acércase rápida y coge a Ana por un brazo).

ANA (desprendiéndose con violencia): ¿Qué le pasa conmigo? ¿Tenía que aguantar todas las idioteces de las viejas del liceo? (Levántase brusca y se desplaza hacia el comedor; chillando). ¡Déjeme tranquila!

SRA. LUISA (tras Ana): ¡No! ¡Hasta que no me diga por qué! ¡Hartas cosas le he aguantado este año! ¡Pero ya estoy cansá!

ANA (volviéndose): ¡Vaya! ¿Y de dónde le salió tanta autoridad de repente?

SRA. LUISA: Soy tu madre, ¿no?

ANA: ¿Ahora viene a acordarse? ¿Ahora que yo he metido la pata? Y cuando a usted y al viejo les da por curarse...

SRA. LUISA: Si el viejo se emborracha, bien hecho está. Para eso trabaja como bruto.

ANA: ¿Y qué sacamos con que trabaje así? ¡Mire donde vivimos!

SRA. LUISA: Váyase a un hotel, entonces...

ANA: Buena idea, señora. Pero si alguna vez lo hago, no salga

a buscarme, eso sí. *(Cruza hacia el dormitorio y échase de nuevo en la cama. Coge una revista y empieza a canturrear).*

SRA. LUISA *(con leve exasperación)*: ¿Me va a decir o...?

ANA *(canturreando)*: «Un giorno te diro...».

SRA. LUISA *(tensa)*: ¿Me va...?

ANA *(canturreando)*: «Aleluya... Aleluya... Aleluya...».

SRA. LUISA *(aproximándose a la cama y levanta la mano)*: ¡Chiquilla de porquería!

ANA *(con suma violencia se yergue de rodillas en la cama y grita a pleno pulmón, en el mismo rostro de la señora Luisa, con una especie de extraño salvajismo)*: ¡Aleluya! ¡Aleluya!

(La señora Luisa baja la mano como amedrentada, mientras Ana permanece jadeante. Después la señora Luisa gira y se dirige al balcón y, muy lentamente, continúa limpiando sus flores, aunque desconcertada).

(Ana depone su tensión y tumbase en la cama, canturreando y hojeando revistas).

(La señora Juana ha salido de su casa y se encamina a casa de Elsa).

LA PATOTA *(al verla, échase a reír y, golpeándose el pecho, se inclinan una y otra vez)*: ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!

SRA. JUANA *(con un respingo)*: ¡Badulaques!

JUAN *(con un grito estridente)*: ¡Twist!

(La Patota ríe ruidosamente).

SRA. JUANA *(golpea en la puerta de Elsa, murmurando)*: Roteques...

(Elsa se levanta dificultosamente y va a abrir).

ELSA *(abriendo muy obsequiosa a la señora Juana)*: ¡Ah, usted, señora Juanita! ¡Qué gusto. Pase... ¡Pase!

SRA. JUANA *(entrando)*: Tiene mucho mejor semblante que ayer, señora Elsitita.

ELSA *(en cada gesto y ademán adviértese ahora, acentuadísima, una atmósfera de obsequiosidad y zalamería, apuntada tan sólo hace un año atrás, pero que en el momento actual termina por enervar. Con un gran suspiro)*: Ay, si no fuera por la pintura, señora Juanita... ¡Pero sólo Dios sabe cómo estoy en realidad! ¡Oh! ¡Asientito, pues! ¡Aquí! ¡Aquí está mucho más cómoda! *(Recostándose en la cama)*. Me disculpará, ¿no?, pero estoy un poquito cansada con todo el traqueteo de la casa. ¡Menos mal que no están los niños! *(Inclinase hacia la señora Juana y en voz baja)* ¿Y?

SRA. JUANA *(ríe bajito. En tanto mira fijamente a Elsa)*: No sea tan apurona, pues. Capaz que Dios me castigue por estar haciendo esto.

ELSA *(suspirando)*: ¡Ay! ¡Todo sea por quién usted sabe, pues!

SRA. JUANA *(con gran cuidado, casi sigilosa, saca del bolsillo una pequeña botella con agua)*: Se la pedí al sacristán y el propio señor Cura me la bendijo, como yo se lo pedí.

ELSA *(con mucho interés)*: ¿Ah, sí?

SRA. JUANA: Claro que no le dije ni por pienso para qué era, ¿no?

ELSA: Ah, sí...

SRA. JUANA: Me la bendijo tres veces. Eso es muy importante. Aquí en el gollete y por el lado izquierdo y el derecho. (*Ríese*). ¡Y sin que el pobre señor Cura se diera cuenta, lo fui haciendo dar vueltas mientras la bendecía!

ELSA: ¿Por qué?

SRA. JUANA (*con gran convicción*): Así tiene más poder.

ELSA (*casi arrebatándole la botella*): ¡Gracias, señora Juanita! ¡No sé cómo pagarle...!

SRA. JUANA: ¡Lo importante es que tenga efecto, eh! ¿Qué le tiene de almuerzo?

ELSA (*lenta y sonriente*): ¡Almejas!

SRA. JUANA: ¡Bien! ¡Muy bien! (*Saca de su bolsillo ahora un papel pequeño*). Nada más que por usted lo hago.

ELSA: ¿Qué es?

SRA. JUANA (*con gran solemnidad*): La Oración de la Santa Cruz de Caravaca.

ELSA: ¡Oh!...

SRA. JUANA: Con esto y el agua bendita, listo.

ELSA: ¡Ay, Dios quiera! (*Cogiendo el papel*). ¿Qué hago ?

SRA. JUANA (*en voz baja*): Mire... Lo va a picar en los pedacitos más chiquititos que pueda, que casi no se vean... y en la ensalada, por ejemplo, usted se los espolvorea.

ELSA: ¡Ah, ya! ¡Tiene que comerse la oración!

SRA. JUANA (*con un gran gesto de asentimiento*): Y si con esto, tampoco da resultado... vamos a tener que ponernos en una campaña más seria.

ELSA (*con risa lenta*): No crea que soy tan quedada. Yo también conozco otros medios.

SRA. JUANA: ¡Cuidado, eso sí, con andar haciendo cosas pro-

hibidas! ¡Brujerías, en una palabra! ¡Fíjese que todo lo que yo le traigo es de la Iglesia! ¡Por eso, si el resultado que tenemos es bueno... será más bien un milagro, señora Elsita!

ELSA (*mirando su reloj pulsera*): ¡Uf! ¡Casi la una, por Dios! Debe estar por llegar. (*Levántase y con la señora Juana se desplaza hacia el comedor*).

SRA. JUANA: Sírvase usted nomás. Yo le pongo la mesa. (*Del mueble respectivo saca cubiertos, individuales, pan, etc. Elsa se ha ido a la cocina*).

ELSA (*desde la cocina*): ¿Le gustan los individuales que compré?

SRA. JUANA: ¡Muy bonitos, señora Elsita!

ELSA (*viniendo de la cocina con dos platos de ensalada*): Trato de tener la casa lo mejor que puedo.

SRA. JUANA: ¡Muy buena manera de retenerlo!

ELSA (*volviendo a la cocina*): Siempre le ha gustado que los platos lo esperen listitos en la mesa. (*Volviendo con dos platos*).

SRA. JUANA: Lo veo muy poco este último tiempo...

ELSA: Dice que tiene turnos extraordinarios en la línea.

SRA. JUANA: ¡Hum!

ELSA: Pocazo le creo.

SRA. JUANA: Pero no se lo diga. Al hombre nunca hay que darle motivo de molestia, se porte como se porte. ¡Ah, no lo sabré yo con el perla que tuve de marido!

ELSA: ¡De veras que usted fue casada!

SRA. JUANA: Y sin hijos, menos mal. (*Elsa va a la cocina*). ¡Pero usted con cinco, señora Elsita, y uno más en camino! ¡Cómo no se cuida! ¡Y tan infeliz!

ELSA (*volviéndose con dos platos más*): ¿Quién?

SRA. JUANA: Mi marido, pues, que en paz descansa. ¡No había china con quien no se metiera! ¡Y eso me quemaba la sangre! ¡Sobre todo cuando una es una mujer limpia, pues! ¡Por ese tiempo fue que esa comadre mía me abrió los ojos sobre lo que usted sabe ahora! ¡Hum! ¡Y me las pagó, sí, señor!

ELSA: ¡No me diga...!

SRA. JUANA: ¡Bah! ¡Claro, pues, señora Elsitita! ¡Me las repagó! ¡Ah! ¡No había comida en la cual no le pusiera algo! Agua bendita, oraciones picadas, tierra... Usted sabe de dónde, ¿no?

ELSA: ¿Y de qué murió, señora Juanita?

SRA. JUANA (*pausa*): Del estómago. (*Suspira*). ¡Pobre Rogelio! ¡Era una plumita en su cama de enfermo! ¡Puro pellejo y huesos! Pero hay que ver cómo me quiso esos últimos días. ¡Valía la pena, señora Elsitita! ¡Ah, valía la pena!

ELSA: Espere un momentito. (*Del buffet saca una botella y dos vasos, sirviéndolos*). Vamos a brindar por el éxito de nuestra empresa...

SRA. JUANA: Pero yo no tomo, pues.

ELSA: ¡Un sorbito, señora Juanita! ¡Qué le va a hacer! (*Alza su vaso*). ¡Salú!

SRA. JUANA (*Idem.*): Salú... (*Rien ambas. La señora Juana, dejando el vaso*). ¡Unas tijeras, pues!...

ELSA (*yendo al velador*): Oh, sí... (*Vuelve con el pedido*).

SRA. JUANA (*coge las tijeras, las abre en cruz y se las coloca sobre el corazón. Con voz gutural*): Santa Cruz de Caravaca, haz el favor que te pido, y sino mucho mejor que te conviertas en caca. ¡Bueno! ¡Déme la oración!

(*Elsa le pasa el papel*). (*La señora Juana también lo coloca sobre su pecho*). Oración, oración... ¡Hácele caso a mi corazón, porque en caso contrario, oración, oración, para ti maldición! (*Pásale las tijeras y el papel a Elsa*). Empiece a picarla ligerito. En pedacitos chicos, pues.

ELSA (*picando el papel*): ¿Así?

SRA. JUANA (*que irá espolvoreando papeles en uno de los platos*): ¡Eso es!... (*Siguen realizando la acción*).

(*Daniel sale del taller. Se ha quitado el mono de trabajo*).

DANIEL: Chao...

JUAN: Bueno... ¿Vas o no vas al bailoteo de esta noche?

DANIEL: No. Estamos a fines de año. Y... Total; yo sabré por qué no voy.

JUAN (*riendo*): Va la chicoca.

DANIEL (*riendo*): No, si no voy.

JUAN: ¡Me day pena, cabrito!

DANIEL (*hacia el interior del taller*): Hasta la tarde, don Benigno... (*A la Patota*). Chao...

LA PATOTA: Chao.

DANIEL (*al salir por la derecha, tóparse con don René; viene un poco ebrio y trae consigo un cartucho de frutas*):
Cómo le va, don René...

DON RENE: Bien... ¿y a ti, estudiante?

DANIEL: Trabajando.

(*Daniel termina de salir. Al subir por la escalera don René tropieza y está a punto de caer*).

LA PATOTA (*riendo*): A la otra se nos cae el suegro.

SRA. LUISA (*a las flores*): ¡Hum! Ya están limpiecitas... (*Deja la regadera en el balcón. Hacia Ana*). Ponga la mesa...

ANA: ¡Ufa! ...

SRA. LUISA (*yendo a la cocina*): No es tanto trabajo, ¿no?

(*Ana se levanta y del mueble respectivo, saca algunos platos y servicios que los deja caer ruidosamente, con orden mínimo. Entra don René en el comedor*).

(*Al verlo entrar, Ana adopta una actitud de hipócrita zalamearía. Acércase con prontitud y lo coge de un brazo*).

ANA: ¡Hola! ¿Qué tal papá? ¿Cómo le ha ido? ¿Mucho trabajo? (*Toma el paquete*). ¡Ay! ¿Cómo ha podido venir con esto tan pesado?

DON RENE (*entre agrio y sorprendido*): ¿Y a ti, qué te importa? (*Por el paquete*). Duraznos.

ANA (*con el rostro ensombrecido por la reacción de don René, mira el paquete y susurra entre dientes*): Podridos.

DON RENE (*que no le ha oído bien*): Los escogí yo mismo. (*Ana los deja sobre la mesa*). ¿Y la vieja?

ANA (*con furor retenido*): ¡Imagínese dónde podrá estar en este tremendo palacio!

DON RENE (*siéntase en una silla, enjugándose la transpiración*): Ah...

ANA (*hacia la cocina*): Está listo.

SRA. LUISA (*acudiendo a la puerta de la cocina*): Bien, pues menos mal que su padre llegó más temprano.

ANA: ¿Por qué dice eso?

SRA. LUISA: ¡Ahora, sí! ¿Se está creyendo que no vamos a conversar de lo suyo, ah?

ANA (*temblorosa*): ¡Ah, ya! Que nunca, mamá, se pueda comer tranquila en esta casa.

SRA. LUISA (*yéndose al interior de la cocina*): ¿Tengo yo la culpa?

(*Ana inicia su desplazamiento hacia el dormitorio, parece acordarse de algo y gira hacia el balcón, al cual se asoma*).

SRA. JUANA (*levantándose. Con leve risa*): Me voy antes de que llegue don Manuel.

ELSA (*con los ojos brillantes*): Gracias.

(*Manuel ha aparecido por el extremo izquierdo de la calle. Llega a la esquina de su casa y va a abrir la puerta. Ana lo mira con rara intensidad. Su cuerpo parece ponerse tenso y se inclina un tanto sobre el balcón. Manuel siéntese atraído por algo que no define y busca con los ojos. De súbito, los ojos de Manuel y los de Ana se encuentran. Miranse por un largo rato. Manuel esboza un ademán con la mano, pero Ana se retira rápida del balcón. Cruza hacia el dormitorio, se recuesta y torna a leer sus revistas. Don René dormita*). (*Al entrar Manuel, Elsa corre al buffet y guarda precipitadamente las tijeras y la botella de agua. Manuel casi tropieza con la señora Juana*).

MANUEL (*con leve molestia*): Ah...

SRA. JUANA (*con nerviosa sonrisa*): Cómo le va, don Manuelito...

(*Manuel no responde y pasa al dormitorio*). (*La señora Juana sale a la calle y mira a la Patota con cierta aprehensión. Después, se dirige a su casa*).

ELSA (*zalamera y sonriente, acércase al dormitorio*): ¿Cómo le ha ido, mi negrito? ¿Está cansado? Cuando quiera, almorzamos...

MANUEL: ¿Cómo has estado?

ELSA (*acércasele más, casi tocándolo*): Bien, mi negro. Bien...

MANUEL: ¿No has tenido fiebre?

ELSA: No se preocupe tanto, cariño. Estoy bien. Aquí lo único importante es usted. Y eso lo sabe, así que no se haga el tontito. Claro que a veces no se comporta como debe. ¡Pero yo lo sigo queriendo igual! (*Ríe*). ¡Ah! ¡Si fuera por mí, mataría a todas las mujeres de la tierra nada más que para tenerlo para mí sola!

MANUEL: Por eso será que ni los niños viven aquí.

ELSA: ¡Ay! ¿No es mejor así? ¿Qué me decía cuando recién nos casamos, ah? ¿Que no se acuerda ya?

MANUEL (*con una sonrisa cruel*): ¡Se dicen tantas leseras!

ELSA (*ríe crispadamente*): ¡Ay! ¡No sea grosero, pues! (*Con levísima tensión*). ¡Tendría hartos derechos a estar ofendida! (*Abrázalo con cierto ardor*). Pero te quiero tanto...

MANUEL (*desprendiéndose se desplaza hacia el comedor, con levísima molestia*): Ah...

ELSA (*al no ser vista por Manuel, su rostro se endurece por un momento, pero de inmediato recupera su aspecto zalamero*): ¿Almorcemos, negrito? (*Manuel encógese de hombros. Elsa avanza e indica la mesa*). Todo listo. ¡Mire! ¡Lo que le gusta a mi mañoso grandote! (*Manuel mira al aire, como sofocado por una mano invisible. Elsa corre a separarle la silla. Ríe. Manuel se sienta sin intentar comer. Elsa también*).

MANUEL (*sin comer*): ¿Por qué no comes?

ELSA: Te estoy mirando...

MANUEL (*entre molesto y sonriente*): ¿Estás loca?

ELSA (*con levísima tensión*): Soy tu mujer, ¿no? y puedo mirarte las veces que me dé la gana. (*Pausa. Recuperando su sonrisa*). ¡Coma! ¡No se amurre! (*Ríe*). ¡Coma, pues! (*Ofreciéndole*). ¿Salsita? ¿Aceitito? ¿Pancito?

MANUEL (*sin poder reprimirse*): ¡Oh...!

ELSA: ¿No quiere comer? ¿Qué está enfermo, mi negro? (*Levántase y se acerca a Manuel. Con falso temor*). A ver, a ver... (*Tócale la frente*).

MANUEL (*apenas controlado*): Siéntate. Déjame tranquilo.

ELSA (*con levísima dureza*): Bueno... ¡Bueno! ¡No necesitas gritarme! ¿No? (*Saca un pañuelo y lloriquea*). Lo único que yo procuro hacer es ser atenta contigo... ¡Pero si esto te molesta, es mejor que me lo digas al tiro! (*Sofoca su lloriqueo con el pañuelo. Manuel, controlado al máximo silba suavemente*). ¡Está visto que para ti no vale nada tener una casa agradable y una mujer como yo! ¡Ah, si siempre he sido una tonta! (*Nuevo lloriqueo*). ¡Y en lugar de agradecerme...!

MANUEL (*tenso*): Almorcemos. . .

ELSA: Come tú. Yo no tengo ganas.

MANUEL: Déjate de leseras. No discutamos más.

ELSA: Yo no discuto... Pero, en fin... (*Quédase mirando a Manuel que, por fin, se dispone a comer*).

MANUEL (*atragantándose*): ¿Qué mugre es ésta? (*Con un dedo sácase de la boca un pedazo de papel*). ¿Papel?

ELSA (*nerviosa*): ¡Ay, tremendo pedazo! Un diario entero, ¿no es cierto!

MANUEL: Todo el tiempo están saliendo mugres en la comida.

ELSA: ¡Todo el tiempo! ¡Lavé bien las lechugas!

MANUEL: Cómo puedes ser tan descuidada, uno llega cansado, después de echar el bofe trabajando...

ELSA (*descontrolándose un poco*): ¿Trabajando?

MANUEL: Si. Eso es lo que hago, ¿no? y me parece que con mi trabajo se paga el arriendo, la comida... y toda esta lesera...

ELSA (*cuyo descontrol crece*): ¿En eso nomás se te va la plata?

MANUEL: ¡Ah, ya estuvo la vieja del lado! ¡Mira! ¡La próxima vez que la pille aquí!...

ELSA (*saca de nuevo el pañuelo y lloriquea*): ¡Así que no soy dueña de recibir a nadie en mi casa!

MANUEL (*con un estallido*): ¡Vos no eres dueña de nada! Y estoy hasta aquí con tus idioteces.

ELSA (*con insospechada dureza*): Claro. ¡Como las basuras con que andas son tan inteligentes, pues!...

(*Manuel, sin decir palabra, levántase de la mesa y se dirige a la puerta.*)

ELSA (*corriendo tras él, a pesar de su gravidez. Ha recuperado el tono y aspecto zalamero*): ¡Pero, Manuel, mi negrito! ¡No seas tan enojón! (*Cógelo por los brazos; con cierta febrilidad pegajosa y enervante*). ¡Ya! ¡Dígame algo, pues!

MANUEL (*tenso*): ¡Déjame tranquilo! (*Suéltase con brusquedad*).

ELSA (*zalamera y cómplice*): Bueno, bueno... ¡si entiendo! Pronto va a nacer. ¡Para volver a ser como a usted le gusta!

MANUEL: Precisamente. Te has llevado pariendo. «El Conejo», me dicen mis compañeros de trabajo.

ELSA: ¡Ay, negro, por Dios, qué tontos!

MANUEL: Esa no fue mi idea al casarme contigo.

ELSA: ¿Ve como está diciendo tonteras otra vez? Ya. No sea mal genio y vamos a almorzar. Todo lo que le gusta al regalón de la mamita.

MANUEL (*abrumado*): ¡Oh!...

ELSA (*con leve tensión*) ¿Qué? (*Aferrándose a Manuel*). ¡No se me vaya a mandar a cambiar, pues! ¡La comida está muy cara para estarla desperdiciando! (*Temblorosa*). ¡No quiero que se me vaya, negro!

MANUEL (*recházala con cierta violencia, casi desesperado*): ¡Ah! (*Sale dando un portazo y se detiene en la esquina*).

ELSA (*cambia su zalamería por una cólera temblorosa. En voz baja*): Idiota. (*Pausa*). Idiota. (*Va al buffet, abre un cajón con violencia, saca la botella de agua y corre hacia la cama. Empieza a derramar gotas sobre la cama, debajo de la almohada y entre las ropas*).

(*Manuel ha encendido un cigarrillo. Elsa termina por recostarse, absorta en su cólera. Ana ha vuelto al balcón y tararea una canción. Oyese de nuevo, tenue, la melodía del organillo. Manuel se desplaza unos pasos y divisa a Ana. Salúdala, obsequioso y sonriente. Ana da un respingo y gira dándole la espalda. Manuel encógese de hombros y sale por la derecha. Ana torna a mirarlo y, de súbito, lanza una carcajada. La melodía cesa bruscamente. De la cocina viene la señora Luisa con dos platos que coloca en la mesa. Mira a Ana y vuelve a la cocina. Regresa con otro plato más y una ensaladera con lechugas y tomates*).

SRA. LUISA (*a Ana*): Servido... patrona. (*Breve pausa*).

(Ana encógese de hombros, despectiva y, tarareando, siéntase a la mesa).

SRA. LUISA (a don René): Despierte, viejo...

DON RENE: Qué... qué...

ANA (por el contenido del plato): Uf...

SRA. LUISA: ¿Qué? ¿Algo no le gustó a la señorita?

ANA (burlona): Mazamorra. Qué asco...

DON RENE (levantándose de la silla en que dormitaba): Oh... que sueño... (Sentándose a la mesa). A ver, a ver...

SRA. LUISA (siéntase): Cómaselo todo. Hice un puro plato. Ahí tienen lechugas y tomates.

ANA (entre dientes): Qué original...

SRA. LUISA: ¿Ha dicho algo?

(Elsa se ha levantado. Va a la cocina y vuelve con un vaso de vino. Siéntase a la mesa y lo bebe lentamente).
(Don René come en silencio. Ana se levanta)

SRA. LUISA: ¿Adónde va?

ANA: ¡Bah! ¿No puedo moverme ahora? Voy a poner la radio, señora. (Va y sintoniza un programa de música «colérica» con volumen evidente y deliberadamente alto. Siéntase y come desganada, mientras canturrea a compás con la radio. Durante algunos instantes todos comen sin hablar).

SRA. LUISA (en voz alta a don René): ¿Quieres más?

DON RENE (Idem): ¿Ah?

SRA. LUISA (Idem.): ¿Si quieres más?

DON RENE: Hum...

(La señora Luisa se levanta y va a la cocina. Ana deja de

comer y cruza hacia el balcón. Mira por donde se fue Manuel. La actitud de Ana denota una espera apenas disimulada. De súbito, dirígese a la puerta. Al llegar a ella tropieza con la señora Luisa, que sale de la cocina con el plato para don René).

SRA. LUISA: ¿Ya va a irse a la calle? No ha terminado de almorzar.

ANA: No tengo ganas.

SRA. LUISA: Pero usted sabe que hay algo que conversar... (Ana encógese de hombros y vuelve a la mesa, sentándose. A don René). Listo... (Este empieza comer. A Ana). ¿Un duraznito?

ANA: Están podridos.

DON RENE: ¿Cómo podridos? Los escogí yo mismo, caramba...

ANA (obstinada): Están podridos.

(Hablan casi a gritos por el alto volumen de la radio).

DON RENE (dando un golpetazo en la mesa): ¡No están!

ANA (chillando): ¡Podridos! ¡Podridos! ¡Yo no como duraznos así! ¡Igual que toda la fruta que trae!

DON RENE: ¡Mentirosa!

ANA: ¡Esto no es fruta! ¡Son gusanos...!

DON RENE: ¡Atrevida...!

ANA: ¡Ah...!

(Un silencio. Siguen comiendo).

SRA. LUISA (en voz muy alta): ¿Sabía que expulsaron del liceo a su hija?

DON RENE: ¿Qué?

SRA. LUISA: Estaría bien bueno que le preguntara por qué. A mí no me lo ha querido decir.

DON RENE: ¿Es cierto eso?

ANA (*con leve desafío en el gesto y en la voz, aunque también hay un matiz de inocultable desesperación*): Sí.

(*Don René va a darle una bofetada, pero Ana se levanta con rapidez y esquiva el golpe*).

ANA (*chillando*): ¡Sí, sí, sí! ¡Me expulsaron!

DON RENE: ¿Qué hiciste?

ANA: Si le interesa vaya a preguntar.

DON RENE (*levantándose*): Te estoy preguntando a voh.

SRA. LUISA: Almuerce mejor.

DON RENE: Contesta. Si no, la vas a pasar mal.

ANA (*en voz baja*): Me echaron.

DON RENE: ¿Qué?

ANA (*en voz más baja aún*): Me echaron.

DON RENE (*a la señora Luisa, iracundo*): ¡Apague esa porquería, por la misma mierda! (*Levántase la señora Luisa y va a apagar la radio*). Ahora me lo vas a decir todo. Y apúrate.

ANA: No iba a clases. Nada más.

DON RENE: ¿Adónde ibas?

ANA: ¡A cualquier parte!

DON RENE: ¿Con quién?

ANA: ¿Cómo con quién? ¡Sola, pues!

SRA. LUISA: ¿Por qué lo hizo?

ANA (*encógese de hombros. Hay como un lacerante dolor en*

su rostro) No me gusta estudiar. Eso usted lo sabe, mamá. Se lo he dicho cien mil veces.

DON RENE: ¿Qué piensas hacer? Porque de ociosa...

ANA (*con dolorida dureza*): Yo nomás sé lo que tengo que hacer.

SRA. LUISA: ¿De dónde se le ocurren estas cosas, niñita?

DON RENE: De las leseras que lee... (*Por las revistas*). ¡No quiero ver más estas porquerías desparramás por la casa! (*Coge una y la rompe*).

ANA (*con angustia que la hace chillar*): ¡No me las haga pedazos! (*Se precipita contra don René, empújalo y se echa al suelo a recoger los pedazos*).

DON RENE (*coge a Ana por los hombros*): A mí no me vení a empujarme, desgraciá! (*Con suma violencia arroja a Ana, estrellándola contra el buffet. Ana se dobla de dolor, pero permanece con la boca cerrada, con terca obstinación. La señora Luisa ahoga un gemido. Se produce un tenso y largo silencio. Después, Ana se incorpora y, en silencio, sale a la calle. En la escalera se detiene. Compónese el vestido y el peinado. Quédase apoyada en la puerta del primer piso, ceñuda y pensativa*).

DON RENE: ¡Y usted tiene toda la culpa...!

SRA. LUISA: ¿Yo?

DON RENE: Le da plata para las revistas, para el teatro... Para ir a donde está vuelta...

SRA. LUISA: Bueno... ¡Es una chiquilla, pues! No se va llevar encerrada aquí todo el santo día.

DON RENE: ¿Qué vamos a hacer ahora?

SRA. LUISA: Llévela a trabajar al puesto...

DON RENE: Pero si es una inútil. ¡Nos sacamos la lotería! ¡Pero toda la culpa es suya!

SRA. LUISA: ¡Bah! ¡Dale con lo mismo! ¿Por qué voy a tener la culpa yo nomás, ah?

DON RENE: Usted es la madre.

SRA. LUISA: ¡Claro! ¡Aquí la única que tiene la culpa soy yo!

DON RENE: ¡No sé! ¡Pero yo tampoco la tengo!

SRA. LUISA: Yo la aconsejo. *(Con la voz quebrada)*. Al fin y al cabo es mi hija... ¿qué puedo hacer?

DON RENE: ¡Si no lo sabe usted que es la madre...! ¡Lo único que yo estoy viendo, es que esta cabra cada día está peor!

SRA. LUISA: ¡No diga eso! ¡Pobrecita! A veces... *(Sonríe con tristeza)*. ¿Sabe lo que me preguntó? ¡Que por qué nunca salíamos los tres juntos a ninguna parte!

DON RENE: ¡Parece que fuera lesa esta cabra! ¡Como la plata me la regalan! ¡Hum! ¡Siquiera hubiera sido hombre!... ¡Traiga vino, mejor! *(La señora Luisa va a la cocina y regresa con una botella y dos vasos. Sirve uno. Don René bebe. Sirvese ella y también bebe)*. Por esto se jode uno... *(Siguen bebiendo)*.

(Ana se ha sentado en el borde de la acera y, con el dedo dibuja letras en la tierra, ensimismada como una niña pequeña. Su figura parece adquirir un aspecto de dolorosa fragilidad e inocencia. La melodía del organillo resurge tierna y tristona. Deja de dibujar y con los brazos cruzados sobre las rodillas juntas, mira de frente, sonriente, como apresada por un mundo de sueños).

(Por el fondo de la calle aparece Gaby, vestida ostentosa-

mente elegante. Con un sabio y experto maquillaje, en una «atmósfera» de inquietante madurez que no logra borrar su juventud, aunque acentúa inequívocamente su nueva «actividad». Avanza rápida y al girar la esquina, casi tropieza con Ana. Detiéndose y ríe con cierta exageración. Ana alza el rostro y parece dudar).

GABY: ¡Sí, soy yo!...

ANA *(levantándose incrédula)*: ¡Gaby!...

GABY *(riendo, abraza estrechamente a Ana)*: ¡En persona, Ani!

ANA *(abrazándola con calor, como si en este abrazo entregara todo un mundo de afecto)*: ¡Gaby! ¡Gaby! *(Riendo y con torpe emoción)*. ¿Cómo no viniste a despedirte...? Y ahora, después... ¡Oh! ¡Mala amiga!

GABY: ¡Ah, ¡Eso sí que no, pues! ¡La prueba está en que he venido!

ANA: Después de un año.

GABY: Pero vine.

ANA *(confundida, mira hacia su casa; en voz baja)*: Está el viejo.

GABY: ¡Oh! ¡No importa! ¡Podemos conversar aquí, me imagino...!

ANA *(rozándole el vestido)*: Qué bonito...

GABY *(confidencial)*: Y no es de los mejores, te diré. Ya te los mostraré cuando vengas a verme. Y tú... ¿qué tal?

ANA *(encógese de hombros)*.

GABY *(con sonrisa cómplice)*: ¿Y los vecinos?

ANA *(pausa)*: No sé...

GABY *(riendo)*: Mentirosa... Si te divisé uno de estos días... Ibas en un micro. ¡Claro que sin pasajeros, diablita...!

ANA *(gira dándole la espalda)*: Oh...

GABY: Por eso, me acordé que tenía que venir a verte (*indicando el borde de la acera*). ¿Sentémonos?

ANA (*por el vestido de Gaby*): Pero...

GABY: ¡Ah, tonta! ¡Si no es el único! (*Siéntanse ambas, Gaby mirando*). ¡Esto está igual! ¡Ah! ¡Qué valentía la tuya para seguir viviendo aquí!

ANA: ¿Tú estás bien?

GABY: ¡No puedo quejarme! ¡Ah! ¡Ahora mi mamá vive conmigo!

ANA: ¡No!

GABY: ¡Yo hago lo que quiero y (*riendo*) ella también! ¡Ves! ¡Era cuestión de arreglarse!

ANA (*pausa*): ¡Sí!

GABY (*íntima*): Bueno... ¿qué has decidido tú? ¿Seguir estudiando leseras?

ANA (*rehuyéndola*): No sé todavía...

GABY: No seas lesa. Mírame a mí...

ANA (*en voz baja, para sí*): ¡Puede que tengas razón, Gaby!

GABY: ¡Bah! ¡Claro que la tengo!

ANA (*siempre mirando delante de sí*): ¿No te ha sido difícil... decidirte?

GABY (*con rabia contenida, como convenciéndose a sí misma*): ¡No!

ANA (*con sorda y ahogada desesperación*): ¡Es que yo...! (*Abrázase repentinamente de Gaby*). ¡Oh, Gaby, Gaby, Gaby! Yo quiero... Deseo tantas cosas y... y de pronto veo que la única manera de obtenerlo es... ¡Oh, Dios! (*Golpeándose el pecho con furor*). ¡A mí se me hace difícil decidirme! ¿Sabes por qué? ¡Ah! ¡Cuando lo haga, no sé adónde podré llegar, Gaby! ¡Y tengo miedo! (*Llo-*

ra secamente). Miedo. A nadie... A nadie puedo decirle nada. (*Crece la angustia de Ana*). Y yo... ¡Yo quisiera que alguien se me acercara a decirme «no»!, y me convenciera de que no y entonces a lo mejor, yo...

GABY (*con extraña dureza*): ¡Decidete de una vez y listo!

ANA: ¡Gaby!

GABY: ¡Qué tanto pensarlo! ¡Sigue dándole vueltas y a corto plazo te pudrirás en este hoyo! ¿Quién te lo va a agradecer? ¿O te van a premiar?

ANA (*lenta*): Pero entonces...

GABY (*levantándose con violencia*): ¿Cómo crees que yo he conseguido lo que tengo? (*Gaby abre su cartera, saca un lápiz y una libreta. Garrapatea rápido y, arrancando la hoja, se la pasa a Ana*). Mi dirección. Anda a verme. (*Deja caer el papel en la falda de Ana, que permanece sentada en el borde de la acera, de nuevo con los brazos juntos sobre las rodillas*). Si tú no vas, no esperes que yo vuelva. No me gusta este lugar. (*Pausa*). Chao. (*Ana no contesta, dolorosamente ensimismada. Gaby opta por irse por el fondo de la calle*).

(*Por un costado de la calle, aparece Daniel. Viene silbando alegremente. Ve a Ana y se acerca rápido a ella, al verla tan ausente, sonríe*).

DANIEL (*llamando*): ¡Eh, Anita! (*Esta se detiene*).

ANA (*regresando de su mundo secreto y angustiado*): ¿Ah?

DANIEL (*sonriente*): ¿Saliste más temprano hoy?

ANA (*con leve vacilación*): Sí...

DANIEL: ¿Por qué, oye?

ANA (*turbada*): Como empiezan los exámenes...

DANIEL (*siempre sonriente*): ¿Y? ¿Cómo te encuentras en matemáticas, ah? (*Con picardía*). ¿O tendré que ayudarte igual que el año pasado?

ANA (*recuperando gradualmente su aire de juventud*): ¡Ayudarme! ¡Ya! ¡Córrete!

DANIEL (*riendo*): ¡Pero si es cierto! ¿O lo vas a negar ahora?

ANA: ¡Ayudarme! ¡Tremenda ayuda! ¡Por dos o tres tonterías que me explicaste y, total, yo las sabía!

DANIEL: ¿Y por qué me preguntabas, entonces?

ANA (*con leve molestia en la cual reaparece un repunte de angustia*): Andate a trabajar mejor.

DANIEL (*sin percibir la angustia de Ana*): ¡Bah! ¿Y si no quiero?

ANA (*nerviosa*): Estoy ocupada.

DANIEL (*siempre bromeando*): ¿En qué?

ANA: ¡Bah!... yo sabré, pues. (*Inicia su ida*).

DANIEL (*todavía bromeando*): Pero...

(*Ana dale la espalda bruscamente y se desliza un tanto. Daniel, desconcertado, permanece irresoluto un momento. Deja de sonreír y, entristecido, dirígese hacia el taller.*)

(*El organillero ha dejado de tocar. Elsa no ha vuelto a beber: parece haberse adormecido. De pronto el cuerpo de Ana adquiere una tensión vibrante y agotadora. Pero a continuación, con un pie apoyado en la pared, muéstrase displicente y reconcentrada en una de las uñas de sus manos. Por la izquierda, aparece Manuel.*)

MANUEL: Hola... (*Ana no responde, atenta a su uña. Acércasele*). ¿Qué le pasa?

ANA (*sin mirarlo*): Estaba pensando...

MANUEL: Ah, sí... ¿Y en qué?

ANA: En nada. (*Un silencio*). En todo. (*Otro silencio*). Son felices, eh.

MANUEL: ¿Quiénes?

ANA: Las estrellas de cine. Me gustaría ser como ellas.

MANUEL: ¿Para qué? ¡Está muy bien así como es...!

ANA (*con lenta risa de escepticismo*): No es cierto.

MANUEL: Yo no miento nunca.

ANA (*con leve risa despreciativa*): Ahora está mintiendo.

MANUEL: Usted no necesita parecerse a nadie.

ANA (*con extraña urgencia en la que torna a reaparecer su angustia*): ¿Soy bonita?

MANUEL: ¿Usted qué cree?

(*La Patota ha regresado hace un momento y se ha ubicado en su lugar habitual.*)

LA PATOTA (*a Ana*): Hola...

(*Ana responde con un ademán.*)

MANUEL: Tiene muchos amigos, eh...

ANA: ¿Esos? Nunca han sido amigos míos.

MANUEL: ¿Admiradores?

ANA (*riendo*): A lo mejor. (*Confidencial*). ¿Sabe? ¡De ahora en adelante voy a hacer lo que me dé la gana!

MANUEL: ¡Qué bueno! ¿Por qué?

ANA (*con risa tensa*): ¡Me expulsaron!

MANUEL: ¡Hum! ¿Cuándo?

ANA: Hoy. En la mañana. Usted tiene harta culpa.

MANUEL: ¿Yo?

ANA: Pero no me importa. Total. A esas viejas las tenía atra-vesadas en el cogote.

MANUEL (*reflexivo*): Así que todo el tiempo disponible... (*Indica hacia la casa de Ana*). ¿Y...?

ANA: Pst...

MANUEL (*con rápida decisión*): A la noche, temprano, quedo libre... y me toca ir a guardar la máquina. Podríamos dar una vueltecita.

ANA (*lenta*): ¿Y su mujer?

MANUEL: Para qué le vamos a contar, ¿no le parece?

ANA: Hum... ¡Sería bonito! Pero tengo un compromiso.

MANUEL: Damos una vueltecita corta y yo mismo la voy a dejar al baile, ¿ah? ¿Quiere?

ANA: Lo mismo me dijo la semana pasada...

MANUEL: No pude. Tuve que... que reemplazar a un compañero enfermo.

ANA (*rie incrédula*): ¡Ah!

MANUEL: ¡Palabra! Vamos, ¿quiere? Ya. Dígame que sí. Sea buena.

ANA: No sé...

MANUEL: ¿Nos encontramos a las siete?

ANA: Bueno... Si usted quiere... (*Con brusquedad*)... O mejor...

MANUEL (*con apremio*): ¿Qué?

ANA: Espéreme en la Quinta... (*Rápida y jadeante*). Pero por la entrada que queda frente a Catedral...

MANUEL (*con impulso incontenible, rózale el rostro con una de sus manos. En voz baja y conmovida*): Mijita.

(*Ana se aparta entre sonriente y temerosa*).

(*La señora Luisa se ha levantado de la mesa y se dirige al balcón*).

SRA. LUISA (*en el balcón, llamando*): ¡Anita...!

MANUEL (*con urgencia*): ¿A las siete, entonces?

ANA (*rápida*): Claro... (*Cruza la calle y se acerca al balcón*).
¿Qué quiere?

(*Manuel gira y entra en su casa*).

SRA. LUISA: Venga a ayudarme a secar los platos...

ANA: Ya voy, señora.

(*Daniel deja de trabajar y se asoma a la calle*).

DANIEL (*llamándola*): ¡Anita...! ¡Espérate! (*Ana detiéndose levemente sorprendida. Daniel entra en el taller y coge el clavel, pasándoselo*). Para ti.

ANA (*mira a Daniel conmovida*): ¿Para mí? (*Daniel afirma silencioso*).

DANIEL (*como disculpándose*): Te lo tenía desde temprano.

ANA: Lo guardaré en un cuaderno para que se seque.

DANIEL (*con leve impulso*): Anita, yo...

ANA (*muy atenta*): ¿Sí?

(*Daniel cállase*).

ANA (*con rara urgencia, como si fuese algo vital lo que podría escuchar*): ¿Qué?

DANIEL: ¿Podríamos... vernos... hoy?

ANA (*vacilando*): Yo...

DANIEL: ¡Por favor, Anita! ¡Tengo algo que decirte! ¡Pero no aquí!

ANA (*vacilando aún*): No sé... Es que tengo un compromiso, ¿ves?

DANIEL: ¡Déjalo de lado!

(*Entra la Patota y estalla en una violenta carcajada. Ana y Daniel parecen salir del centro emocional que habíanse creado*).

ANA (*con amargura y una especie de extraña fatalidad*): Disculpa, pero no puedo. (*Besa fugazmente el clavel*). Y gracias.

(*Daniel sonríe con tristeza y retorna al taller*).

ANA (*al pasar cerca de la Patota*): ¿Quién se murió?

JUAN (*riendo*): ¡El viejo Churchill...!

ANA: ¡Ah! ¡Yo creía que era alguien conocido! (*Ríe y con ella la Patota. Sube corriendo la escalera*).

(*Don René ha continuado bebiendo, en tanto la señora Luisa lava en la cocina*).

SRA. LUISA (*desde la cocina*): Anita... ¿es usted?

ANA: No. Soy la otra. (*De la mesa coge un vaso, entra en la cocina, sale de inmediato con el vaso lleno de agua, coloca en él la flor y se dirige al dormitorio, en cuyo velador deja el tiesto con el clavel. Vuelve a la cocina*). ¿Cuáles son los platos?

SRA. LUISA: Estos, pues.

ANA: Ah...

SRA. LUISA: Seque las ollas también. (*Entra en el comedor, trae un trapo y empieza a limpiar la mesa*).

DON RENE (*amodorrado*): ¿Qué horas serán, vieja?

SRA. LUISA: Más de las tres...

DON RENE: Pucha... (*Levántase tambaleante. Encaminase a la puerta*): A la noche, voy a hablar con su hija...

ANA (*desde la cocina, a voz en cuello*): «¡Aleluya... Aleluya... Aleluyaaa!».

DON RENE (*sale tambaleando*): Oh... (*Tropieza en la escalera y termina por marcharse*).

SRA. LUISA (*acércase a la cocina*): Muy bonito lo que hace con su padre, ¿no? ¡Eso es burlarse de él! Yo también me estoy cansando de su modo.

ANA (*que ha seguido canturreando*): «Aleluya...» (*Cáesele un plato que se rompe con estrépito*).

SRA. LUISA: ¡Niña!

ANA (*en la puerta de la cocina*): ¡Bah! ¡Se me cayó, pues, mamá!

SRA. LUISA: ¿Crees que somos millonarios, ah, para no tener cuidado con las cosas...?

ANA: ¡Ah! ¿Para qué me manda secarlos? ¡Usted sabe que no me gusta!

SRA. LUISA: Bueno... ¿Y qué le gusta a usted?

ANA (*como quien toma una decisión. Breve pausa*): Voy al baile esta noche.

SRA. LUISA: ¿Ah, sí?

ANA: Sí, fíjese.

SRA. LUISA: Tiene mala memoria, usted, niñita.

ANA: Yo tengo que ir a ese baile.

SRA. LUISA: No va a ir, pues.

ANA (*tensa*): ¿No?

SRA. LUISA: No.

(Furibunda, Ana cruza hacia el balcón y, con extrema violencia arranca de sus tiestos las matas de cardenales y las arroja a los pies de la señora Luisa, que no ha atinado a reaccionar).

SRA. LUISA *(consternada)*: ¡Ah...! ¡Ah...! *(Cae de rodillas a coger las plantas)*. ¡Ah...! *(En voz baja. Ahora se ve como amedrentada)*. ¿Qué le hacían? ¿Era lo único bonito que había en esta casa! *(Ha cogido las plantas y las plantas como si fueran un niño pequeño)*.

(Ana, temblorosa, cruza el comedor. Enciende la radio pasa al dormitorio y se echa en la cama, con un rimero de revistas).

SRA. LUISA: ¡Mis flores! ¡Ah! *(Levántase y corre hacia el balcón. Hurga nerviosa en los tiestos, desolada e irremprimible, grita hacia la calle)*: ¡Están muertas! ¡Ah...!

ANA *(desde el dormitorio)*: Y ahora... ¿voy o no voy al baile?

SRA. LUISA *(vuélvese rápida con fuerza)*: ¡Andate al diablo, si quieres!...

(La Patota ríe. La señora Luisa con furor, arrójales las plantas sobre ellos, que tornan a reír. La señora Luisa desplázase hacia la cocina. Oyese la melodía del organillero, pero ahora con mayor intensidad. Elsa ha terminado de arreglar su vestido, cámbiase el que lleva, después de lo alto del ropero, saca una cartera pasada de moda y la limpia con la mano, mírase al espejo y sonríe tristemente. Con lentitud pasa el dedo por su rostro, como alisándolo. Torna a sonreír con tristeza. Parece percibir un ruido en el baño, acércase a la puerta y escucha con el oído pegado; después en puntillas, se dirige a la puerta de calle. Detiénese en la esquina, parece vacilar un

momento y, por último, echa a andar por la izquierda. La Patota sale. La melodía cobra mayor intensidad. Los ruidos de la ciudad adquieren una sonoridad abrumadora y la luz va disminuyendo en el escenario, el cual va obteniendo la inconfundible apariencia de la noche. Los ruidos de la ciudad se amortiguan. La melodía vase diluyendo con suavidad y, muy lentamente se encienden los faroles de la calle. Daniel enciende la luz del taller. La señora Luisa sale de la cocina y enciende la luz del comedor. Apaga la radio y vuelve a la cocina a iniciar los preparativos de la comida, manipulando sus ollas. Ana se ha dormido profundamente).

(La señora Juana saca una silla y se sienta en la acera, abanicándose con un diario).

(La señora Luisa, con frecuencia, se enjuga la transpiración. De súbito, Ana ríe fuertemente, sin despertar. La señora Luisa, curiosa, acude a verla y la remece hasta despertarla).

SRA. LUISA: Eh... Eh...

ANA: ¿Qué?

SRA. LUISA *(con involuntaria ternura)*: Despierta, niñita...

(Ana mueve la cabeza, esquivando la caricia).

SRA. LUISA *(desconcertada)* ¿Qué le pasa?

ANA: Nada.

SRA. LUISA: Parece que algo anda mal, ¿no?

ANA: ¿Algo? ¡Fabuloso!

SRA. LUISA: Lo sé... lo sé...

ANA *(mira fijamente a su madre. Algo parece haberse removido en su interior. Con hondura)*: ¿Me entendería?

- SRA. LUISA (*pasándole una mano por la frente*): Trataría.
- ANA (*acodándose en la cama. Como creando una atmósfera de cálida intimidad*): Mamá... Dígame una cosa...
- SRA. LUISA (*cogida casi de inmediato*): ¿Qué, mijita?
- ANA: ¿Cómo era yo cuando chica?
- SRA. LUISA (*tocada en su emoción*): ¿Cómo? (*Pausa*). ¡Pero si la estoy viendo! ¡Cómo no me voy a acordar! ¡Y el viejo también! ¡Créame!
- ANA (*con leve estremecimiento*): ¿También?
- SRA. LUISA: ¡Usted siempre ha sido un orgullo para él!
- ANA (*con la voz quebrada*): No mamá, eso no es cierto.
- SRA. LUISA: ¡El viejo la quiere! Es... Cree que usted siente vergüenza por él. Trate de entenderlo. Nadie le dijo nunca: esto está bien. Esto está mal.
- ANA: ¿Y usted?
- SRA. LUISA: ¿Yo? (*Con amargura*). ¡Si apenas hablamos, mijita...!
- ANA: Pero él... ¿nunca le ha dicho una palabra cariñosa?
- SRA. LUISA (*lenta*): A su modo, sí. Como yo quisiera, nunca. (*Un silencio. Con leve sonrisa*). Usted era la negrita más linda del barrio cuando nació. Redondita como una pelota de lana. ¡Y llorona! (*Riendo conmovida*). ¡Entonces no había para qué tener radio en la casa! (*Ana mira a su madre fascinada, como si descubriera recién la niña que fue*). ¡Ah! ¡Y mamonaza! ¡Todo el día!
- ANA (*ríe con risa cristalina, fresca, despreocupada, sin tensión*): ¡No!...
- SRA. LUISA (*como feliz de haberla hecho reír así*): ¡Bah! ¡No lo sabré yo!...

- ANA (*alegre*): ¿Y después?
- SRA. LUISA: ¡Ay, mi Dios! ¡Cuando empezó a comer mi negra, al pobre viejo se le hacía poco todo lo que ganaba!
- ANA: Pero era lindo, ¿no?
- SRA. LUISA: ¡Nunca ha vuelto a ser parecido!
- ANA (*con leve tensión*): Entonces... ¿por qué ahora es como es?, ¿qué ha pasado?
- SRA. LUISA: Yo no sé.
- ANA (*con fuerza*): ¡Tiene que saberlo! Es importante. ¡Por usted! ¡Por mí! (*Febil y temblorosa*).
- SRA. LUISA (*va al buffet, hurga en un cajón interior, saca un atado amarrado con una pitilla. Desátalo y coge una postal. Vuelve al dormitorio*): Mire...
- ANA (*contempla la foto con atenta curiosidad. Sonríe débilmente, pero luego el rostro se le ensombrece*): ¿Ocho años tenía yo aquí?
- SRA. LUISA: Sí.
- ANA (*con dureza*): Y desde entonces, es como si hubiera estado siempre sola.
- SRA. LUISA (*sin entender, débil e insegura*): Yo nunca la he dejado sola. Ni a pasear salía para cuidarla, cuando estaba chica.
- ANA (*con angustia*): ¡Oh, mamá! ¡Mamá! ¡No se trata de eso!... ¡Es que me parece que usted y el viejo hablan un idioma que...! ¡Son las mismas palabras de todos los días y con las mismas hemos conversado, pelcado..! ¡Pero a mí esas palabras no me dicen nada! ¿Entiende?
- SRA. LUISA (*concentrada, haciendo un esfuerzo auténtico por entender*): Claro...

ANA (*mira a su madre y comprueba que no hay respuesta. Con rabia y decepción*): ¡Ah! (*Echase en la cama vuelta hacia la pared, y con el dedo acaricia las fotos de las estrellas de cine*).

(*La señora Luisa, perpleja y desorientada, suspira y lentamente, vase a la cocina*).

DANIEL (*que se ha quitado el mono de trabajo, sale del taller con la chaqueta al brazo. Hacia adentro*): Hasta mañana, don Benigno...

LA PATOTA (*en coro*): ¡Hasta mañana, hijo mío! (*Rien, también Daniel*).

DANIEL (*riendo*): Chao.

ALBERTO (*saltando al lado de Daniel*): Oye, Daniel... ¿Cierito que por los estudios no vai?

DANIEL: ¿Adónde?

ALBERTO: Al baile.

DANIEL: Cierito.

ALBERTO (*con leve incredulidad*): ¡Va la Anita...!

DANIEL (*sonriente*): Si sé, chao. (*Alberto, preocupado y confuso, lo mira irse y permanece alejado de la Patota*).

(*Manuel sale del baño en camiseta, secándose con una toalla. Arrójala sobre una silla y pasa al dormitorio*).

(*Ana se levanta y cruza hacia el balcón*).

LA PATOTA (*al verla*): Hola...

(*Ana contesta con un ademán*)

(*Manuel abre el ropero, saca un traje azul marino. Desvéstese de su ropa de trabajo y empieza a ponérselo, previa búsqueda de una camisa y corbata roja*).

JUAN: ¿Vas con nosotros?

ANA (*displicente*): No sé todavía.

LA PATOTA (*suspirando*): ¡Ay!...

ANA (*gira dándoles la espalda*): ¡Imbéciles! (*La Patota ríe*).

(*Elsa aparece por la izquierda. Muy rápida entra en su casa. Ve la chaqueta sobre la mesa. Túrbase un poco y, muy rápida siempre, va al buffet, abre un cajón interior y guarda, ocultándolo, un envoltorio que trae consigo. De inmediato dirígese al dormitorio*).

ELSA (*a Manuel, por los preparativos*): ¿Vas a salir?

MANUEL (*cordial, alegre, intenta bromear*): No, me estoy arreglando para tomar el fresco. (*Con extraña atención*). Y usted... ¿de dónde viene?

ELSA (*perturbada*): De... Renca. Fui... Fui a ver los niños. (*Manuel no responde, atento a su imagen en el espejo*). Te dije que fui a ver los niños.

MANUEL: Si la oí, mijita. Perdona, ¿no? (*Empieza a silbar*).

ELSA: ¿No preguntas por ellos?

MANUEL: ¿Para qué? Si alguno estuviera enfermo, ya me lo habrías dicho.

ELSA (*siéntase en la cama. Intima*): ¡Fíjate, negro, que al Eduardito se le cayó su segundo diente!

MANUEL (*atento al espejo por el nudo de su corbata*): Está en la edad. (*Que ha terminado de anudarse la corbata, canturreando*). ¡Listo! (*Dase una mirada crítica y*

queda bastante satisfecho. A Elsa, bromista). ¿Qué tal la pinta eh?

ELSA (*con languidez*): Negro...

MANUEL (*acércasele muy obsequioso*): Voy a salir, mijita... y seguramente voy a llegar un poquito tarde. Así que no se preocupe. Es una comida pal mandamás de la línea... Voy por obligación. (*Besa fugazmente a Elsa en la frente, a pesar de que ésta le ha ofrecido su boca ansiosa*). Acuéstese tempranito, que tiene que cuidarse por usted y (*acariciándole el vientre*) por el campeón; chaito, mijita. (*Sale a la calle y se detiene en la esquina a encender el cigarrillo. Atisba hacia la casa de Ana. Esta aún permanece de espaldas. Febril, Elsa coge el retrato de Manuel que tiene sobre el velador. Sácalo de su marco con violencia, corre al buffet, ábrelo; coge el envoltorio, deshácelo. Coge un largo alfiler que saca del envoltorio y, como enloquecida, vuelve al dormitorio. Siéntase en la cama, y una y otra vez, con furor, clava el retrato de Manuel con el alfiler. De súbito el rostro se le empalidece y, llevándose una mano al vientre, deja escapar un sordo quejido. Semiencorvada, apóyase en el borde de la cama y termina por desplomarse.*

Manuel, después de mirar en su derredor, emite un suave y sugerente silbido. El cuerpo de Ana pónese tenso, pero se vuelve lenta. Manuel le indica que deben verse pronto. Ana asiente y, con inusitada timidez, le envía un rápido beso con los labios. Manuel sonríe. La señora Juana ha dejado de abanicarse y los observa con relativa extrañeza. Manuel sale por la izquierda).

(La Patota deja de jugar y se prepara para marcharse).

JUAN: ¿Y... ?

ANA: La vieja no quiere darme permiso.

JUAN: ¡Oh! ¡Señores! ¡Atención! ¡Atención! ¡Un extraordinario fenómeno en el mundo actual! ¡Atención! ¡Una hija que tiene madre!

ORLANDO: ¡Y una madre que tiene hija!

JUAN: Y ¡cuando los hijos se van, ta, ta, ta, tan!

(La Patota ríe a carcajadas).

ALBERTO: Ya. Córtala.

JUAN (*riendo*): ¡Chao... reaccionaria!

(La Patota ríe y se dirige hacia el fondo de la casa).

JUAN (*al pasar delante de la señora Juana*): Dominus vobiscum...

LA PATOTA: ¡Amén! (*Ríen y siguen andando hasta desaparecer por el fondo*).

SRA. JUANA (*despectiva*): ¡Rotos!...

(Ana ha corrido al dormitorio. Frente al espejo pequeño se acomoda el peinado. Cámbiase el vestido que lleva por otro de fiesta, escotado, que también cuelga de un clavo. Sobre él se coloca una amplia pintora vieja y, en un papel, envuelve unos zapatos de tacón alto que saca de debajo de la cama. Acuérdate de pronto y prende el clavel en el vestido. Pasa al comedor y deja el paquete sobre la mesa. Acércase a la cocina. Ana ha procurado que su madre no haya escuchado nada).

ANA: ¿Voy a comprar pan?... ya deben estar por cerrar la panadería...

SRA. LUISA (*desde la cocina*): Bueno...

ANA: ¿Cuánto traigo?

SRA. LUISA: Tres no más... Saque la plata de la chauchera, ahí en el aparador.

(Ana va al mueble indicado, saca el portamonedas y coge un billete. Con rápida reflexión, coge otro billete y guarda el portamonedas. Toma el paquete de los zapatos).

SRA. LUISA: No se demore mucho.

ANA: No. Vuelvo al tiro. *(Baja muy rápida y, sin percatarse de la presencia de la señora Juana, echa a correr por el fondo de la calle).*

SRA. LUISA *(sale de la cocina y se dirige al balcón. Coge la regadera y la deja de inmediato)*: Bah... Seré tonta...

SRA. JUANA *(que la ha visto)*: Pst... Pst... Vecina...

SRA. LUISA: Vaya... ¡Tomando el fresquito, eh! ¡Ay! Que noche más calorosa, ¿no?

SRA. JUANA: Sí... Pero aquí está bien bueno, ¿y don René?

SRA. LUISA: En este tiempo trabaja hasta tan tarde.

SRA. JUANA: ¡Seña de que le va bien, pues!

SRA. LUISA: Pero la plata se hace sal y agua.

SRA. JUANA: ¡Cierto nomás, pues! Con la carestía de todo... ¡Ay, Señor!

SRA. LUISA: ¡Su gobierno, pues, señora Juanita, que lo iba a bajar todo y hasta ahora puras alzas!

SRA. JUANA: ¡Pero si el gobierno no tiene culpa alguna, señora Luchita, por Dios! ¡Habladurías!

SRA. LUISA: ¿Y de quién es la culpa, entonces? ¡Ya ve lo que pasa con la leche!

SRA. JUANA: ¿De quién va a ser pues? ¡De la Oposición! Y tanta alharaca que le arman...

SRA. LUISA: Nosotros no somos de ningún partido. Lo único que hacemos es pagar las alzas y trabajar. Ah... En uno de estos días sube la movilización.

SRA. JUANA: ¡Cuándo no, pues! ¡Si esos no se llenan nunca! Ya ve lo que gana. *(Indicando la casa de Manuel)*. ¡Y su pobre mujer no tiene qué ponerse! ¡Habrás visto, por Dios!

SRA. LUISA: ¡Pobre señora!

SRA. JUANA: El le trae todo, eso sí. Menos mal. No es pelambre, señora Luchita... ¡pero es harto sinvergüenza!

SRA. LUISA: Yo lo conozco poco.

SRA. JUANA: Hum.

SRA. LUISA *(que ha estado escudriñando la calle)*: ¡Tanto que se ha demorado esta niñita! La mandé a comprar pan nomás.

SRA. JUANA: Qué raro...

SRA. LUISA *(con levisima inquietud)*: ¿Por qué?

SRA. JUANA: Porque no iba para el lado de Chacabuco, pues. Cortó para Matucana.

SRA. LUISA: No puede ser... *(Con súbita intuición, desplázase hacia el dormitorio de Ana. Ve la funda de papel que guardaba el vestido. Sube las cobijas de la cama y atisba bajo ella)*. ¡Chiquilla del demonio!

SRA. LUISA *(volviendo al balcón)*: ¿Adónde habrá ido?

SRA. JUANA: Había un baile aquí, cerca. ¿Qué va a hacer?

(Oyese la melodía del organillo. El barrio adquiere una extraña quietud. Escúchase la bocina de algún tren en la Esta-

ción Central, la cual acentúa la soledad de la calle y el silencio de la noche. Los ruidos de la ciudad han disminuido notablemente. De pronto, irrumpe uno, distinto, que, por un momento, enfatiza una sensación de inquietud: prolongado óyese el ulular de una sirena de incendio. Una, dos tres, cuatro veces. Luego va disminuyendo hasta desaparecer por completo. La melodía se ha hecho lánguida y sensual. Y también desaparece diluida. Con lentitud se ilumina la perspectiva del fondo, contrastando las siluetas de los árboles de la Quinta. Hay un silencio y calma absolutos. De súbito, sin vérsela todavía, irrumpe jadeante, con un imperceptible toque de histerismo, la risa de Ana. Repentinamente surge Ana por un extremo, corriendo. Y riendo, como si huyera de alguien. Detiéndose jadeante, sin dejar de reír. Al cabo de unos instantes, aparece Manuel, resoplando).

MANUEL: ¡Uf...!

(Ana se burla de Manuel, sin dejar de reír).

MANUEL: ¡Me has hecho correr toda la Quinta!

ANA *(encógese de hombros)*: Bah...

MANUEL: ¿Te gustó donde fuimos?

ANA: Es feo.

MANUEL: Disculpa preciosa. Ya sé que no es el Hotel Carre-ra...

ANA: Si no me importa. *(Pausa)*. Nunca había visto la Quinta a esta hora. ¡Oh! ¡Cuántas estrellas! ¡Mira, mira!

¿Las ves?

MANUEL: Hum...

ANA: ¿Qué hora es?

MANUEL: Las ocho... las nueve...

ANA: De noche, los árboles parecen más grandes, ¿no?

MANUEL: ¿Y al otro lugar donde fuimos, te gustó?

ANA: Habría preferido bailar más.

MANUEL: Yo estaba cansado.

ANA: Claro. Lo noté. Te cansas demasiado rápido. Cuando voy a los bailes con la Patota, no se cansan nunca.

MANUEL: Ah, sí...

ANA: Ni yo tampoco... Y eso que tengo que bailar con todos.

MANUEL: Ah...

ANA: Claro. Tú tienes muchísimos más años. ¿Cuántos? ¿Cuarenta? ¿Cuarenta y ocho?

MANUEL *(ofendido)*: Treinta y siete.

ANA: ¡Hum! Muchos de todas maneras. Yo tengo quince.

MANUEL *(sonriente)*: Lo sabía. *(Acérase y le coge una mano)*. Por eso me gustas más.

ANA *(con brusquedad y temor)*: Déjame. *(Quítale la mano)*. Aprietas muy fuerte. Como en el baile. Y eso no me gusta.

MANUEL: Tendrás que enseñarme a ser más suave.

ANA *(con sorpresa)*: ¿Yo? *(Cógele una mano a Manuel)*. Tienes los dedos duros... y callosos.

MANUEL: Es mi oficio.

ANA: Y las uñas muy cortas y sucias. *(Aléjase soltándole la mano)*. ¡Uf! ¡Y ese olor a aceite!

(Manuel acérasele rápido y va a besarla).

ANA *(escudándose detrás de un árbol, temblando de miedo)*: ¡No me toques!

MANUEL (*tenso*): ¡Bien, bien, preciosa! Haré todos tus caprichos, ¿oyes? Pero después, tú harás todos los míos, ¿convenido? (*De nuevo se acerca, pero ahora muy lentamente*).

ANA (*chillando*): ¡No te muevas! (*Pausa*). Por favor...

MANUEL (*jadeante*): ¡Pero es que tengo que tocarte! ¿Oyes? ¡Tengo que tocarte!...

(*Un silencio*).

(*Ana, con los ojos fijos en Manuel, deslízase apoyada en el tronco hasta quedar sentada en el suelo. Lenta, alárgale una de sus piernas, Manuel cae de rodillas y le besa el pie*).

ANA (*riendo*): ¡Oh! ¡Me haces cosquillas!

MANUEL (*arrodillado*): ¡Mi guagua!...

ANA (*imitando el hablar de los niños pequeños*): ¡Chi! ¡Yo choy la legalona del papito glandote! (*Ríe y en su risa ahora parece aflorar una insospechada madurez*).

MANUEL (*acaríciala la pierna*): ¡Buena! ¡Qué buena eres! ¡Toda! ¡No me imaginé nunca!

ANA (*poniéndose en pie con brusquedad*): Tengo hambre.

MANUEL (*desconcertado*): ¿Hambre? ¿Quiere comer? ¿Qué?

ANA: Qué sé yo... un sandwich...

MANUEL (*levantándose*): ¿Dónde lo voy a comprar?

ANA: Bah... ahí en el restorán, pues. Todavía es temprano. Está abierto. De aquí se ve. Mire...

MANUEL: Pero que sea lo último, eh...

ANA (*recostándose de nuevo contra el árbol*): Chi... Papito...

(*Manuel, irreprimible, acércase y se deja caer de rodillas. Ana ríe y, con cierto temor y violencia mezclados, lo rechaza con el pie*).

MANUEL (*levantándose*): ¿No se me irá a arrancar?

(*Ana encógese de hombros. Manuel guiñale un ojo y sale rápido*).

ANA (*mirando en su derredor*): Hum... se parece al cine.

(*Resurge la melodía del organillo. Cargada de sensualidad, Ana se recuesta en el tronco, pensativa. De pronto, se fija en el clavel que lleva prendido en el pecho. Despréndelo con suavidad y lo coge entre ambas manos, elevándolo hasta sus ojos, muy lenta. Quédaselo mirando como fascinada. Una insospechada dulzura aparece en su rostro. Mas, repentinamente, aprieta el clavel con violencia entre sus manos y lo arroja lejos de sí, como encolerizada consigo misma. Después, empieza a reír lentamente. Regresa Manuel con un paquete pequeño y una botella descorchada*).

MANUEL (*pasándole el paquete a Ana*): ¿Contenta? (*Déjose caer al suelo al lado de Ana. Esta se acomoda, apoyando su cabeza en el pecho de Manuel*).

ANA (*desenvuelve el paquete y coge un sandwich. Muérdelo*): ¡Uf! ¿Tú no quieres?

MANUEL: No...

ANA: Parece de suela...

MANUEL (*enciende un cigarrillo*): ¿Está contenta, mi guagua?

ANA: No sé...

MANUEL: ¿Me quiere? ¿Me quele? ¿La niña quele a su papito glandote?

ANA (*mira fijamente a Manuel. Con voz en la que de nuevo aflora una extraña madurez*): Tonto. Yo no vine aquí para querer a nadie. Vine a saber. Eso es todo. (*Arroja lejos el pedazo de pan y besa ardorosamente a Manuel*).

MANUEL (*acariciándola*): Guagua...

ANA (*abofetea a Manuel con cierta fuerza*): No me manosees así. Estás todo transpirado... y con olor a aceite. (*Coge el cigarrillo de Manuel y fuma con cierta torpeza infantil*).

(*Un silencio*).

MANUEL: Estaba pensando...

ANA (*devuélvele el cigarrillo, sin mayor interés*): ¿Qué?

MANUEL: No podemos venir a lugares así. Es peligroso.

ANA: ¿Acaso yo he tenido miedo?

MANUEL: No. No se trata de eso. Lo digo por mí. ¡Imagínate!
¡A la hora que nos merecen pillar!

ANA (*ríe con un leve desenfado ahora*): Mejor. Nos llevan presos. Y salimos en todos los diarios.

MANUEL: ¡Muy bonito!

ANA (*con cierta angustia*): ¿Me quieres? ¿Pero de verdad?

MANUEL: ¿No te lo demostré?

ANA (*con honda decepción*): Ah. ¡Si eso es todo, a mí me contaron puras mentiras!

MANUEL (*con codicia en su voz*): Oye, a ti... ¿no te gustaría que nos viéramos más seguido?

ANA (*con un estremecimiento*): No sé...

MANUEL: ¿Cómo es eso? ¿No te importaría si no nos vemos más?

ANA (*para sí, en voz baja y con amargura*): ¿Por qué habría de importarme?

MANUEL (*cínico y vulgar, sin percibir en absoluto la angustia de Ana*): Ya sé lo que eres. Una putita macanuda.

ANA (*tensa y dolorida por la palabra*): Y tú, un desgraciado.

MANUEL (*duro*): ¿Qué dijiste?

ANA (*estallando su abrumadora tensión*): ¡Un desgraciado!
¡Un desgraciado!...

MANUEL (*semiincorporado*): ¡Cállate...!

ANA (*vencida por su tensión, levántase violenta*): ¡Que me oigan! Que venga quien quiera. (*Ahogándose de asco por sí misma*). ¡Yo diré que me trajiste a la fuerza! ¡Engañada! (*Sollozante*). ¡Mintiéndome! (*En un aullido en el que hay temor y vergüenza*). ¡Desgraciadoooooo!...

MANUEL (*semiarrodillado*): ¡Cállate...!

ANA (*acezante*): ¡Me engañaste! ¡Me dijiste que todo iba a estar en mis manos al tiro! ¡Que sólo los tontos esperaban! ¡Pero tampoco es cierto! (*Con un nuevo aullido*). ¡Desgraciado!...

(*Manuel termina por incorporarse muy rápido y abofetea a Ana. Esta azota la cabeza contra el árbol*).

MANUEL (*asustado, estréchala entre sus brazos*): ¡Anita!
Anita... ¡Perdóname!...

ANA (*con voz débil*): ¡Quieroirme...!

MANUEL (*respirando más tranquilo*): ¡Sí, sí, mi guagua!
(*Abrázala con honda pasión*). ¡Perdóname! ¡Perdóna-

me! ¡Te quiero, guagua! ¡Haré lo que me pidas! No sé...
¡Oh, mi guagua!...

ANA (con voz pequeña): La niña que le irche...

MANUEL: ¡Claro, claro! (Levántase con Ana apoyada en él).
Oye... (Detiéndose como iluminado por una idea repentina). (Pausa. Serio). ¿Quisieras que te estuviera mirando siempre?

ANA: Hum...

MANUEL (con decisión): Voy a llevarte conmigo. A mi casa.

ANA (con asombro): ¿A tu...? (Riendo). ¿Y tu mujer? ¿Qué piensas hacer con ella?

MANUEL (lento y con deliberada crueldad): Después de lo que has hecho, ¿te gustaría volver a tu casa? ¿Crees que te recibirán? ¡Tú misma me has dicho cómo es el viejo! ¡Si no te mata, pasa raspando!

ANA (mirándolo fijamente): Mi casa está al frente.

MANUEL: Mejor.

ANA: ¿Cómo?

MANUEL: ¿No te das cuenta? Nadie pensará buscarte ahí. Tendrás que permanecer escondida, eso sí. ¡No más de quince días, mientras pido mi retiro y el desahucio... y después! ¡Puchas, guagua! Vamos a ser recontra felices.

ANA: Hum.. (Con leve entusiasmo). ¿Iremos donde yo quiera?

MANUEL (como jugando, se desplaza alrededor del árbol):
¡Chi!

ANA (siguiendo el juego): ¿Me... comprarás lo que a mí me gusta?

MANUEL (Id.): ¡Chi! ¡Chi!..

ANA (deteniéndose, lenta): Creo que te voy a querer... a lo mejor.

MANUEL (cogiendo a Ana por una mano): ¡Vamos!

(Salen rápido por un extremo, en tanto se apaga la perspectiva de la Quinta).

(Por la derecha entra don René, tambaleándose. Ahora viene francamente ebrio. Comienza a subir por la escalera de la casa. La señora Luisa despierta por el ruido que hace don René. Levántase y va a abrirle, cuando don René lo ha conseguido y entra estrepitosamente).

DON RENE: ¡Epa! (Entra violentamente y se estrecha contra la mesa del comedor). ¡Todo oscuro, por la misma mierda! (La señora Luisa enciende la luz). ¡Eso! ¡Para eso pago la luz re todos los meses! (Da un puñetazo a la mesa).

SRA. LUISA: ¡Viejo!...

DON RENE: ¿Qué? ¿Ya va a comenzar con sus lloriqueos de todas las noches? Toy borracho, pues... ¿y qué? ¡Pero hoy día me fue re contra bien, vieja linda! Toda... ¡Toda la plata para usted! ¡Para que se dé sus gustos...! (Saca la mano vacía del bolsillo y quedasela mirando con inmenso asombro).

SRA. LUISA: Viejo... Está bueno ya.

DON RENE: ¡Bah! ¿No estoy en mi casa? ¡Yo pago! ¡Y déjeme tranquilo (Empuja con violencia a la señora Luisa y se dirige a la cocina. Vuelve con una botella de vino. Siéntase a la mesa y bebe de la misma botella).

SRA. LUISA: No tome más. Se va a enfermar.

DON RENE: Yo sé lo que hago, vieja jodía. (Torna a beber de

la botella y se le derrama el vino por el cuello y camisa). ¡Jipiiiiiii!... ¡Esto es alegría, mi alma! ¡Déjeme siquiera tener esta alegría, que la vida para mí ha sido siempre puro trabajar! ¡Eso es lo que nunca ha entendido la pará de su hija!

SRA. LUISA: Sí, viejo...

DON RENE: ¡Pero algo la he corregido, aunque haya sido a golpes! ¡Y más debiera haberle pegado! ¡Así me enseñaron a mí! ¡Así debí enseñarla a ella!

(Oyese un reloj lejano, cuyas campanadas resuenan en la noche silenciosa. La señora Luisa alza la cabeza y escucha en dirección al balcón).

SRA. LUISA: No ha llegado... ¡Y es tan tarde!

DON RENE: ¿Qué?

SRA. LUISA *(con un grito incontenible)*: ¡Anita! ¡No está! ¡Tiene que salir a buscarla!

(Por el fondo de la calle, aparece la Patota y avanza hasta la esquina. Mientras avanzan, canturrean y ejecutan pasos de baile. Caminan ebrios casi la mayoría).

SRA. LUISA *(a la Patota)*: ¿Viene con ustedes mi niña?

LA PATOTA *(detenidos)*: ¿La niña? *(Mirándose unos a otros).*

JUAN: ¿Qué niña?

LA PATOTA: ¿Una niña chiquitita?

JUAN *(lloriqueando)*: A alguien se le perdió una niñita chiquitita... ¡Ah!

LA PATOTA: Tugar... tugar... Salir a buscar...

SRA. LUISA: ¿Que no fue con ustedes?

JUAN: Estimada señora, estos caballeros vienen del Club de la Unión.

SRA. LUISA *(con exasperación y un extraño imperio en la voz)*: ¿Fue o no?

ALBERTO *(detenido y con gravedad)*: No la vimos allá, señora Luisa.

JUAN *(como justificándose)*: Pero la convidamos. *(La señora Luisa vuelve al comedor).*

(La Patota permanece un instante silenciosa y después se toman de las manos y giran en ronda, cantando y riendo de nuevo, a excepción de Alberto, que no se integra al jolgorio).

LA PATOTA: La niña se perdió... Mandarin ... La niña se perdió... Mandarin... La niña se perdió... Mandarin...

(Siempre riendo y gritando, salen por la derecha. Alberto tras ellos camina lento y preocupado).

SRA. LUISA *(semidescontrolada, remece a don René)*: ¡Tienes que salir a buscarla! ¡Donde sea que esté metida!

DON RENE *(se pone en pie)*: Claro... *(Dirigese a la puerta).*

SRA. LUISA *(descontrolada)*: ¡Espere! ¡Váyase mejor usted por ahí, por Erasmo Escala! Por ahí debe andar.

(Don René sale rápido a la calle, aunque tambaleante. Casi de inmediato sale tras de él la señora Luisa, angustiada, partiendo ambos en direcciones distintas).

(La calle permanece solitaria y silenciosa por algunos instantes. Al cabo de ellos, aparecen por el fondo, semiabrazados y sigilosos, Manuel y Ana. Tensos, se detienen, atisbando la calle. Después, avanzan como si anduvieran en puntillas. Tornan a detenerse en la esquina de la casa de Manuel y, de nuevo, miran en su derredor. Manuel abre la puerta de su casa).

(Manuel entra en la casa y silencioso se encamina hacia el dormitorio. Observa a Elsa que ahora duerme un sueño pesado y profundo. Vuelve a la puerta, pero tropieza y está a punto de caer).

(Ana ya no puede seguir controlando sus nervios y deja escapar una aguda carcajada, que parece retumbar en la calle silenciosa. Manuel acércase rápido y, apretándola contra su cuerpo, tápale la boca con una mano, pero Ana se zapa y su risa ahora se tiñe de un matiz de temor e histerismo. En el mismo instante de la carcajada, jadeante, aparece la señora Luisa por el fondo de la calle. Ha oído la carcajada de Ana y la ha reconocido).

SRA. LUISA *(detenida y desconcertada, no atina adónde ir. Plañidera):* ¡Anita!... *(Avanza hacia primer plano).*

MANUEL *(empujando a Ana dentro de la casa, con cierta dureza):* ¡Entra, pues...!

SRA. LUISA *(llegando a la esquina de la casa de Manuel):* ¡Hijita, por Dios!... *(Desolada).* ¿Dónde?... ¿Dónde está...? ¡Señor...! ¿Dónde?...

(Manuel y Ana han entrado en la casa).

(La señora Luisa deja caer los brazos y échase a llorar con honda y desgarradora amargura, en medio de la calle solitaria).

(Oyense otras campanadas. También de nuevo una bocina de tren, muy lejana y, por fin, la luz se va extinguendo lentamente).

OSCURECIMIENTO



ACTO TERCERO

El escenario permanece a oscuras, mientras se oye la melodía del organillo, lenta y melancólica. Luego, el escenario va iluminándose gradualmente. La señora Luisa vese afanada por el almuerzo en su minúscula cocina. Sin embargo, ahora su actitud tiene un matiz distinto. De vez en cuando quédase como ensimismada. Evidentemente, recuerda a Ana. Hace pequeños viajes al comedor y al balcón, sin ningún motivo aparente o justificable. Es en este instante, en el que la señora Luisa cobra toda su trágica sensación de soledad y asombro frente a un mundo que no logra ni puede entender. Daniel trabaja en el taller como todos los días, pero también su actitud ha variado en la dinámica. Sin saberlo, naturalmente, al igual que la señora Luisa, su quehacer está interrumpido por frecuentes salidas a la calle: adviértese en estas salidas un marcado afán por comunicarse con alguien. Sólo hallará a la Patota que ríe y se burla, como de costumbre sin que pueda significar un probable elemento de comunicación. No obstante esto, Alberto intentará acercarse a Daniel.

La casa de Manuel vese silenciosa y, al parecer, vacía, aunque ahora descuidada. La puerta de la casa de la señora Juana está cerrada.

Por un instante, disminuida ya la música del organillo, la calle cobra una extraña quietud, levemente turbada por la

brisa que suele agitar las hojas de los álamos. Los ruidos de la ciudad percibense amortiguados, pero son los mismos repetidos con monótona insistencia.

De súbito, irrumpe en la quietud de la calle, por el fondo, la Patota, que avanza jugarreteando, chanceándose y riendo, como siempre; bulliciosa, alegre y despreocupada.

JUAN: Chitas la película pa' mala, oh...

LA PATOTA: ¡Bah!

JUAN: ¡Y para peor, re toda cortada!

ALBERTO: ¡Anda, oh! ¿Cuándo? ¡Este es más!

JUAN: ¡Ah! ¡Cómo estaría de dormido! ¡Acuérdense! De repente, la galla está en calzones, ¿no?

LA PATOTA: ¡Sí!

JUAN: ¡Ah! ¿Ven? ¿Y cómo al tiro se veía con su trajecito de novia, ah? *(La Patota rie).*

ALBERTO: ¿Y eso qué tiene que ver?

JUAN: ¡Güena, oh! ¡Como vos cada día soy puro pajarón! ¿Sabí que más? ¡Seguro que la galla esa estaba pagando por adelantado! *(La Patota torna a reír estrepitosamente. Ya han llegado al taller).*

DANIEL *(saliendo a la calle)*: Hola...

LA PATOTA: Hola...

JUAN: Se te saluda, oprimido...

ALBERTO *(a Daniel)*: ¿Y, te decidiste?

DANIEL: Todavía no.

ALBERTO *(asombradísimo)*: ¿Cómo?

JUAN *(que se ha levantado)*: ¡Puchas! ¿Así que terminaste de estudiar todo fregado para no saber qué hacer?

LA PATOTA: ¡Güena, Ejército de Salvación! . . .

JUAN *(encarándolos)*: ¡Bah! ¿No es cierto acaso? Tanta bulla que la juventud aquí, que la juventud acá para después terminar como éste, sin saber qué hacer.

ALBERTO *(como estremecido)*: ¡Tení razón, Juan!

JUAN *(con cierto calor)*: ¡Bah! *(Siempre a la Patota)*. ¿Quién diablos se ha preocupado alguna vez de nosotros, ah? *(Con extraña exasperación)*. ¿Qué tanto jodernos, por la mierda, si todo el tiempo nos han dejado solos y cuando metimos la pata, entonces arman ni que mansa alharaca? ¡Eso es lo que a mí me quema! *(Aléjase un poco de la Patota, estremecido y, al parecer, un poco avergonzado de haberse descubierto tanto. Un silencio. La Patota no atina qué hacer y permanece callada por un momento)*.

ALBERTO *(acercándose a Daniel)*: Tiene razón, ¿no es cierto? *(Daniel afirma silencioso. Pausa)*. Oye... ¿es en serio lo que dijiste?

DANIEL: Es que no tengo nada seguro. A lo mejor entro a la Universidad Técnica.

ALBERTO: ¡Puchas! ¡Tení que seguir, Daniel!

DANIEL *(con extrañeza)*: ¿Por qué estás tan interesado?

ALBERTO *(con leve emoción)*: Porque sería bonito.

DANIEL: ¡Claro! No estoy muy seguro..., pero creo que me gané una beca.

ALBERTO *(feliz, llamando)*: ¡Juan! ¡Veni pa'cá! *(Juan y la Patota se acercan)*. ¡El Daniel se va a ganar una beca, oh!

JUAN *(a Alberto)*: ¿Y a voh qué te pasa que estás tan interesado en los estudios, ah?

ALBERTO *(confundido)*: Bah...

JUAN: No te acordai que te echaron por repitente sempiterno.

ALBERTO (*con cierta rebeldía*): ¡Bah! ¡Si me da la gana, me pongo a estudiar yo también, pues!

LA PATOTA: ¡Peligro! ¡Peligro!

JUAN (*señalando a Daniel*): ¡Señores! ¡El quiere seguir estudiando!

LA PATOTA (*con voz sepulcral*): No.

JUAN: ¿Culpable, entonces?

LA PATOTA: ¡Culpable! (*Con gritos y «chivateos», inicia la Patota lo que ellos consideran una «danza india», alrededor de Daniel. Alberto permanece ajeno, aunque mira y sonríe. La Patota aullando*). ¡Bomba! ¡Puuuuuumm! (*Rien a carcajadas*).

DANIEL (*desprendiéndose, acércase a Alberto con cortedad*): Oye, Alberto..., ¿Han sabido algo?

ALBERTO: ¿De la Anita? (*Daniel afirma*). Nada. (*Pausa*)

JUAN (*a Daniel*): ¿Apuesto que sé de quién estabas hablando? (*Daniel encógese de hombros*).

LA PATOTA: ¡Bah! ¡De la chicoca, pues!

JUAN: ¡Se la tragó la tierra!

LA PATOTA: ¡Eso!

JUAN: ¡Paf! ¡Desintegrada!

LA PATOTA: ¡Buuuuuumm!

JUAN: ¿Quieres saber dónde está? (*Daniel sonríe tímido*).

LA PATOTA (*riendo*): ¡Sí, claro!

JUAN: ¡Preguntémosle a la vieja!

LA PATOTA (*creciendo en su risa*): ¡Sí, sí!

DANIEL (*tratando de detener a Juan*): ¡No, Juan...!

JUAN (*desprendiéndose con cierta violencia*): ¡Bah!

ALBERTO: ¡Cómo se te ocurre, oh!

JUAN: ¡Bah! (*Acércase al balcón, tras él la Patota adopta una postura muy seria. Gritando*). ¡Señora! ¡Señora! (*Ha gritado con cierta urgencia*).

SRA. LUISA (*acude rápida. Asomándose al balcón. Al ver a la Patota, con leve inquietud y esperanza*): ¿Qué quieren?

JUAN (*con supuesta ingenuidad*): ¿Volvió ya la Anita del veraneo?

(*El rostro de la señora Luisa se endurece. Vuelve al comedor; sin decir palabra. Siéntase y llora silenciosamente*).

JUAN: ¿De su veraneo, dije? De su joneimun. (*La Patota estalla en una carcajada brutal*).

ALBERTO (*aferra a Juan por un brazo*): ¡No tiene ninguna gracia!

JUAN (*suéltase violento*): ¡Déjame, oh! (*Daniel gira y entra en el taller*).

(*La Patota lo mira alejarse y después empieza a jugar a las cartas, talladas por Juan. Alberto ya no se mezcla en el juego y se limita a observar*).

(*La señora Juana sale de su casa. Ve a la Patota. Vacila un poco y opta por cruzar la calle. Trae consigo un pequeño envoltorio. Dirígese a casa de Ana. Al cruzar delante de la Patota, ésta la saluda con amplios ademanes y reverencias*).

JUAN: ¡Viva su majestad Chabela!

LA PATOTA (*ríe y aplaude*): ¡Viva! (*La Sra. Juana sin mirarlos, sube por la escalera. Golpea en la puerta. La Sra. Luisa sécase las lágrimas rápidamente con el borde del delantal. Levántase y abre*).

SRA. LUISA: Ah... pase...

SRA. JUANA (*entrando*): ¿Cómo ha amanecido?

SRA. LUISA (*indícale una silla*): Asientito...

SRA. JUANA (*sentándose*): Vengo por un ratito no más.

SRA. LUISA (*sin mayor interés*): ¿Ah, sí?

SRA. JUANA: Tengo que ir lueguito al hospital, pues. ¡Pobre mujer! (*Pausa. Como escrutando el rostro de la Sra. Luisa*). ¿Y usted cómo ha estado? (*La Sra. Luisa encógese de hombros y sonríe con debilidad*). ¡Oh! ¡No hay que echarse a morir, pues, por Dios! ¡Anoche me dio por soñar con usted las cosas más raras y me desperté tan preocupada! (*Por el envoltorio*). Aquí le traigo estas yerbitas. No hay nada mejor como agua pasto para la pena.

SRA. LUISA (*sonríe con amargura*): ¡Yerbitas para la pena!

SRA. JUANA: ¡Bah! ¡Claro, pues! No ve que las penas siempre se anidan en los nervios. (*Deja el envoltorio en la mesa. La señora Luisa afirma en silencio. Como tanteando el terreno*). ¿Ha sabido algo?

SRA. LUISA (*pausa*): Nada. (*Un silencio*).

SRA. JUANA (*como si retomara una conversación interrumpida*): ¡Que no la fuera ni a visitar, señora Luchita, por la Virgen santa, sabiendo lo grave que estuvo!

SRA. LUISA (*desconcertada*): ¿Quién?

SRA. JUANA: ¡Don Manuel, pues! A la señora Elsitita.

SRA. LUISA (*sin mayor interés*): Ah... (*Un silencio*).

SRA. JUANA (*mira a la Sra. Luisa un tanto extrañada por su desinterés. Suspirando*): ¡Ay, Señor! (*Pausa*). ¿Por qué haría esta locura la Anita, no?

SRA. LUISA (*animándose de inmediato. Con calor*): ¡Pero mi hija no es mala, señora Juana!

SRA. JUANA: Nadie dice eso.

SRA. LUISA: Es... Cómo le dijera... Es... no es igual a nosotros, ¿entiende?

SRA. JUANA (*con levisima sonrisa de incredulidad*): ¿Cómo? ¿No la conoce bien?

SRA. LUISA: No. (*Pausa. Con mayor convicción*). No. Me he ido dando cuenta de muchas cosas en estos días.

SRA. JUANA: Me imagino.

SRA. LUISA: No sé... Ha tenido que pasar esto para que yo lo entienda. (*Conmovida*).

SRA. JUANA (*lenta*): Dura carga son los hijos, pues.

SRA. LUISA (*con fuerza*): No. Eso a mí no me importa. (*Confusa y dolorida*). ¡No sé, no sé! Pero me hace falta su voz, su risa... ¡Hasta su mal humor, señora Juana!

SRA. JUANA: ¡Cálmese!

SRA. LUISA (*con fuerza y rebeldía*): ¡No, no quiero calmar-me! ¡Quiero a mi niña! ¡Aquí! (*Golpéase el pecho*). Aquí. (*Termina llorando con amargo desconsuelo*).

SRA. JUANA (*sin ninguna convicción*): Tranquílcese. Volverá.

SRA. LUISA: ¿Pero cuándo? ¡Eso es lo que no piensan los que se van! En los que nos quedamos esperando... ¡Mirando las cosas que fueron de ellos! (*Con sobrio llanto*). ¡Sus vestidos... Sus zapatos... La cinta con que se amarraba el pelo, cuando se lavaba la cabeza! ¡Y todo eso duele, señora Juana! ¡Duele!

SRA. JUANA: ¡Va a salir enfermándose si sigue así!

SRA. LUISA: Qué importa...

SRA. JUANA: Debe estar bien para recibirla... cuando vuelva...

SRA. LUISA (*con dura emoción*): ¡Si vuelve, no voy a decirle nada! ¡La voy a querer más! Lo único. (*Un silencio*).

SRA. JUANA: ¿Qué horas serán?

SRA. LUISA: Tarde parece.

SRA. JUANA (*levántase rápida. Dirígese a la puerta. Tras ella, la Sra. Luisa*): ¡No se olvide tomarse las yerbitas! ¡Santo remedio! (*La Sra. Luisa le abre la puerta*). ¡Hasta luego! ¡La voy a encomendar a San Judas Tadeo, abogado de lo imposible! (*La Sra. Luisa cierra la puerta. Dirígese al comedor y coge una camisa que hay sobre la mesa. Siéntase y empieza a remendarla*).

(*La señora Juana sale a la calle y cruza delante de la Patota que juega a los naipes, entusiasmados todos. Dirígese al fondo de la calle. Está a punto de desaparecer, cuando aparece Manuel. Míralo un instante y opta por irse. Manuel viste ahora con mayor acicalamiento. Se le ve fresco y satisfecho y se desplaza con paso elástico y juvenil. Bajo un brazo trae un paquete con cintas y papel de regalo. Silbando muy alegre, entra en la casa y se dirige a la cocina, cerrando la puerta tras suyo con sumo cuidado. Con extrema lentitud iluminase el desván con una luz verde y opaca, como de acuario. El techo inclinado del desván está tapizado con fotos de estrellas de cine y se ven diseminadas por todos los lugares posibles revistas, también de cine. A la derecha hay una pequeña ventana que permite ver el cielo. Sobre un colchón, en enaguas y con aspecto de mayor madurez, Ana, recostada, fumando con displicencia. Ana fuma y parece contemplar las volutas. Menea su pierna izquierda, sobre la rodilla de la derecha flexionada. De vez en cuando, canturrea muy bajito. Al hablar lo hará en voz baja, igual que Manuel, pero Ana se traicionará a veces, con pequeñas risas y chillidos. Tórnase a oír la melodía del organillo, triste ahora. Luego decrece para*

desaparecer por completo. Por el fondo del desván, aparece Manuel. Su entrada produce la impresión de que sube trabajosamente. Sin subir por completo, con amplia sonrisa, le arroja el paquete a Ana).

ANA (*dando un chillido, déjalo caer a un lado del colchón*):
¡Bruto!

MANUEL (*riendo*): ¿Se asustó?

ANA (*remedándolo*): «¿Se asustó?». ¡Todo el tiempo haciendo las mismas estupideces!

MANUEL (*termina de subir, siempre sonriente*): ¿Está de mal genio, mi guagua chica?

ANA (*irguiéndose con rapidez*): ¡No! ¡Cómo se te ocurre! ¡Si es para pasárselo riendo, encerrada aquí!

MANUEL: ¡Pero usted sabe por qué, pues!

ANA: ¿Qué te has creído? ¡Llevo más de quince días metida en este hoyo! (*Arroja el cigarrillo con violencia*).

MANUEL: ¡Le compré lo que me pidió!

ANA: No me gusta.

MANUEL (*de rodillas a su lado*): ¡Pero si no lo ha visto! (*Coge el paquete para desenvolverlo*).

ANA: Ni pienso mirarlo tampoco. Lo único que quiero es salir de aquí.

MANUEL: No todas las cosas pueden hacerse como a uno le gustan.

ANA (*hiriente*): ¿Ah, sí? ¡Fíjate qué novedad! ¡No haberme hecho tantas promesas, entonces!

MANUEL: Usted sabe cómo es el papeleo en cualquier asunto. Pero más pronto de lo que se imagina nos vamos a ir de aquí. Palabra.

- ANA: Yo quiero saber cuándo, con seguridad... Porque sino, voy a bajar cualquier día y me mandaré cambiar adónde me dé la gana.
- MANUEL: ¿Pero no lo va a hacer verdad?
- ANA: ¿Ah, no? (*Inicia un desplazamiento*). Ahora mismo.
- MANUEL (*abrázala*): ¡No! ¡Por favor!
- ANA (*recházalo con violencia*): ¡Déjame! (*A pesar de su violencia, hay temor y cansancio en Ana*) ¿Crees que es muy bonito estar escondida aquí y días y días, sin oír otra voz que la tuya? ¡Para ti será fácil! ¡Ah! ¡Y con el miedo que tienes de que nos pillen!
- MANUEL: ¿Qué habríamos hecho, ah?
- ANA: ¡Habernos mandado cambiar al tiro! ¡No estar esperando leseras!
- MANUEL: La plata nunca ha sido una lesera.
- ANA (*despectiva*): Ah.
- MANUEL: ¿Y cómo, entonces?
- ANA: ¡Qué sé yo! Tú eres el hombre, ¿no? ¡Tú me metiste en esto!
- MANUEL: Pero usted dijo que sí. Vino por su gusto.
- ANA (*miralo fijamente*): ¿Y qué? (*Pausa lenta*). Si nos pillaran... ¿a quién piensas tú que le creerían? ¿Ah? Tú mismo lo dijiste. Soy menor de edad.
- MANUEL (*abrázala súbitamente, como aferrándose a Ana*): ¡No me dejes nunca, Ana! (*Pausa. Concentrado*) ¡Por ti sería capaz de cualquier cosa!
- ANA (*lenta y sonriente. Hay un matiz de inocultable crueldad en su voz*): ¿Seguro? (*Manuel afirma*). ¿Cualquier cosa? (*Manuel torna a afirmar*). Llegó el momento, entonces.
- MANUEL: ¿De qué?

- ANA: Tengo hambre. (*Manuel la mira desconcertado*). Sí, hambre. (*Ana échase a reír violentamente*).
- MANUEL (*desconcertado*): ¿De qué te ríes?
- ANA (*riendo aún*): ¡De tu cara de estúpido! (*Tiembla entera*). Nunca pensé que un hombre podría ser tan estúpido. (*Torna a reír con fuerza. De pronto, interrumpe su risa. Con desprecio*). Eso lo podrás hacer, me imagino. Dame de comer. Sino, bajo a la cocina.
- MANUEL (*rápido*): ¡No!
- ANA: ¿Por qué?
- MANUEL (*pausa. En voz baja*): Puede llegar cualquiera de estos días.
- ANA: Hum...
- MANUEL: Tenemos que ser prudentes. Ahora más que antes. Estamos a punto de lograrlo todo.
- ANA (*amarga*): ¡Palabras!...
- MANUEL: ¡No! ¡No son palabras! ¡Mire! (*Va a sacar unos papeles del bolsillo trasero del pantalón*)
- ANA: No me interesa. Ahora tengo hambre.
- MANUEL: Ya voy...
- ANA: Menos mal. Y recuérdalo. (*Con un nuevo repunte de histerismo y agotamiento*)... ¡Este es uno de los últimos días que sigo encerrada! ¡Ya no doy más! (*Dale un fuerte puntapié al paquete*).
- MANUEL: ¡Sí, sí! claro ¡La entiendo! ¡Cuando lea estos papeles, va a ver que es cierto! ¡Que he hecho todo lo que he podido! ¡Mire el regalo mientras tanto!... (*Ana encógese de hombros. Manuel empieza a bajar. La luz del desván va disminuyendo lentamente*).

(Hace un momento, Elsa ha aparecido por el fondo de la calle. Se la ve muy pálida. No muestra en su figura huella alguna de su embarazo. Trae consigo un bolso plástico y un paquete. Camina con relativa lentitud, como si estuviese muy fatigada. Manuel sale de la cocina con una asadera. La coloca sobre la mesa del comedor. Del buffet saca un plato y servicio y empieza a cortar la carne. En ese momento, Elsa abre la puerta y entra. Manuel, casi de espaldas, no ve a Elsa. Esta deja el bolso y el paquete en una silla y, semisonriente avanza hacia Manuel. Detiéndose).

ELSA *(extendiendo los brazos)* Negro...

MANUEL *(gira muy rápido. Al ver a Elsa empalidece y deja caer el cuchillo. No se acerca)*: ¡Ah...! ¿Cuándo llegaste?

ELSA: ¡Recién, pues cariño...!

MANUEL *(por el bolso y el paquete)*: ¿Tus cosas? *(Elsa asiente. Manuel va a cogerlas y, al pasar, cierra la puerta de la cocina que permanecía abierta. Elsa deja caer los brazos desalentada. Manuel lleva el bolso y el paquete a la cama. Arrójalos con indisimulado nerviosismo). Podías haberme avisado, ¿no?*

ELSA: Quería darte una sorpresa...

MANUEL: ¡Sorpresa! ¡Ah! ¡Te conozco tan bien!...

ELSA: ¡No te entiendo, negro!

MANUEL: ¡Ah! ¡Te viniste sin avisar, a ver si me podías pillar en algo!

ELSA: ¡Nunca me ha pasado por la cabeza hacer una cosa así!

MANUEL: ¡Hum! Eso, que te lo crea la vieja de tu madre.

ELSA: ¡Oh, mi negro! ¡Me desesperaba allá en el hospital! Sobre todo en las noches.

MANUEL *(duro)*: ¡Lo has hecho a propósito!

ELSA *(lloriqueando)*: ¡No, no! ¡Créeme!

MANUEL: ¡Y para rematarla, te vienes sola! ¡Así todo el mundo va a comentar y tú podrás seguir haciéndote la víctima!

ELSA *(con voz enronquecida)*: ¡El niño murió! *(Un silencio)*.

MANUEL *(con dificultad)*: ¿Murió? *(Elsa afirma. Después, muy lenta, camina hacia el dormitorio y se sienta en la cama, abatida)*. Pero si cuando fui a verte...

ELSA *(en voz baja)*: Lo tenían en una cámara de oxígeno.

MANUEL *(incómodo y nervioso)*: Puchas.

ELSA: Tanto que me afané cosiendo y bordando. *(Echase a llorar, muy sincera esta vez)*.

MANUEL *(Pausa. Para sí, con honda preocupación)*: ¡Puchas!

ELSA *(míralo muy atenta)*: ¿Pasa algo?

MANUEL: No, no...

ELSA *(levántase. Suspira)*: En fin... Habrá que seguir viviendo. *(Cruza hacia el comedor. Por el plato)*. ¿Esto es lo que has estado comiendo?

MANUEL *(controlando su molestia creciente)*: Sí.

ELSA *(dirigese a la cocina)*: Voy a prepararte algo.

MANUEL *(corriendo, interpónese entre Elsa y la puerta)*: ¡No! ¡No te preocupes!

ELSA *(sonriente, pero extrañada)*: Pero, ¿qué te pasa?

MANUEL *(tenso y parco en su explicación)*: ¡Me acostumbre a comer así!

ELSA *(con leve risa)*: ¡Estás muy nervioso!

MANUEL: ¿Yo?

ELSA *(con lenta y complacida sonrisa)*: ¿O me has echado de menos? *(Acércase y cógele un brazo, casi como aspirando el olor del cuerpo del Manuel)*... ¡Ah, que falta me hacías!

- MANUEL (*rígido*): ¡Y tú, a mí!
- ELSA (*en voz baja*): ¡Volvamos a ser como antes! ¡Te lo prometo! ¡Pero hay que arreglar muchas cosas! (*Apriétese contra Manuel*). ¡Estoy dispuesta!
- MANUEL (*con inseguridad*): Claro...
- ELSA (*suplicante*): ¡Abrázame, ¡Oh que Dios me perdone! ¡El niño no me importaba!
- MANUEL (*como ahogado*): ¡Oh!
- ELSA (*aférrasele con mayor fuerza*): ¡Todo será mejor de ahora en adelante! ¡Te lo aseguro! ¿Qué quieres que te haga de comer ahora? ¡Dime! ¡Dime! ¡Dime!
- MANUEL (*recházala con instintiva violencia*): ¡Déjame tranquilo! (*Desplázase hacia el comedor*).
- ELSA (*desolada*): ¿Qué he hecho de malo? ¡Por favor! ¡No quiero que te enojas conmigo!
- MANUEL (*abrumado; para sí*): ¡Dios!...
- ELSA: Es difícil vivir juntos, lo sé...
- MANUEL (*como desorientado*): ¡Oh! ¡Qué problema!
- ELSA (*con viscosa solicitud*): ¿Problema?
- MANUEL (*desbordado en su nerviosismo*): ¡Problema! ¡Sí! ¡Problema! (*Un silencio*).
- ELSA (*sombria y vacilante, no atina qué hacer*): Voy... voy a prepararte almuerzo. (*Inicia un movimiento*).
- MANUEL (*en un estallido*): ¡No quiero comer!
- ELSA (*mira a Manuel, como si empezara a vislumbrar una verdad todavía confusa para ella*): Claro... (*Lenta, dirígese al dormitorio y se recuesta, vestida*). Tengo que cuidarme, me dijeron en el Hospital. (*Pausa. Con dolorosa sonrisa*). ¿Sabes? No voy a poder tener más hijos.

(*Acurrúcase en la cama, vuelto el rostro hacia el espectador*).

(*Manuel, nervioso, desplázase hacia el comedor. Siéntase y enciende un cigarrillo. Elsa, fatigada, empieza a dormirse. Manuel se levanta y se aproxima en puntillas. Obsérvala un instante; silencioso, vuelve al comedor, coge el plato y entra a la cocina*).

(*Lentamente vase iluminando el desván. Ana ha desenvuelto el paquete: tirado en el suelo, se ve un vestido de satén rojo, escotado. Manuel sube llevando en alto el plato*).

ANA (*cuyo nerviosismo también ha crecido*): ¿Fuiste al Waldorf a comprarlo?

MANUEL (*que termina de subir*): ¡Chisst!...

ANA: ¿Qué pasa ahora?

MANUEL (*indicando hacia abajo*): Llegó.

ANA (*con incontrolable risa nerviosa*): ¡Ay, qué susto!

MANUEL: ¡No te das cuenta!

ANA: Llegó, sí, ¿y qué? Mucho mejor.

MANUEL: ¿Cómo?

ANA: A ver si esto se arregla de una vez por todas.

MANUEL: Sí, pero...

ANA: ¿Pero qué? ¿O te vas a hacer el olvidadizo ahora? (*Imitándolo*). «En cuanto llegue la guatona, lo arreglamos todo». ¡Bien, pues! ¡Llegó!

MANUEL (*cauteloso*): Hay que pensarlo un poco, ¿no?

ANA (*ahogada por el asombro y el desprecio*): ¿Pensarlo? ¿Qué vas a pensar si ya no podemos echarnos para atrás?

MANUEL (*lento*): Pero es que sería mejor que...

- ANA (*dura*): Bajamos y se lo decimos al tiro.
- MANUEL (*mirándola con fijeza*): ¿Qué eres tú, Ana?
- ANA (*estremécese como tocada por algo terrible, sonríe con lenta y dolorosa sonrisa*): Esto... (*Acércase a Manuel y lo besa ardorosamente*).
- MANUEL (*acariciándola*): ¡Guagua! ¡Mi guagua!
- ANA (*Recházalo con violencia*): ¡No! Aclaremos primero el asunto.
- MANUEL (*jadeante*): ¡Después!...
- ANA (*con dureza y como defendiendo lo único que le va restando*): No. Ahora.
- MANUEL (*torna a abrazarla*): ¡Guagüita mía! ¡Mía!
- ANA (*déjase abrazar, rígida, pero a continuación se desprende del abrazo de Manuel y se sienta, con las piernas cruzadas*): Ahora, en serio... ¿qué vamos a hacer? (*Un silencio*).
- MANUEL (*también se sienta*): Yo creo que hay que darle un poco de tiempo.
- ANA (*con dolorida sorpresa, pero reprimida*): La quieres.
- MANUEL (*con urgente explicación*): Recién sale del Hospital.
- ANA: La quieres.
- MANUEL: Está enferma, ¿no?
- ANA (*con terca y dolorida obstinación*). La quieres.
- MANUEL: ¡Bah! ¡Palabra!...
- ANA (*con obstinación y dolor creciente*): La quieres más que a mí. De eso me di cuenta, cuando me llevaste a la Quinta. No era ése el lugar, si me querías como dijiste. Y después, cuando me trajiste a esta palomera. A esta inmundicia. A esta porquería. Escondida como una ladrona. Esto no era lo que yo había soñado y pensado tantas

- veces. Eran otras cosas. (*Coge algunas revistas y las enarbola, temblorosa*). ¿Ves? ¿Ves? Ahí está lo que me gusta. (*Arrójale las revistas por el rostro. Pausa. Temblorosa*). ¡No has hecho nada por mí! Sólo has quedado contento tú... ¿Y yo? (*Cógese los cabellos y se los tironea con violencia. Manuel la abrasa con ruda ternura y pasión entremezcladas. Sollozante, Ana se acuna en el pecho de Manuel y vase calmando. Manuel saca del bolsillo los papeles que antes Ana no quiso ver y que ahora ella misma desenvuelve para leerlos. Ana se los devuelve a Manuel. Sonriente y con la voz pequeña*). ¿Cómo no le había dicho nada a su niña chica?
- MANUEL (*ufano*): Era la sorpresa para hoy, pues. ¿Me perdona?
- ANA: Hum... ¡No sé...!
- MANUEL (*jugando*): ¿Perdonado, ah? (*Ana lo besa rápido y fugazmente*). Todo está listo. Mañana me dan el cheque del desahucio.
- ANA (*indica hacia abajo*): ¿Y, entonces?
- MANUEL: Sin enojos, eh. Ni chillidos.
- ANA: Habla.
- MANUEL: Francamente, guagua. Quisiera arreglármelas a las buenas.
- ANA (*cuya inseguridad fluctúa, agotándola al máximo*): Lo pensé siempre. Tú le tienes miedo a tu mujer. ¿O quieres quedarte con las dos?
- MANUEL: No diga leseras.
- ANA (*con hondo desprecio*): Gallina.
- MANUEL: Sin enojos, dije.

ANA (*levantándose*): Voy yo.

MANUEL (*cógela por un brazo*): ¡No seas tonta! ¿O vas a echarlo a perder todo en el último momento?

ANA: Lo mejor es decírselo al tiro.

MANUEL (*inseguro*): ¿Tan apurada estás?

ANA: Quiero salir de aquí. Me ahogo. ¿Cuántas veces tengo que repetírselo? No puedo ni dormir.

MANUEL (*preocupado*): ¿Es cierto eso?

ANA: ¡Claro! ¡Desde aquí sigo los ruidos de la calle! ¡Las risas y gritos de la Patota! ¡Necesito gente!

MANUEL (*mirala extrañado*): ¿Qué le pasa ahora?

ANA (*con desafío en su voz*): ¿Qué? ¿Crees que siempre voy a ser tu guagua chica? (*Con gravedad dolorida*). Curioso...

MANUEL (*cuyo desconcierto crece*): ¿Qué?

ANA (*con sorda irritación*): ¡Nada! Pensé...

MANUEL: ¿De qué está hablando?

ANA (*como si lo mirara desde muy lejos*): De mí.

MANUEL: ¡Pero si todo lo que estoy haciendo es por usted!
¡Para que seamos felices!

ANA: ¡Felices...! (*Con breve risa amarga*). Mira... Voy a contar hasta cien y si antes de cien no me propones algo que arregle esta porquería, bajo y le digo todo a tu mujer .. ¡pase lo que pase! ¿Oyes?

MANUEL (*entre preocupado e inseguro*): ¿Amenaza?

ANA (*mueve la cabeza negativamente. Sonríe lentamente*): Uno... Dos... Tres... (*Sigue contando*).

(*La Patota irrumpe en una carcajada. Dejan de jugar y se levantan todos los que juegan a las cartas*).

LA PATOTA: ¡Listos!...

JUAN: Hasta más rato, ¿eh? A seguir trabajando, compañeros. (*La patota ríe. Juan acercándose al taller; a Daniel, alargándole la mano*). ¿Amigos? (*Daniel sonríe y le aprieta la mano con fuerza. Alegre*). Chao.

ALBERTO (*acercándose al taller*): ¿Vas a almorzar?

DANIEL: Sí.

ALBERTO: ¡Que te vaya bien!

JUAN (*desde el fondo de la calle*): ¡Eh! ¡Alberto, oh! ¿Vienes o no vienes? (*Alberto se encoge de hombros: despídese de Daniel y termina por correr hacia la Patota, que lo recibe con grandes exclamaciones*). ¡Tai destiñendo, cabrito!

(*Casi simultáneamente con la salida de la Patota, aparece don René, que se dirige a su casa y entra en ella. Al pasar frente al taller, Daniel sale para detenerlo, pero don René, cabizbajo, parece no verlo. Daniel sale hacia el fondo de la calle*).

SRA. LUISA (*dejando de coser*): Bah... Tan temprano... ¿Cómo le ha ido?

DON RENE: Bien.

SRA. LUISA (*yendo a la cocina*): Le voy a servir al tiro. (*Don René asiente como ensimismado. Se le ve mas envejecido, sumido en honda preocupación, desazonado por una angustia que no confiesa. La Sra. Luisa viene de la cocina con dos platos y los coloca en la mesa. Siéntanse ambos y empiezan a comer en silencio. Don René como dos o tres cucharadas. Después aparta el plato y, cogiendo la botella de vino, sírvese un vaso que bebe muy lentamente. La Sra. Luisa, dejando de comer*). ¿Qué no

va a almorzar? (*Don René no contesta*). Viejo... No tome tanto, ¿quiere?

DON RENE: Coma tranquila usted nomás... (*Sírvese otro vaso. Un silencio*).

SRA. LUISA (*sin poderse contener ya: es la pregunta que la atormenta*): Si vuelve la niña ¿qué va a hacer usted? (*Don René se levanta con brusquedad. Termina de beber su vaso, con cierta violencia, y se dirige a la puerta. Sra. Luisa, levantándose*). Pero, viejo... (*Don René sale y vase rápido por el fondo de la calle*).

(*Sra. Luisa, que ha avanzado hacia la puerta, detiéndose como anonadada. Después, vuelve a la mesa y sigue comiendo lentamente*).

ANA: ¡Cien!

MANUEL: ¡Un momentito! ¡Bajo y vuelvo a decirte lo que ha pasado! ¿Ah?

ANA (*escéptica*): Ojalá...

MANUEL (*acércasele*): Va a quedar contenta, mi guagua. (*Manuel besa a Ana en la nuca y baja hacia la cocina. Pausadamente, los ruidos de la ciudad van adquiriendo su máxima resonancia. Por un instante, reaparece suave la melodía del organillo. Manuel sale de la cocina y entra en el comedor*).

ELSA (*con asombro, desde la cama*): Bah... Creía que habías salido. (*Manuel no responde y permanece un tanto indeciso. Ana se ha recostado: coge una revista, pero casi de inmediato la arroja lejos de sí con cierto furor*). Tienes llenos de tierra los pantalones... (*Manuel, con in-*

voluntario nerviosismo, sacúdese rápido. Indeciso aún, enciende un cigarrillo y se sienta en el comedor. Elsa, guardando la ropa y el bolsón en el ropero). ¿Y los niños? ¿Cómo están? ¿Cuándo iremos a verlos?

MANUEL: Cualquier día... (*Sigue fumando. Levántase y se acerca a la cama. Arroja el cigarrillo*). Mira... Tenemos que hablar.

ELSA (*se incorpora, semisentada; muy pálida*): ¿De qué?

MANUEL: De nosotros.

ELSA (*temblorosa*): ¿Ah?

MANUEL: Y es muy serio.

ELSA (*cúbrense los oídos con ambas manos*): ¡No quiero oírte!

MANUEL (*violento*): ¡Es que me vas a escuchar, caramba!

ELSA (*moviendo la cabeza de izquierda a derecha*): ¡No! ¡No! ¡No!

MANUEL (*corre hacia Elsa y, con fuerza, quitale las manos de los oídos, retorciéndole los brazos contra la espalda*) ¡Sí! (*Un silencio tenso y prolongado, en el cual se escucha el jadeo lloroso de Elsa*).

ELSA (*de súbito, en un alarido estentóreo*): ¡Me vas a dejar negro!

MANUEL (*suelta a Elsa con extrema violencia*): ¡Ah! (*Aléjase al comedor*).

ELSA (*arrastrándose por la cama*): ¡Me vas a dejar! ¡Me vas a dejar!

MANUEL: ¡Uf!...

ELSA (*febril*): ¡Pero yo no te lo voy a permitir! ¡Eres tú el que me importa! ¡Pero no me dejes! ¡Porque yo te quiero! ¡Te quiero!... (*Un silencio*).

MANUEL (*lento y en voz baja*): ¡Es una lesera que sigamos juntos!

ELSA (*con la mirada perdida*): ¿Qué?

MANUEL (*siempre en voz baja*): Terminaría por odiarte tanto... que cualquier día...

ELSA: ¡Aunque así fuera! ¡No me abandones! ¿Qué haría yo sola?

MANUEL (*duro*): ¡No te faltará otro imbécil!

ELSA: ¡Te quiero! ¡Te quiero!

MANUEL: ¡Cortemos el disquito, eh!

ELSA (*con sumisión*): Sí, sí. Claro, mi negro. Tienes razón. (*Sonríe con débil y servil sonrisa*). Habla nomás. Te escuchó. (*Acomódase a los pies de la cama, sentada sobre las piernas dobladas, muy tensa*).

MANUEL (*carraspea. Luego comienza muy lento y con cierta dificultad. Ahora está enfrentando a una realidad definitiva. Ana deja de escuchar y se recuesta; enciende un cigarrillo y fuma, reconcentrada en lo que ahora piensa*). Mira... Llevamos más de nueve años casados y... y en todo este tiempo únicamente cuando pololeábamos, yo viví contento... Nos han nacido cinco hijos... Pero... nunca los he querido. (*Elsa sonríe débilmente y asiente muda y casi agotada por la tensión*). Tampoco nunca había querido a nadie.

ELSA (*ahogada*): Ah...

MANUEL: Ahora...

ELSA (*desolada y en voz baja*): No...

MANUEL: Hay una mujer...

ELSA: No...

MANUEL: ¡De la que estoy enamorado!

ELSA: No...

MANUEL: ¡Y que ya es mía!

ELSA (*jadeante y en voz baja*): Mentira...

MANUEL: ¡Ah! ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! ¡Mía! ¿Entiendes? ¡Y para siempre!

ELSA (*convulsa*): Nada es para siempre.

MANUEL: ¡Esto sí! ¡Lo sé!

ELSA (*tensa, sin estridencia*): No... No... No...

MANUEL: ¡Por eso, te dejo!

ELSA: No, no... ¡No! No me dejes. ¡Yo lo acepto todo!

ANA (*que ha venido bajando, sale de la cocina, descalza y en enaguas*): Pero yo, no.

MANUEL (*girando rápido*): ¡Guagua!

ELSA (*mirando a Ana como fascinada*): ¿Ella?

ANA (*sin prestar a Elsa mayor atención. A Manuel*): ¿Te arreglaste ya?

MANUEL (*sumiso y confundido*): ¡No!

ANA (*cuya insolencia crece en medio de su propio desconcierto*): ¿Se lo dijiste?

MANUEL: Sí.

ANA: ¿Y? (*Manuel no contesta*). ¿Sabes lo que te pasa? Le tienes miedo, por eso no te decides. Pero yo no me voy a quedar así. (*Inicia su salida hacia la puerta de calle*).

MANUEL (*corre hacia Ana y la detiene*): ¿Que haces?

ANA (*desafiante*): ¿No lo ves? ¡Me voy!

MANUEL: Guaguüita.

ANA (*con dureza*): ¡Déjate de lloriquear como una mujer y haz al tiro lo que tienes que hacer!

MANUEL: ¡Me voy con ella!

ELSA (*se arroja sobre Manuel*): ¡Yo no te dejo...!

(Ana, incontenible ya en su cara nerviosa, corre hacia Elsa con la mano en alto, dispuesta a abofetear. Elsa empuja con las manos empuñadas, a Ana, dándole un sordo golpe en el pecho. Ana retrocede tambaleante y se estrella contra la mesa del comedor).

ANA (a Manuel, desde el suelo, gritando enloquecida): ¡Mátala!...

MANUEL (levántase furibundo y corre hacia Elsa, con el puño en alto. Déjala caer en la cabeza de Elsa): ¡Desgraciá! (Elsa, aullando ahora, salta de la cama e intenta huir hacia el comedor, pero la alcanza otro golpe de Manuel). ¡Infeliz! (Elsa, siempre gritando, quiere escapar hacia la calle, pero Manuel la coge por un brazo y vuelve a golpearle. Ana rompe a reír violenta, estridentemente. El ruido ha trascendido hasta la calle. La Patota va dejando de jugar y va acercándose a la esquina de la casa de Manuel. Este, golpeando a Elsa, trémulo de indignación). ¡Basura! ¡Cómo te has atrevido a pegarle! (Elsa profiere gritos agudos y entrecortados, mientras sigue huyendo por la casa, estrellándose contra los muebles, volcando sillas, desgarrando las cortinas. Ana ríe con un extraño jadeo en la risa).

(Ahora la Patota no ríe. Miranse unos a otros. Alberto corre a la casa de la Sra. Juana. Golpea en la puerta, apremiante. La Sra. Juana abre de inmediato).

MANUEL (que ha logrado coger a Elsa por ambos brazos arrastrándola hacia la calle): ¡Te voy a matar, desgraciá! (Bruscamente, Ana deja de reír y mira como fascinada. Elsa da un quejido y se desliza al suelo).

SRA. JUANA: ¡Dios Santo! ¿Qué ha hecho? (La Patota, lentamente, va rodeando a Manuel).

MANUEL (acorralado): ¿Qué?

SRA. JUANA: (ha corrido junto a Elsa. Inclínase sobre ella): Está muerta. (Juan, al oír esto y ver a Ana, sale corriendo y craza la calle. La Patota da otro paso).

MANUEL (a Ana): ¡Vamos!

SRA. JUANA: ¡Ah! ¡Por esta porquería...!

MANUEL (jadeante): ¡Vamos! (La Patota da otro paso más).

ANA (tensa, mira a Manuel largamente. Después recorre uno por uno a los de la Patota y termina por mirar a la Sra. Juana, que la observa con odio. Torna a mirar a Manuel): No.

MANUEL: ¿Qué? (la Patota da otro paso más).

ANA (temblosa, como defendiéndose): No voy a ninguna parte con un asesino cobarde.

MANUEL: ¡Guagua!

ANA (defendiéndose): ¿A quién le dices así, infeliz? (Chillando, a la Patota, y justificándose). ¡Ahí! ¡En la palomera me ha tenido encerrada!

MANUEL (con un intenso y conmovido asombro): ¡Guagua!... (La Patota avanza de nuevo).

ANA (utilizando la mentira como defensa): ¡Sí, sí! ¡He tenido que mentirle para que no me pegara! ¡He tenido que decirle que sí a todas sus inmundicias!

(La Sra. Juana ha cogido a Elsa por la cabeza. Manuel siempre amenazante, coge a Ana por un brazo, con fuerza brutal. Ana chilla aterrorizada, pero Manuel la arrastra consigo, en medio de sus gritos. La Patota los va rodeando).

- DANIEL (*aparece por el fondo de la calle. Al ver a Ana lanza un grito angustiada*): ¡Ana! (*Furibundo, se lanza contra Manuel. Ana sigue gritando, jadeante. La Patota va cerrando más y más el círculo alrededor de Manuel. Ana es tironeada con violencia entre Manuel y Daniel*).
- MANUEL (*aullante*): ¡No te vas a ir desgraciá! ¡Ahora lo entiendo todo!
- ANA (*entre gritos*): ¡Mentiras! ¡Mentiras! (*La Sra. Luisa, al oír los gritos de Ana, sale a la ventana. Alberto salta repentinamente sobre Manuel, por la espalda. Manuel trata de zafarse y arroja a Ana contra Daniel*).
- SRA. LUISA (*al abrirse la Patota, percibe a Ana. Lanza un grito sobrehumano*): ¡Anita! (*Desesperada, baja de la casa, corre a la calle y se abalanza por entre la Patota. Manuel, repentinamente, saca un cortaplumas. La Patota se repliega amedrentada, pero siempre amenazante. La Sra. Luisa arrebata a Ana de Daniel y la abraza sollozante, estrujándola, besándola*).
- MANUEL (*jadeante*): El primero que se mueva... (*La Patota, la Sra. Luisa con Ana y Daniel, detienen su acción y miran silenciosos a Manuel. Este avanza un paso hacia Ana*). ¡Me las pagarás! ¡El día menos pensado! ¡Andate con mucho cuidado de ahora en adelante! ¡Llegará ese día (*Sollozante*). ¡Me las pagarás (*Da un salto. La Patota se abre con rapidez. Después, huye corriendo por el fondo. La Patota va deshaciéndose. Salvo Alberto que regresa al lado de Daniel*).
- SRA. LUISA: ¡Vamos a casa, mijita! (*Ana, como molesta, sacúdense el abrazo de su madre y, erguida y sola, dirige a la casa. Tras ella, la Sra. Luisa. Daniel quédase en*

- medio de la calle, como desamparado. Ana y la Sra. Luisa han entrado en la casa. La Sra. Luisa, sollozante aún, torna a abrazar a Ana*).
- ANA (*esquivando el abrazo*): Por favor.
- SRA. LUISA (*trémula*): ¡Dios mío! ¿Cómo estás?
- ANA (*con amargura y aspereza*): No vengo de una fiesta precisamente, ¿no?
- SRA. LUISA: ¡Siéntese! ¡Siéntese! (*Ana déjase caer en una silla, semianonadada. La Sra. Luisa corre a la cocina. Ana contempla la casa con evidente desencanto; el fin de su aventura parece deprimirla y amargarla más. La Sra. Luisa vuelve con un vaso de agua*). Tome...
- ANA (*recházalo*): ¿Para qué?
- SRA. LUISA (*desconcertada*): Bueno... Para... Creí mijita...
- ANA (*como encolerizada consigo misma*): Volví, mamá. ¿Entiendes? Estoy aquí, de nuevo... ¡y para siempre!
- SRA. LUISA (*cuyo desconcierto crece*): Claro... tendrá... Tendrá hambre, ¿no? (*Inicia un movimiento hacia la cocina*).
- ANA (*con leve descontrol*): Quédese tranquila, ¿quiere, por favor? (*La Sra. Luisa se detiene y mira extrañada a Ana*). Siéntese. (*La voz de Ana resuena con cierto imperio que perturba a la Sra. Luisa, quien se sienta muy lentamente*). Vamos a conversar, mamá...
- ELSA (*entreabriendo los ojos. Débil*): ¡Ah! ¡Usted...!
- SRA. JUANA (*con un suspiro*): ¡Gracias a Dios! ¿Cómo se siente...?
- ELSA (*alza la cabeza con mucho esfuerzo*): ¿Se fueron?
- SRA. JUANA: ¿Quiénes?
- ELSA (*febril y aún con terror*): ¡Ah! ¡Señora Juana! ¡Nadie lo

creería! ¡Días y días llevaba escondida aquí! ¡Lo ha enloquecido! ¡Ella lo indujo a matarme!

SRA. JUANA (*para sí*): ¡No puede ser!...

ELSA (*con doloroso apremio*): ¡Vaya, rápido ¡Avise a quién sea! ¡Por favor! Yo estoy bien.

SRA. JUANA: ¡Sí, sí!... (*Por el fondo de la calle, aparece don René, acompañado de Juan. La Sra. Juana ve a don René*). ¡Don René! ¡Una palabrita!

(*Cruza la calle hacia él*).

SRA. LUISA (*que llora silenciosamente*): ¡Mi pobre niña! ¡Pero tendrá que olvidarse de todo! ¡Nunca más se va a separar de nosotros!

ANA (*que ha mentido, con voz en la que se descubre la satisfacción por el sesgo que le dio a su relato*): Estoy tan cansada...

SRA. LUISA (*solicita, se levanta y descubre las cortinas del dormitorio. Acomódale la cama*): ¡Acuéstese! ¡Acuéstese!... (*Ana se levanta del comedor y lenta, dirígese al dormitorio. Déjase caer en la cama y coge una revista del velador. Va a leerla, pero su preocupación puede más y quédase con los ojos abiertos*). Es casi hora de once. (*Quédase inmóvil. De súbito, con los puños apretados, golpea la almohada, ahogando un áspero sollozo*).

SRA. JUANA (*que ha terminado su relato*): Ahora... si quiere, subo con usted, pues don René.

DON RENE (*sombrío*): Para qué...

SRA. JUANA (*con cierta vacilación*): Disculpe... (*Don René vase a su casa. La Sra. Juana baja la cabeza y cruza la calle*).

ELSA: ¡Lléveme de aquí, señora Juana, por Dios! (*la Sra. Juana asiente. Elsa apóyase en ella y ambas se dirigen a la casa de la Sra. Juana. Don René ha terminado de subir. Abre su puerta y entra*).

SRA. LUISA (*desde la cocina*): ¿Viejo? ¿Es usted? (*Rápida sale al comedor*). ¡Viejo! ¡Viejo lindo! ¡Ha vuelto! ¡La Anita! ¡Está aquí, con nosotros!...

DON RENE (*lento*): Ah, sí...

SRA. LUISA: ¡Chisst! La pobrecita está durmiendo.

DON RENE (*avanza y se sienta a la mesa*): Hum...

SRA. LUISA: ¡Si supiera usted lo que ha sufrido!

DON RENE: Fíjese, ¿no? (*Ana, que ha llorado silenciosamente, comienza a prestar atención a la conversación de sus padres. Siéntase en una cama y escucha. Don René, lento y con cierta terrible significación*). ¿Qué le ha contado? (*A Ana se le ensombrece el rostro*).

SRA. LUISA (*desconcertada*): Bueno... Todo, pues.

DON RENE: ¿Todo... qué?

SRA. LUISA: ¡Por Dios, viejo! ¡Lo que le pasó!

DON RENE: Dígale que venga. (*La Sra. Luisa asiente silenciosa*).

SRA. LUISA: Pero...

DON RENE (*con fuerza, sin alzar la voz*): Que venga.

(*La Sra. Luisa mira extrañada a don René y se dirige al dormitorio*).

(*La Patota se despide de Daniel y, silenciosos ahora, vanse por el fondo de la calle, preocupados. Daniel sigue trabajando, pensativo*).

(*Antes que la Sra. Luisa descorra las cortinas, Ana de un sal-*

to, está al borde de la cama y la descorre con fuerza. *Adviértese ahora en Ana una firme decisión de luchar por lo que ella misma presiente, es su última tabla de salvación. Este es el momento exacto en que Ana deja de ser definitivamente una niña y, para bien o para mal, su decisión la convertirá en mujer).*

DON RENE (*dándole una mirada fugaz*): Póngase un vestido. (*La Sra. Luisa permanece irresoluta entre don René y Ana. Ana gira y empieza a vestirse. Cálzase y, con rapidez, alisase el cabello.*)

ANA (*avanza hacia el comedor*): Cómo le va... papá...

DON RENE (*lento*): Siéntese. (*Ana se sienta, tensa. La Sra. Luisa observa con mayor extrañeza*). Ahora me lo va a contar todo.

ANA (*con leve sonrisa temblorosa*): Ya se lo conté a...

DON RENE: Quiero oírlo yo, pues.

SRA. LUISA (*en vez baja*): Viejo...

ANA (*levántase con gran violencia. Bota la silla. Retuércese las manos*): ¡Me engañó! ¡Me mintió! ¡Me pegó! (*Sollozando corre a abrazarse de la Sra. Luisa*).

DON RENE (*lento y con cierta rudeza*): Quiero oírle la historia completa, hijita. Sin alaridos. Así no vamos a aclarar nada. (*Ana despréndese de su madre, mira fijamente a don René y permanece obstinadamente callada*). ¿Dónde lo conoció?

ANA (*pausa*): Aquí, pues.

DON RENE: Y al tiro se hicieron amigos, ¿no?

ANA (*insegura*): Claro...

DON RENE: ¿Por qué?

ANA (*desconcertada*): ¡Oh! ¡Por...!

DON RENE: Un fulano como él. De cerca de cuarenta años.

Amigo de una mocosa, ¿no?

ANA (*temblando*): No.

DON RENE: Y a la que convidaba a salir a dar vuelta en micro, ¿no?

ANA: No...

DON RENE: Y a ir a la Quinta Normal por las tardes, en vez de estar en el liceo.

ANA: No...

DON RENE (*duro*): ¡Sí!

ANA (*con un chillido agudo*): ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamacita! ¡No es cierto! ¡Créame usted, por Dios!

DON RENE (*creciendo en su cólera. Es el momento de su vida en el que, por fin, ha encontrado la exacta y dolorosa dimensión de su propio e insobornable mundo interior*): Y por eso... ¡Y por las inmundicias que contabas entre tus compañeras! ¡Por las amigas que tenías, te expulsaron! ¡Basura!

ANA (*despréndese de la Sra. Luisa. Enfrenta a su padre, semiencorvada, jadeante*): ¡Mentiraaaaa!...

(*La Sra. Luisa échase a llorar con abandono total*).

DON RENE: ¡Es la verdad! ¡Mentirosa! ¡Yo no quería creer, pero cuando desapareciste, algo me quedó rondando! (*Con un rugido*). Y ahora me doy cuenta. ¡Tenemos por hija a una puta!

(*Ana comprende que su juego ha sido descubierto, pero lo que la hiere es la palabra dicha por don René. Con irrefrenable impulso, avanza hacia su padre y descarga una bofetada brutal en su rostro*).

SRA. LUISA (*consternada*): ¡Oh!...

(Produce un largo silencio. Sólo se oye el jadear de Ana, que permanece tensa, en la misma actitud, y el sobrio llorar de la Sra. Luisa. Don René se desplaza muy lento hacia el balcón. Ya es noche. Daniel enciende la luz del taller. Los faroles de la calle también se encienden. En el cielo empiezan a surgir las primeras estrellas. Oyese ahora la melodía del organillo, entrecortada y sollozante).

DON RENE (*mirando la calle; en voz baja*): Andate. (*La Sra. Luisa deja de llorar y mira a don René con extraña angustia*).

(Ana depone su actitud tensa. Se la ve desconcertada e incrédula frente a la orden. La Sra. Luisa avanza hacia don René, pero se detiene a mitad de su desplazamiento. Ana mira a su padre y esboza una sonrisa nerviosa. Después, dirígese al dormitorio y sólo atina a coger la revista que leía. Avanza luego hacia la puerta de calle y sale lentamente. La Sra. Luisa cae de rodillas, con un sollozo sin ruido. Ana baja lenta, por la escalera. Detiéndose a la salida. Otea a uno y otro lado de la calle, irresoluta, semillorosa. Camina hasta la esquina. Torna a detenerse y, con nerviosismo, golpéase las mejillas con las manos. Parece relajarse y echa a caminar. Al pasar frente al taller, Daniel le ve de inmediato).

DANIEL (*saliendo*): Hola...

ANA (*detenida y sin mirarlo*): Hola...

DANIEL (*acércasele*): ¿Qué te pasa?

ANA (*sin mirarlo*): Nada. (*Pausa*). ¿Por qué?

DANIEL (*en voz baja*): Parece que has estado llorando.

ANA (*mira a Daniel de frente*): ¿Yo?

DANIEL: Sí. (*Un silencio. Turbado*). Tanto tiempo... sin verte.

ANA (*casi para sí, con irreprímible tristeza*): Tanto. Cierto.

DANIEL (*lento*): ¿Estás triste?

ANA (*pausa*): Un poco.

DANIEL (*con fervor*): Si yo pudiera hacer algo... (*La melodía del organillo es ahora suave y tierna, pero impregnada de una tristeza que abrumba*).

ANA: No.

DANIEL: ¡Pero algo, siquiera!

ANA: ¡No, no! Nada. (*Un silencio*).

DANIEL (*con dificultad*): ¿Cómo... Cómo has estado?

ANA (*pausa*): Bien.

DANIEL: Menos mal. (*Ana asiente en silencio*) ¿Vas... Vas a alguna parte, ahora?

ANA: No sé.

DANIEL: ¿Cómo?

ANA: No sé... Todavía.

DANIEL: Ah... (*Un silencio*). Yo estoy bien contento, fíjate.

ANA (*atenta a sus pensamientos*): Hum...

DANIEL (*con alegría*): ¡Conseguí la beca!

ANA (*con honda tristeza*): Me alegro.

DANIEL (*cuya alegría contrasta con la tristeza de Ana*): Nunca me he conformado con el trabajo que tengo. No es suficiente.

ANA: No te entiendo.

DANIEL (*ante un movimiento de Ana*): ¿Ya te vas? ¿No puedes quedarte otro rato? (*Ana niega en silencio*). Podríamos conversar tranquilos.

ANA: ¿De qué?

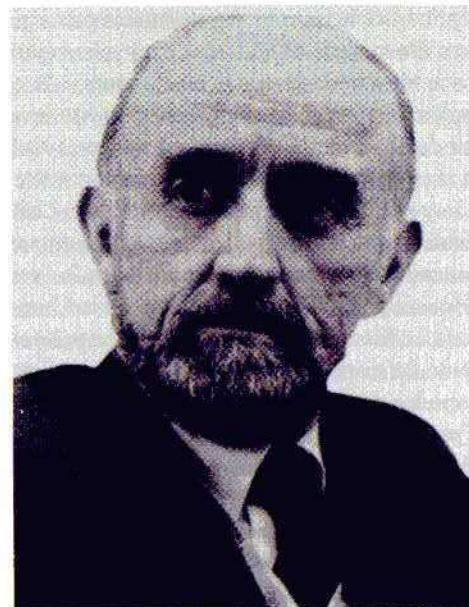
DANIEL (*con acento angustioso: es lo más trascendente que ahora y en mucho tiempo podrá decirle a alguien*): Son tres años la carrera que voy a estudiar. No repetiré ningún curso. Estoy seguro. Ganaré la plata suficiente para...

ANA (*pónele su mano en la boca. Con dolor contenido*): No sigas hablando. (*Breve pausa*). Yo me voy.

DANIEL (*conmovido por algo enigmático, pero que presiente terrible y definitivo*): ¿Adónde?

ANA (*indica vagamente hacia el fondo de la calle*): Por ahí. (*Pausa*) Chao... (*Avanza hacia el fondo*).

(Daniel, angustiado, contempla a Ana hasta que desaparece por el fondo. Don René avanza hacia la Sra. Luisa, levántala y se sientan ambos en silencio, a oscuras, a la mesa. Daniel, agobiado por una pesadumbre que no se explica, vuelve a entrar en el taller. La melodía del organillo crece, invadiendo el escenario. La luz va disminuyendo lentamente, hasta que se hace oscuridad total y definitiva).



FERNANDO CUADRA: CRONICA DE LA REALIDAD CHILENA

La niña en la palomera lleva como subtítulo «Crónica dramática de una adolescente de nuestro tiempo». Ello no es casual, porque uno de los afanes mayores de esta obra es preocuparse de una realidad, de un mundo chileno determinado, en una época determinada: la mitad de la década del 60. Los protagonistas a los cuales la obra se refiere son los jóvenes de clase media baja. Incluso el autor nos ubica en un barrio específico: La Estación Central, y sus calles Chacabuco con Erasmo Escala. Es decir, estamos frente a una realidad perfectamente reconocible, la que nos será desnudada y sobre la que se reflexionará. Como se sabe, Fernando Cuadra se basó en el caso real de una adolescente santiaguina que se escapó de su hogar con un hombre mayor y se mantuvo escondida en el attillo de una casa.

Incluso hay otro hecho que revela este interés por registrar el mundo cotidiano de los chilenos, sus dificultades para sobrevivir y sus anhelos más íntimos: los actores que trabajaron en el montaje de esta obra, en la Universidad Católica en 1966, formaron un taller de investigación que realizó una labor de observación y conocimiento en el sector social donde transcurre la acción. Para estos actores, lo importante era entregar un testimonio vívido y elocuente del mundo que existe en *La niña en la palomera*, dejando atrás las creencias o ficciones que siempre hay en cualquier obra, y tratando de acercarse lo más posible a la verdad real.

Esta intención de comprometerse con la realidad inmediata, fue una tendencia marcada en los años en que se estrenó *La niña en la palomera*. Toda una corriente de teatro chileno quiso acercarse directamente a los problemas y los modos de vida, generalmente de los sectores urbanos. Tanto *La niña en la palomera*, como *El wurlitzer*, del dramaturgo chileno Juan Guzmán, se refieren al tema de la juventud, desorientada y sin esperanzas, en sectores sociales que no podrían calificarse de marginales, pero al menos sí de pocos recursos. Ambas son «crónicas», en el sentido de dar cuenta de una realidad precisa en un momento determinado, aun cuando las condiciones de vida de los protagonistas no necesariamente han mejorado.

En la obra, Ana es una joven liceana que vive con sus padres en condiciones materiales débiles. Ella aspira a un mundo de riqueza y lujos, tal como lo ve a diario en las estrellas de cine que tanto admira. La modestia del barrio, las borracheras del padre, el sacrificio de la madre, las chiquilladas de la patota, sofocan su existencia y ahogan sus anhelos de un mejor mundo personal. Su amiga Gaby, algo mayor que Ana, ya tomó una decisión: ejerce algún grado de prostitución, lo que le ha permitido comprar buena ropa y hermosas joyas. Durante los dos primeros actos, la protagonista oscila entre los deberes que una muchacha de su edad debe cumplir, y la incursión en un terreno prohibido pero seductor: el amor con un chofer de la casa vecina, que le ofrece sacarla de ahí y cumplir los deseos de Ana. La huida del hogar y el breve amorío con Manuel termina en un desastre, como podía preverse, pero anuncia un giro definitivo en la vida de la joven: su padre la expulsa de la casa y ella sale, sin apoyo alguno, a enfrentarse seguramente con la prostitución.

A diferencia de otras obras que parten de los protagonistas para diseñar el mundo externo, *La niña en la palomera* es un estudio detallado del entorno, incluso geográfico o poblacional. Es de ese medio, con esa semi pobreza y presidida por la ignorancia, de donde surgirán las frustraciones de Ana y el poco promisorio futuro de la mayoría de los jóvenes que aparecen allí.

Al revés de lo que normalmente se dice, *La niña en la palomera* no es una introspección puramente psicológica en una muchacha de clase media baja. Si bien es cierto la protagonista aparece en todas sus dudas y temores, en sus esperanzas más íntimas, con toda su carga emocional y afectiva, igualmente la obra convierte al mundo del que ella forma parte, en otro protagonista. De esta manera, el dibujo de las calles, la población y los habitantes, forma parte significativa de las causas que producen un drama como el que sufre Ana.

Entre esos mundos, el de la familia es seguramente el más importante. La muchacha no tiene una buena relación con sus padres, a quienes acusa de no poseer ambiciones, de no entenderla. La obra toca uno de los temas favoritos de las creaciones de la década del 60: la incomunicación, en este caso entre padres e hijos. Ahogados por dificultades económicas, sin preparación para enfrentar los requerimientos juveniles y con problemas de alcoholismo, los mayores difícilmente podrán acceder al complejo mundo de Ana. Ella, por su parte, no puede calmar sus ansias de una vida mejor, prácticamente libre de responsabilidades.

Igualmente, la escuela es otra institución puesta en tela de juicio. Prácticamente no existe motivación para asistir a ella, porque tampoco nunca entregó soluciones a problemas concretos, más allá de la rígida disciplina autoritaria. Pero también los medios masivos de comunicación son demostrados aquí como negativos. Ana devora permanentemente revistas donde las actrices y los ídolos de moda muestran su vida fácil y lujosa. Esos son los modelos que la muchacha quiere imitar. También rodean a Ana una señora que representa una religiosidad pre conciliar, un cristianismo ligado fundamentalmente al carácter mítico y que desconoce la realidad inmediata y sórdida del barrio donde vive. La Patota, finalmente, es el ejemplo de una juventud sin destino y próxima a la delin-

cuencia, que es producto del entorno que rodea a Ana, pero contribuye a prolongar una situación insostenible.

La niña en la palomera es un cerrado universo de motivos y razones para que Ana se sienta frustrada y opte por una salida absurda: huir con un hombre que tampoco le podrá ofrecer todo lo que ella quiere. No es casual que esta obra contenga tantas escenografías: allí están todos los mundos que determinan una existencia pobre y prácticamente sin salida. La única posibilidad la ofrece Daniel, estudioso y esforzado, pero que sugiere un futuro lleno de privaciones y sacrificios, que a nadie tienta, por esa ansiedad del éxito rápido y el dinero fácil.

Muchas otras obras de Fernando Cuadra investigan a la manera de una crónica en la realidad chilena, a través de un estilo fundamentalmente realista. Una de ellas es *Las avestruces*, donde también toca el tema de la prostitución juvenil, como forma de escapar de la pobreza. En *Los sacrificados*, los protagonistas son los obreros de la construcción y a partir del accidente de trece de ellos, se inicia una introspección hacia el mundo de la pobreza en sus hogares. En *La familia de Marta Mardones*, la misma clase media baja aparece mirada en su vida cotidiana y sus problemas domésticos. Allí surge la fuerte personalidad de Marta Mardones, el centro aglutinador de la familia que protege al marido y a los hijos, y que defiende hasta el último peso para alimentarlos. En todas estas obras aparecen los elementos más perdurables de las obras de Fernando Cuadra: investigación en el mundo real de las clases media y baja, preocupación por las vidas comunes y corrientes y crónica de los conflictos domésticos chilenos que aún siguen vigentes.

Juan Andrés Piña

CRONOLOGIA DE LAS OBRAS DE FERNANDO CUADRA

1945	Cinco lagartos
1948	La ciudad de Dios*
1950	Las medeas*
1952	Las murallas de Jericó
1954	La desconocida
1955	La vuelta al hogar
1956	Doña tierra Los sacrificados*
1960	El diablo está en Machalí
1962	Las avestruces
1965	Coloquios para una tarde de otoño*
1966	Los ocelotes*
1967	La niña en la palomera
1969	Con el sol en las redes
1972	Pan amargo
1973	Croniteatro (Una historia incompleta del teatro chileno)
1975	Chilean love (o cómo investigando el teatro chileno descubrimos que el amor es algo esplendoroso, a pesar de la bomba atómica, Los Beatles y los chiclets Dos en Uno) El corderito dorado y la princesa Mañunga** Preludio y fuga para dos
1976	La familia de Marta Mardones
1977	Rancagua 1814
1978	Un día en la vida de Amelia Riquelme*
1980	El día que comenzó la investigación de la muerte de Lidia Fernández
1985	Ultimo balance*
1986	Huinca emperador

* Obra sin estrenar

** Teatro infantil

GLOSARIO DE TERMINOS TEATRALES

BAMBALINAS: Tiras de lienzo, papel pintado o paneles que se ubican inmediatamente detrás del telón hacia el fondo del escenario, completando la decoración.

CLAQUE: Grupo de amigos o gente especialmente contratada que se coloca entre el público para aplaudir y en general dar la impresión de un gran entusiasmo entre los asistentes por la obra que se exhibe.

CORO: En la tragedia griega, era el conjunto de actores que cantaban y danzaban en la platea, alternando con la representación y comentando los incidentes de la obra.

FARSA: Género teatral que se caracteriza por perseguir la risa entre los espectadores, de quien exige que se acepten ciertas improbabilidades, pero en un ambiente de realismo. En la farsa predomina la situación por sobre el carácter de los personajes, y habitualmente se producen equívocos y paradojas. Muchas de ellas alcanzan niveles de reflexión crítica, aunque sin descuidar el humor.

FORO: Zona del edificio teatral que rodea el escenario, sin formar parte de él.

REPERTORIO: Lista de obras que una compañía ha ensayado adecuadamente y que representa alternativamente en diversas funciones.

SKETCH: Escena corta dialogada que habitualmente forma parte de un conjunto mayor, aún cuando posee su propia autonomía.

TABLADO: Todo el lugar donde se ubican los decorados y evolucionan los actores.

UTILERIA: Todos los objetos y accesorios que maneja un actor. Los muebles y elementos que constituyen el decorado se llama utilería de escena.

TRAMPAS: Mecanismos escénicos que permiten la desaparición de los personajes y decorados bajo el tablado.

INDICE

<i>La niña de la palomera</i>	9
Fernando Cuadra, Crónica de la realidad chilena	153
Cronología de las obras de Fernando Cuadra	157
Glosario de términos teatrales	158